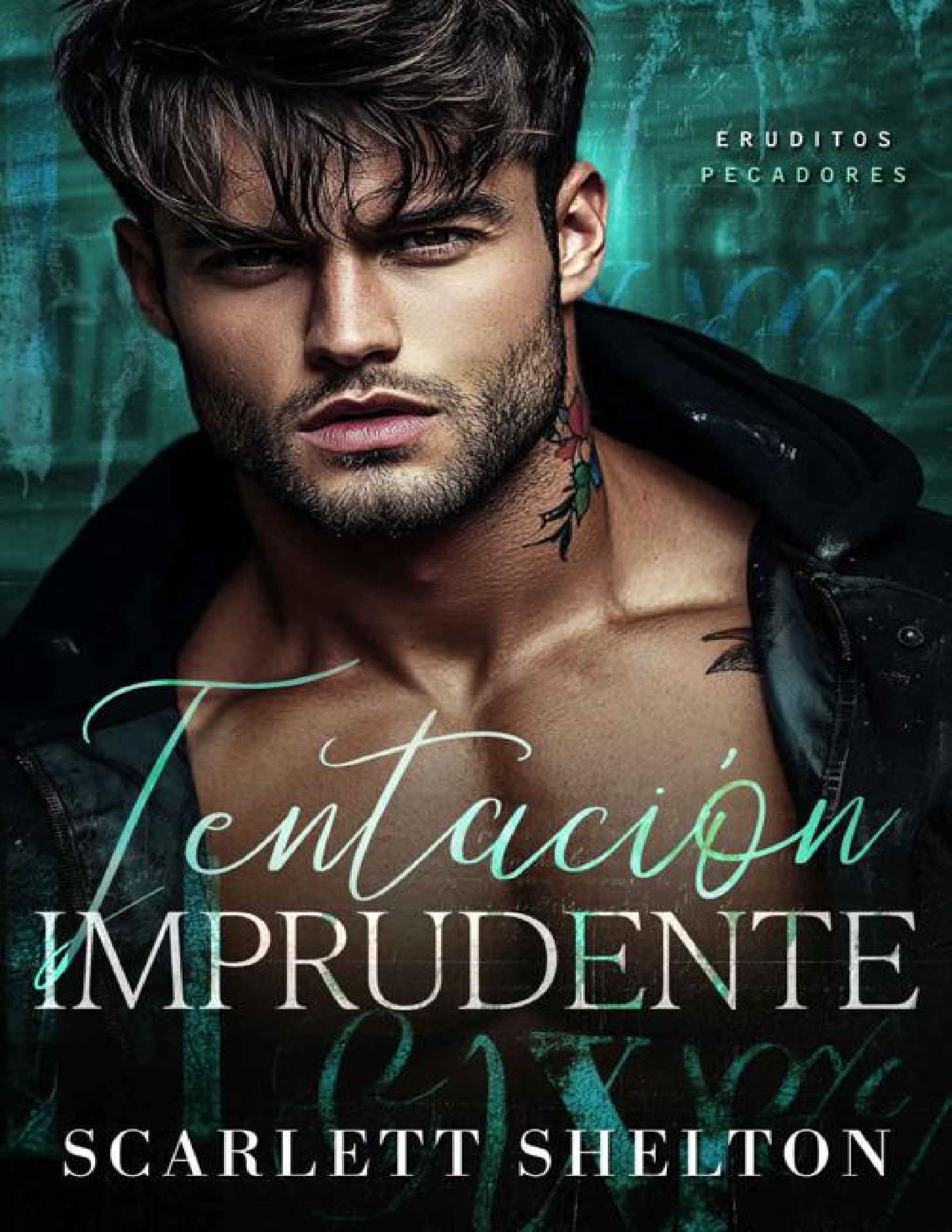

ERUDITOS
PECADORES
Tentación
IMPRUDENTE
SCARLETT SHELTON

TENTACIÓN IMPRUDENTE

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2025 por Scarlett Shelton

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente

ÍNDICE

Blurb

1. Sabrina
2. Nick
3. Sabrina
4. Nick
5. Sabrina
6. Nick
7. Sabrina
8. Nick
9. Sabrina
10. Nick
11. Sabrina
12. Nick
13. Sabrina
14. Nick
15. Sabrina
16. Nick
17. Sabrina
18. Nick
19. Sabrina
20. Nick
21. Sabrina
22. Nick
23. Sabrina
24. Nick
25. Sabrina
26. Nick
27. Sabrina
28. Nick
29. Sabrina
30. Nick

BLURB

Ella nunca debió ser mía.

Sabrina Rosario—perfecta, intocable, la estudiante de derecho destinada a la grandeza.

Una chica tan fuera de mi mundo, debería haberla ignorado.

Pero me dieron un trabajo—**arruinarla.**

Se suponía que debía convertir su vida en una pesadilla. **Destrozarla, pieza por perfecta pieza.**

En cambio, la besé. *La saboreé.* Tomé algo que nunca podré devolver.

Ahora, no puedo mantenerme alejado.

Su fuego llama a mi oscuridad, su inocencia es una tentación que nunca vi venir.

Pero esto nunca fue solo un juego.

Secretos familiares, mentiras y traiciones se están acercando.

Querían que la destruyera.

Pero si tocan lo que es mío—

Reduciré todo este mundo a cenizas.

🔥 **Nota de la autora:** *Tentación Imprudente* es un romance universitario de acoso **escandaloso, angustioso y adictivo** con un chico malo y sombrío, una heroína feroz y un amor que desafía todas las reglas. Si te encanta la **obsesión, los secretos, la traición y los enemigos que no pueden mantenerse alejados entre sí**, este libro es para ti. ¡Prepárate para un viaje salvaje, emocional y **pecaminosamente ardiente**!

SABRINA

Un leve gemido sonó junto a mí cerca del final de Procedimiento Civil, seguido de un apresurado rasgueo del bolígrafo sobre el papel.

—¿Qué dijo ella? —susurró Maxim.

Contuve una sonrisa y deslicé mi cuaderno hacia el borde del escritorio para que mi compañero pudiera ver la nota que había apuntado. A la profesora Angus le gustaba mantenernos alerta y soltar fechas y cosas importantes para tener en cuenta. Los recordatorios verbales podían perderse si los estudiantes faltaban a clase. Con un profundo desdén por la tecnología —excepto donde "tenía sentido", en su opinión—, la profesora Angus prefería dar clases con sorpresas intercaladas, exigir informes escritos a mano y mencionar plazos aleatorios en persona. Aunque sería más fácil actualizar las cosas en línea, ella se mantenía fiel a su rutina anticuada de decirnos lo que necesitábamos saber, generalmente sin ningún preámbulo.

Su anuncio sobre la próxima pasantía de derecho era solo un ejemplo más de cómo nos lanzaba fechas límite de la nada.

Señalando con mi bolígrafo la nota que había escrito, enfaticé lo que Maxim se había perdido. El pobre ya tenía suficientes dificultades. No era hablante nativo de inglés y tenía problemas de audición. Con esa barrera idiomática, tampoco podía leer los labios con precisión.

Mientras la profesora Angus continuaba hablando, escribí algo más.

15 de junio

Fecha de inicio para la pasantía en J&S.

Maxim respiró con más tranquilidad, asintiendo en agradecimiento mientras copiaba las notas.

—Se abrirán varias pasantías durante el transcurso de sus estudios aquí —dijo la profesora Angus mientras apoyaba la cadera contra el escritorio en la parte delantera del pequeño auditorio. Cruzó los brazos mientras recorría con la mirada a los estudiantes de derecho sentados allí, todos nosotros sin duda hambrientos y listos para irnos por el día.

Me había comprometido con un horario duro y exigente para obtener mi licenciatura en Inglés en menos de cuatro años, y pensaba que aquellos días habían sido largos. La rutina de siete a seis que comenzó con este L1 —como llamábamos a nuestro primer año de la facultad de derecho— era más agotadora de lo que podría haber anticipado.

—Pero esas oportunidades generalmente están reservadas para que los solicitantes interesados las consideren para el verano después de completar su segundo año. —Levantó el mentón, dejando que su fino cabello gris se deslizara hacia atrás mientras nos miraba sentados entre las filas de esta antigua sala—. Esta posición de pasantía es nueva, ofrecida por Lorsen & Spengler.

Escribí lo que dijo sin mirar mi papel. Maxim podía copiar como quisiera. Sin embargo, mientras asimilaba esta noticia, me costaba no sonreír con anticipación.

—¿Lorsen & Spengler? —preguntó otro estudiante desde la primera fila de asientos—. Joder —añadió en un murmullo.

—¿EL Lorsen & Spengler? —preguntó alguien más con una clara nota de sorpresa.

O quizás era asombro.

Lorsen & Spengler era uno de los bufetes de abogados más prestigiosos del país. Era indiscutiblemente el mejor bufete de

abogados de toda Florida, manteniendo ese puesto durante más de una década. Las celebridades buscaban su representación. Individuos poderosos e influyentes de todo el mundo contrataban a los mejores abogados de Lorsen & Spengler.

El profesor Lorsen enseñaba Derecho Penal aquí en la universidad, y era una de mis clases favoritas. Era uno de mis profesores favoritos, justo a más no poder y nunca propenso a mostrar prejuicios. Eso era importante para alguien como yo, luchando por pertenecer aquí como estudiante becada.

Una ligera risa sonó en la fila detrás de mí.

—¿EL? —bromeó Tiffany Lorsen—. Haces que suene como si fuéramos de la realeza o algo así, Jared.

Manteniendo una expresión en blanco, no reaccioné ante la reina, la diva, la acosadora socialité que probablemente deseaba ser realmente de la realeza. Tiffany Lorsen era un verdadero dolor de cabeza, en mi opinión, pero todos los demás veían a la rubia perfecta como una de las mejores estudiantes que habían pasado por estos pasillos. Sin duda no le perjudicaba llamar al profesor Lorsen su padre.

—¿Qué dijo? —preguntó Maxim de nuevo, dándome un codazo.

Negué con la cabeza, sin ganas de transmitir la broma. No importaba. Tiffany siempre pensaría que era mejor que el resto de nosotros. Además, no me atrevería a hablar en clase. A pesar de los pensamientos de fastidio que pasaban por mi cabeza, sería la estudiante de derecho obediente que debía ser. Silenciosa, observadora, compuesta y lista para tomar notas mientras prestaba atención.

—La competencia por este puesto de pasantía será feroz —entonó la profesora Angus, sin reaccionar a las payasadas de Tiffany, tan acostumbrada a ellas como estaba.

Naturalmente. Por supuesto que será competitiva.

Todo lo que podíamos ganar o por lo que podíamos trabajar en este programa era una prueba o concurso u otro.

—Los requisitos para ser considerado para este codiciado puesto se compartirán en breve. —Bajó los brazos para enumerarlos con los dedos—. Una entrevista, revisión de su LSAT, sus calificaciones actuales y posición, una carta de recomendación, y un desempeño y comportamiento exitosos en una visita a uno de los casos de Lorsen & Spengler.

¡Sí! ¿Una excursión real? Ahora *realmente* me estaba emocionando. Por mucho que fuera una nerd de los libros y amara el lado puramente académico de la facultad de derecho, estaba entusiasmada por salir y ver cómo funcionaba, por ser parte de la acción de cualquier manera pequeña que pudiera.

—Un par de cosas más también se publicarán, pero como participaré en el panel para elegir a este pasante, quería darles tanto aviso como fuera posible.

—¿Qué dijo ahora? —susurró Maxim, haciendo una mueca mientras escribía las notas que yo había apuntado.

Una patada en el respaldo de mi silla me sobresaltó. Sucedió tan repentinamente que perdí el equilibrio en mi silla y golpeé mi codo contra mi botella de agua. Traqueteando, luego volcándose, se estrelló contra el suelo y rodó por los escalones.

Maldición.

Rachel Brown sonrió con suficiencia desde su lugar detrás de mí. Le lancé una rápida mirada fulminante mientras me levantaba para recuperar la botella. Mis mejillas ardían de vergüenza por ser la fuente de tal distracción.

A su lado, Tiffany frunció el ceño.

—Disculpe, profesora Angus —dijo dulcemente—. ¿Podría repetir eso? No pude escuchar por el alboroto.

—Sí, Sabrina —se burló Rachel—. Si no estás hablando durante la clase, estás haciendo tanto ruido...

—Suficiente, señorita Brown. —La profesora Angus mantuvo su rostro arrugado inexpresivo mientras me veía recuperar mi asiento, luego miró a Maxim, como si ya supiera que era él quien susurraba, no yo—. Dije que los criterios para el puesto de pasantía se

publicarán esta noche. De esa manera, sus proyectos de primer año pueden completarse según lo programado. Les serviría bien incorporar su proyecto de alcance comunitario en la solicitud para este puesto, si lo desean.

¿Si lo deseaba?

¡Diablos, sí quería este puesto de pasante!

La clase fue despedida, y la profesora Angus llamó a Maxim para hablar con él. No era tan despiadada como para dejarlo sufrir con sus obstáculos, pero nunca lo apaciguaba. Maxim era simplemente así de ansioso, nervioso por perderse algo a pesar de que la profesora Angus siempre le ofrecía una copia de sus notas escritas a mano. Eso lo hacía mucho más desvalido, haciéndome querer ayudarlo también.

Mientras recogía mis cosas para salir del salón de conferencias, me aseguré de mantener la cabeza baja. Evitar el contacto visual con Rachel y Tiffany fue una lección que aprendí en agosto, cuando comencé mis estudios de derecho aquí. Tiffany era demasiado "buena" para acosarme directamente, al menos cuando un miembro de la facultad podía verla. Por lo tanto, Rachel era su agente de armas, haciendo su voluntad y tratando de hacer mi vida peor de cualquier manera posible.

Esquivándolas completamente, me apresuré a salir para comenzar el viaje en autobús y luego caminar a casa. Ignorando la larga ruta y cómo mi estómago gruñía pidiendo la cena, pasé el tiempo con pensamientos sobre el puesto de pasantía. La emoción creció dentro de mí. El nerviosismo intentaba instalarse. Por debajo de todo, sonreí y acogí este optimismo sobre la oportunidad de avanzar.

Ya iba por delante en la vida. Mis padres nunca habían ido a la universidad, por lo que mi licenciatura en Inglés fue un hito enorme para nuestra familia. Mi padre ni siquiera se había graduado de la escuela secundaria. Veníamos de recursos modestos, y con mi determinación de entrar en el derecho, algún día podría mantenerlos. Esta pasantía sería un logro impresionante más para

poner en mi currículum. Serviría como otro ejemplo de por qué debería ser considerada para un salario generoso en un equipo legal en algún lugar cerca de casa.

Para cuando llegué a la pequeña casa de una planta donde vivía con mis padres, mis punzadas de hambre habían desaparecido. Habían pasado, dejándome sintiéndome vacía y cansada. Pero en cuanto puse un pie dentro y saludé, el aroma de las enchiladas llegó a mi nariz y gemí.

—¡Sabrina! Llegas muy tarde —gritó mi madre desde la cocina donde sonaba música.

—Te calentaré un plato —añadió mi padre mientras me apresuraba hacia la cocina. Esta habitación cálida y colorida era el único lugar en la casa donde podía *sentir* el sentido de familia con el que estábamos bendecidos. Aquí era donde comíamos, donde hacía mis deberes, donde mi madre cocinaba e intentaba ayudar con algunos platos para la pequeña empresa de catering donde trabajaba. Era el sitio de muchas conversaciones, juegos jugados y comidas compartidas.

Así que, cuando me desplomé en mi silla y les sonreí, sentí que finalmente podía respirar. Podía relajarme y bajar la guardia. Sin libros y tareas frente a mí todavía, no tenía que concentrarme. Simplemente podía *ser*. Sin Tiffany y los otros acosadores observándome, no tenía que mantener un control estricto sobre mi compostura e imagen.

—¿Día largo? —preguntó mi padre mientras se inclinaba para besarme en la frente. Puso un plato humeante delante de mí mientras mamá traía un vaso de agua.

—Sí, otro día largo —dije felizmente.

—Bah. Dices eso de todos los días —bromeó mamá, tomando la silla para sentarse conmigo. No importaba que ya hubieran comido. Saborearían cada minuto de mi compañía que pudieran. La facultad de derecho era una existencia exigente, así que tenían que aprovechar lo que podían, cuando podían.

Asentí, de acuerdo con ella mientras me llenaba la boca. *Tan,* tan *bueno.* Las ricas especias y el toque de sabores me distrajeron de querer quejarme de cualquier cosa. Cada vez que tenía el privilegio de probar su comida, estaba en el cielo.

—¿Qué hubo hoy? —preguntó papá, tan interesado en mis días. Para él, yo era una "superheroína" por ir a la universidad y tratar de ser abogada. Él nunca había aspirado a obtener la educación que yo tenía, principalmente porque tuvo que trabajar durante su juventud, pero nunca perdía la oportunidad de mostrar su interés en lo que hacía.

—Responsabilidad civil, contratos y Procedimiento Civil —respondí antes de dar otro bocado.

—Procedimiento Civil... —Frunció el ceño, marcando las líneas en su rostro bronceado—. No me digas qué es esa otra vez. Lo sé. Lo sé.

—Procedimiento Civil —completó mi madre por él, tan interesada en mi vida como él, a pesar de su falta de conocimiento sobre lo que significaba todo.

Chasqueó los dedos y asintió.

—Y Procedimiento Penal fue el que hiciste el semestre pasado. —Sonrió radiante.

No sabía cómo había tenido tanta suerte de tener padres tan amorosos como ellos, genuinamente intrigados e interesados en lo que hacía.

—Y tendré que tomarlos de nuevo. Pero ¡escuchen esto! La profesora Angus anunció que abrirán solicitudes de pasantía para estudiantes de L1.

La mandíbula de mamá cayó.

—¿Ya?

—Pensé que dijiste que no tendrías una pasantía hasta el próximo verano —dijo papá.

A pesar de su falta de educación superior, entendían completamente la importancia de las pasantías. La experiencia laboral real, según ellos, era irremplazable. Estar presente y hacer el

trabajo era la forma en que abordaban las oportunidades de avanzar, y estaban entusiasmados no solo por que yo estudiara sino también por que comenzara a obtener experiencia laboral.

—¡Lo sé! —No pude evitar sonreír de nuevo—. Es nuevo. Pero este verano, Lorsen & Spengler aceptará a un solo estudiante de L1.

—¡Eso es fantástico! —Mamá aplaudió—. ¡Celebremos!

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—No conseguí el puesto.

—Todavía —añadió papá.

—Será muy competitivo.

—Bah. —Mamá me descartó con un gesto—. Lo conseguirás, Sabrina. Lo sé.

—Eres demasiado brillante para no hacerlo. —Papá se inclinó para abrazarme.

Asentí, acostumbrada a sus elogios y agradecida por ellos. Sin embargo, también era realista.

—Será difícil. Voy a revisar los criterios esta noche, y luego... —Me encogí de hombros—. Que gane el mejor estudiante.

—Yo apuesto por ti —dijo papá.

Mientras terminaba de comer, me preguntaron más sobre ello, diciéndome de nuevo que tenían plena fe en que yo podría ser la elegida. Todo lo que decían me infundía más emoción, pero una vez que terminé y había lavado mis platos, un poco de temor se filtró de nuevo.

Suspiré mientras les deseaba buenas noches a ambos antes de hacer el corto camino hacia mi apartamento. No era mucho, solo un estudio sobre el garaje, pero era mío mientras viviera con ellos. Después del último daño del huracán que destruyó la mayor parte de la casa, papá invirtió en reconstruir el garaje con este espacio habitable adicional encima. Apreciaban el hecho de que aún podían proporcionarme un hogar. Las becas pagaban mis estudios, y no tener que pagar alquiler era una bendición.

Normalmente, entrar en el pequeño estudio induciría más relajación. Este era mi refugio seguro. Mi estudio. Mi hogar. Mi

espacio para relajarme o concentrarme, dependiendo de lo que más necesitara en ese momento.

Sin embargo, tras las noticias de la pasantía...

Estaba inquieta.

Nerviosa sobre si la conseguiría.

Emocionada porque podría estar en la carrera por ella.

Y... intranquila por lo dura que sería la competencia.

La facultad de derecho ya fomentaba una mentalidad de perro come perro. Pero ¿luchar con todos mis compañeros de clase por *un* puesto?

—Será brutal —le dije a mi mejor amiga, Elise, cuando me llamó después de mi ducha.

Como compañera —o ex— estudiante de derecho, ella seguía estando al tanto de las noticias de la facultad. Elise abandonó después de su primer semestre, optando por estudiar enfermería en su lugar, pero se mantuvo en contacto con muchos compañeros de clase y ya había oído sobre las noticias de la pasantía antes de llamarme.

—Brutal, sí. Pero también soportable —me aconsejó, lanzándose a una pequeña charla motivadora—. Especialmente para ti. Eres inteligente. Te niegas a tener una vida fuera del estudio.

Me reí, sabiendo que lo decía con amor.

—Oye, hago voluntariado en la Sociedad Humana.

—Vale, eso solo demuestra que amas a los animales. Pero también es algo que puedes poner en tu currículum.

Me encogí de hombros aunque ella no podía verlo.

—Todo lo que haces es para graduarte y conseguir un trabajo sólido después —dijo.

—Cierto. Pero eso es cierto para todos nosotros. —Quizás algunos estudiantes no tenían que preocuparse por su futuro y finanzas como yo. Dudaba que Tiffany Lorsen perdiera el sueño por las facturas y por ayudar a su familia a mantener un techo sobre sus cabezas—. No es como si alguien se metiera en derecho —o enfermería— por diversión.

—Tienes razón. —Suspiró profundamente—. Y luego están personas como *él*. —Otro suspiro digno de desmayo escapó de sus labios.

—¿Eh? ¿Él quién? —Fruncí el ceño mientras me sentaba en mi escritorio y miraba la pila de deberes y lecturas que necesitaría terminar esta noche—. ¿Dónde estás, de todos modos? —La música ligera y el murmullo en su línea sugerían que no estaba en casa.

—En el Cricket —respondió, nombrando un pequeño bar cerca de su complejo de apartamentos. Muchos estudiantes paraban allí por cerveza barata, dardos y billares. Al menos, eso era lo que Elise me decía. Nunca había estado. Ella tenía una precisión infalible sobre mi falta de vida fuera de la escuela.

—Pensé que tenías un examen para el que estudiar —dije, sin preocuparme por regañarla. Le gustaba bromear diciendo que mi actitud académica necesitaba influir más en ella.

—Nah. Se pospuso. Ergo, me tomo la noche libre y me tomo una copa con Heather.

—¡Hola! —dijo Heather en el fondo.

—Ah. —Luché contra un bostezo.

—Y el *él* del que estoy hablando no es otro que Nick Grant.

Gemí, poniendo los ojos en blanco ante la mención del chico malo del campus.

—Es tan sexy.

—Más bien tiene el temperamento caliente —respondí. Nunca lo había conocido, pero había escuchado las mismas historias que ella —. Es decir, un temperamento explosivo.

—Todo un rebelde —añadió, agregando otro suspiro.

—Y probable desertor —le recordé.

—Bah, como sea. No hay nada de malo en echar un vistazo a algo agradable a la vista de vez en cuando —predicó.

Sí, claro. —Lo que tú digas —respondí con ligereza.

Con la pila de libros y mi viejo portátil cargándose frente a mí, resistí otro bostezo. No tendría un *ahora* ni un *después* para mirar fijamente a estudiantes de arte rebeldes.

Tenía demasiado en juego. Esta pasantía sería el primer paso sólido para asegurar mi carrera en derecho. Tenía que serlo.

NICK

Pintura roja se arremolinaba por las paredes del lavabo. El negro intenso se mezclaba mientras sostenía mi mano derecha bajo el chorro de agua. Ignorando a los Stone Temple Pilots que sonaban a todo volumen y las risas de los otros artistas en el estudio, me quedé mirando cómo el tono carmesí se oscurecía y brillaba.

El agua del enjuague se volvió más oscura.

Más metálica.

Como sangre.

La ilusión me sacó del trance en el que había caído... otra vez.

Frunciendo el ceño al lavabo antes de levantar la cabeza para evitar mirar los colores similares a la sangre que había mezclado, me enjuagué las manos más rápido. Más brusco con el jabón y el cepillo, me apresuré. Ojalá pudiera limpiar con la misma facilidad los recuerdos de sangre de mi cerebro.

El duelo era extraño de esa manera.

En los momentos más inesperados, un recuerdo podía surgir, atraparme y darme una paliza. Ser arrastrado al recuerdo de la muerte de mi padre nunca se sentía bien.

No quería seguir adelante sin él.

Tampoco quería olvidarlo.

Sin embargo, vivir en el presente no era más que una maldita frase hecha que estaba harto de escuchar. Así que, cuanto más empujara esta ira, resentimiento y culpa de vuelta a los

compartimentos cerrados de mi alma negra, menos necesitaría seguir el consejo de mi padrastro de volver a terapia. O simplemente "hablar" con alguien.

¿De qué serviría hablar? No es como si aliviara el dolor de perder a mi padre.

Existir en este limbo con rabia que se pudre tampoco parecía estar haciendo mucho por mí, pero continuaría sacando adelante mi vida lo mejor que pudiera.

—¡Eh! Nick. Me dijiste que te avisara cuando fueran las...

—Seis y media —terminé por mi compañero artista, Diego—. Lo que fue hace diez putos minutos. —Le lancé una mirada por encima del hombro mientras me enjuagaba las manos más rápido.

Él se rio, haciendo una pausa en su sesión de besos con la modelo desnuda a la que se suponía que estaba dibujando, no intentando follarse. —Lo siento, tío. Me distraje un poco por aquí.

Por lo que se veía, estaría muy ocupado toda la noche. La groupie —perdón, la "modelo"— ya tenía carboncillo untado sobre sus enormes tetas. No podía imaginar que metérselo en el coño acabara bien.

No me molesté en responder, dejándolos a lo suyo. Yo también tenía que ponerme en marcha. Ese aviso de las seis y media era lo que había estado esperando para llegar a tiempo a la mansión de los Lorsen para la cena. Una cena "familiar". Como si mi nuevo padrastro y hermanastra alguna vez pudieran considerarse familia.

Aunque mi madre, Leslie, estaría allí, y ella no merecía preocuparse por mi tardanza.

Otra vez.

Agarré mis llaves del mostrador de la entrada del estudio, dejando atrás los gemidos y sonidos de sexo.

Maldita sea.

Ahí iban mis planes de volver aquí e intentar arreglar mi pintura durante toda la noche. Si Diego y su modelo iban a fingir que este estudio era uno de los lugares privados del campus para follar hasta la mañana, necesitaría encontrar otro lugar donde pasar el tiempo.

Quedarme en la mansión de los Lorsen era incómodo. No era mi hogar. No era mi lugar. Desde el primer día en que mamá y yo nos mudamos allí después de su matrimonio con George Lorsen, me sentí como un invitado no deseado. Eso fue hace más de un año, y algunas cosas nunca cambian. No tenía ni idea de cuál era mi lugar. Estaba a la deriva, sin pertenecer a ninguna parte.

Quizá Pierce quiera ir al Cricket otra vez.

Me quedé en ese antro hasta el cierre anoche. Pero, ¿qué demonios? Dos noches seguidas me parecerían bien.

Después de subirme a mi moto y alejarme a toda velocidad del campus para llegar a la mansión Lorsen, me pregunté cuánto tiempo intentaría engañarme pensando que algo volvería a estar "bien".

Nada parecía normal.

Ni remotamente bueno.

Tomar cada día según viniera no se había vuelto más fácil todavía, y dudaba que alguna vez lo fuera.

Entré y aparqué mi moto más lejos del garaje. La zona con más sombra cerca de la casa de la piscina era donde George me había pedido que guardara mi moto ya que era "ruidosa". No me digas, claro que era ruidosa. ¿Qué motocicleta no lo era?

Aun así, complacía al hombre. Nos estaba dando a mi madre y a mí un lugar donde vivir, y nunca mordería la mano que me alimenta.

Suspiré mientras comenzaba a trotar para entrar.

Eso no significa que tenga que caerme bien el tipo.

George Lorsen no se parecía en nada a mi padre, pero bueno, David Grant era uno entre un millón. Se fue demasiado pronto, imposible de reemplazar.

Parecía que mi madre estaba tratando de seguir adelante, siguiendo esa estúpida línea de consejo de volver a casarse y mudarnos aquí. Y solo por esa razón, lo intentaría. Por ella, intentaría hacer lo que se esperaba de mí.

Me miré rápidamente, debatiendo si debería perder unos minutos más corriendo a mi habitación para cambiarme o simplemente aparecer ahora como estaba y ser puntual.

Por regla general, nunca me importaba lo que otros pensaran de mí.

Sin embargo, la opinión de George tenía que importar.

No muerdas la puta mano que te alimenta.

Llegué a un compromiso, quitándome la camisa abotonada que tenía salpicaduras de pintura. Mientras trotaba de nuevo hacia el comedor, tiré la camisa sobre una silla en el pasillo para recogerla más tarde. Mi camiseta interior no se vería apropiada, pero a la mierda. Estaba limpia. Si George realmente esperaba que me presentara a cenar con un maldito traje, estaría esperando un tiempo muy largo para ver que eso sucediera.

—Estoy segura de que estará aquí... —Mi madre dejó de hablar cuando entré en la habitación—. Ahí está. —Levantó su rostro hacia mí, casi sonriendo.

Por costumbre, le di un beso en la parte superior de su cabeza. —Hola, mamá. —Asentí hacia George —en su inmaculado traje— al otro lado de la mesa—. Hola, George.

—Ahí está, en efecto. —La sonrisa de George era genuina. O tal vez era así de suave, así de practicado. Nunca confié en los abogados y dudaba que alguna vez lo hiciera.

La expresión llegaba a sus ojos, sin embargo, a diferencia del intento de mi madre.

Joder. Me senté y me pregunté si mi madre estaba cayendo en otra espiral depresiva.

El duelo podía ser extraño.

Y como demostraba una y otra vez, podía ser tenaz.

—Hola, Nick —dijo Tiffany educadamente.

—Hola —respondí a la hermanastra que toleraba—. Siento haberlos hecho esperar.

—No te preocupes, Nick. No estábamos esperando —respondió George.

Exhalé un suspiro de alivio, pero no podía "relajarme". Todavía no. Además de lo tenso que me sentía en este lugar para empezar, como un extraño que no pertenecía, no podía dejar de lado mi

sospecha instantánea de que mi madre estaba actuando raro de nuevo. Se estaba volviendo demasiado buena enmascarando su tormento interior, pero dependía de mí cuidar de ella, leerla y saber cuándo estaba luchando.

Pero no es como si pudiera hacer algo para arreglarlo. Alcancé mi vaso de agua y di un sorbo, acomodándome para soportar otra supuesta cena familiar.

Como de costumbre, mamá se mantuvo callada.

Y como de costumbre, no dije una maldita palabra a menos que George me hiciera una pregunta.

A veces, me bombardeaba con preguntas para que me sintiera como si estuviera siendo interrogado, como un testigo en el estrado en la corte. O especulaba y daba conferencias, como si fuera un estudiante en su clase. Otras veces, me aburría con sugerencias sobre cómo puedo averiguar qué hacer con mi vida.

Esta noche, sin embargo, parecía que me salvaba porque su preciosa princesa acaparaba su atención.

Mientras comía, observé cómo mi madre no lo hacía. Simplemente empujaba la comida en su plato, claramente sin apetito otra vez. Tiffany y George pasaron toda la hora hablando sobre una pasantía que la firma de abogados de George ofrecería en el verano. No me interesaba. Tampoco parecía interesarle a mi madre. Como la mayoría de lo que decían los Lorsen, entraba por un oído y salía por el otro.

Finalmente, George se levantó, alegando que tenía que atender una llamada.

—Me voy a ir a la cama —dijo mi madre cuando me volví para mirarla, deseando poder tener una conversación privada con ella sin que Tiffany estuviera aquí.

Era como si mi madre supiera que quería comprobar si estaba luchando de nuevo.

Con Tiffany todavía en el comedor, desplazándose en su teléfono mientras las criadas se llevaban los platos, sabía que este no era el momento ni el lugar para presionar.

—¿Ya? —le pregunté de todos modos.

Sonrió, y fue más como las sonrisas "reales" que recordaba. —No todo el mundo puede quedarse despierto tan tarde como ustedes dos.

Odiaba que me agruparan con Tiffany. Claro, teníamos la misma edad, pero ni siquiera nos molestábamos en actuar como hermanos. Éramos más extraños que cualquier otra cosa. Compañeros de piso, incluso, si tenía que admitir que esta era ahora mi residencia.

Ella le dio a mamá una sonrisa que parecía más una mueca. —Oh, Leslie, no es como si yo saliera de fiesta y me metiera en problemas.

Puse los ojos en blanco. *¿Meterse en problemas? ¿Quién coño habla así todavía?*

Mamá sonrió, casi uniéndose a la broma. Demonios, si bromear conmigo podía sacarla de su estado de ánimo, lo aceptaría.

—Sé que te quedas despierta cada noche estudiando, Tiffany —dijo mamá mientras se ponía de pie.

—No es como si *yo* pudiera estudiar algo —respondí, defendiéndome a medias o el hecho de que más o menos me había convertido en un estudiante de arte.

Mamá nunca me compararía con la niña mimada que Tiffany se esforzaba por ser. Mi concentración en las artes era producto de un capricho, mientras que la obsesión de Tiffany por estudiar derecho era una extraña fijación por seguir los pasos de su padre. Si lamer culos fuera un deporte olímpico, ella ganaría el oro.

Mamá me dio una palmada en el hombro al salir del comedor, dejándome con mi hermanastra.

Exhalé un largo suspiro, más tenso ahora con la preocupación por la única persona que importaba en mi mundo.

Si estuviera luchando con la depresión de nuevo, ¿buscaría ayuda esta vez? ¿A mí? ¿A George? ¿A una de las criadas o amas de llaves?

No estaba aquí a menudo, por diseño, pero si me necesitaba...

Simplemente vigílala. Observa y espera.

No repetiría el error de no prestar suficiente atención a mi madre otra vez.

Metiendo la mano en mi bolsillo para buscar mi teléfono, miré a Tiffany.

Todavía estaba haciendo pucheros, claramente molesta por lo que fuera que estaba leyendo en el suyo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté, sin importarme la respuesta. Esta chica lo tenía todo hecho. Un padre estable y confiable. Dinero. Esta enorme casa. No tenía nada de qué preocuparse. En cambio, maquinaba sus propios problemas, necesitando el maldito drama para seguir siendo importante.

—Esa pasantía.

—¿Qué pasantía? —pregunté mientras me desplazaba para encontrar el último mensaje de Pierce. Pasando todos los mensajes sobre encargos de arte y modelos ansiosos por ser pintados, busqué a mi amigo.

—¿No escuchas nada? —soltó Tiffany.

Me encogí de hombros. —Solo lo que importa, *Tiff*.

—Oh, ¿así que piensas que puedes simplemente desconectarte durante toda la cena? ¿Actuar como si todo fuera genial en tu perfecta vida de pereza y falta de ambiciones? —Resopló, sacudiendo la cabeza.

No podrías estar más lejos de la verdad, perra.

Nada era genial. Ya no. No carecía de ambición. Simplemente estaba perdido.

—¿No te importa que papá no me dé ese puesto de pasante?

—No. Realmente no me importa una mierda lo que hagas con tu perfecta vida de lamer culos y fingir que quieres ganarte tu título o carrera.

Si tuviera un dólar por cada vez que compraba un trabajo a alguien o usaba un programa para hacer su trabajo, sería más rico que todos los Lorsen juntos.

Nunca tratamos de llevarnos bien, pero tampoco decidimos ser enemigos. Como hermanastros, operábamos con desprecio mutuo y

desinterés. A Tiffany no le importaba yo, y yo no disfrutaba particularmente viéndola. Debido a que éramos tan opuestos, nunca importaba si nos llevábamos bien o qué tan bien lo hacíamos.

—Además, es un punto discutible. Estás desperdiciando tu aliento quejándote de si lo conseguirías o no.

—¿Cómo es eso? —Frunció el ceño, no necesariamente ofendida.

—Supondría que George sería intachable y no seguiría las reglas del nepotismo, pero es obvio que tú tendrías el puesto. Eres su hija. —Me encogí de hombros. Parecía obvio que él querría lo mejor para ella porque su éxito sería un reflejo del suyo.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia. —No. Eso no es cierto. No estoy segura de que ser su hija me daría mejores oportunidades para esto. Hay toda una lista de criterios que deben cumplirse. Todo un panel de profesores que darán su opinión sobre quién sería seleccionado.

Me encogí de hombros otra vez, prestando parcialmente atención mientras le respondía a Pierce. Él estaba dispuesto a encontrarse conmigo en el Cricket otra vez. Solo era cuestión de cuándo estaría libre.

—También no estoy tan segura de que pudiera conseguir esta pasantía debido a la competencia. —Frunció el ceño a su teléfono, y aparentemente molesta por lo que estaba leyendo, lo apartó con desdén—. La competencia con una persona en particular. Esta maldita becaria, Sabrina Rosario. —Dijo su nombre con tal gruñido que casi lo escupió.

—Qué fastidio —murmuré mientras me levantaba.

No tenía interés en quedarme o fingir que me importaban sus preocupaciones. No haría ninguna diferencia para mí si George elegía a su hija para algún puesto en su firma o a algún otro estudiante. Mi única preocupación era mi madre, y ella había elegido recluirse en su habitación para la noche, fuera de la vista y del alcance.

Saliendo del comedor, renuncié a cualquier conversación con Tiffany. No habría hecho ningún impacto de una manera u otra. Era

demasiado egocéntrica, demasiado egoísta y atrapada en su pequeño mundo de auto-importancia, solo poniendo el esfuerzo en hablar con alguien cuando determinaba que podía obtener un beneficio de ellos.

Me detuve el tiempo suficiente para agarrar la camisa que había tirado en la silla del pasillo. De lo contrario, no dejé que nada se interpusiera en mi camino de ducharme y cambiarme antes de salir a beber y jugar a los dardos con Pierce otra vez.

Nadie dijo nunca que evitar los problemas resolvería algo. Pero a veces, como en una noche como esta, era más fácil fingir que no pasaba nada en absoluto.

La ignorancia era una bendición.

Y realmente deseaba poder perder la conciencia y el conocimiento de todas las formas en que mi vida ya no era tan genial como solía ser.

SABRINA

El rumor sobre la pasantía creció durante el fin de semana. Para el lunes por la mañana, era lo más importante en la mente de todos.

También en la mía.

Tal como dijo que haría, la profesora Angus publicó los criterios para solicitar en línea. La lista estaba allí, detallada, para que todos los estudiantes la revisáramos.

Ya había pasado la mayor parte del domingo concentrándome en cómo podría cumplir con todos esos requisitos. No importaba lo preparada que pudiera parecer en el papel, seguía nerviosa por no conseguir este puesto.

Después de la clase de responsabilidad civil, impartida por el profesor más aburrido de todo el departamento, me reuní con Elise para almorzar. Aunque se había retirado y cambiado su rumbo hacia la enfermería, seguía muy informada sobre los acontecimientos dentro de la facultad de derecho.

Se limpió la boca después de un bocado de su hamburguesa grasienta y luego aclaró su garganta. Sentí el ardor de su mirada mientras yo ordenaba mis cuadernos y papeles. Era obvio que sentía curiosidad por algo, observándome tan de cerca, pero yo podía jugar este juego de espera sin problemas. Tarde o temprano cedería. Desde mi punto de vista, esto era solo práctica, una prueba para cuando necesitara mantener la compostura en un tribunal. Si tenía

algo que decir, era bienvenida a hacerlo. No actuaría como una lectora de mentes.

—¿Estás segura de que esta pasantía es algo que realmente quieres? —preguntó, cediendo como sabía que lo haría.

Levanté las cejas, intrigada por qué preguntaría eso. Ella, más que nadie, sabía lo decidida que estaba a triunfar. Elise era becaria, igual que yo. Y al igual que yo, había luchado para ganar esa beca y tener un lugar en esta universidad.

—¿Cómo puedes dudar que la quiero?

Se encogió de hombros, volviendo su atención al almuerzo mientras más estudiantes deambulaban por la zona tipo cafetería cerca del edificio principal de la facultad de derecho. Sin lluvia en el horizonte, no había más que el sol de Florida golpeándonos aquí afuera.

—No querrías trabajar para un bufete como Lorsen & Spengler.

Me senté y la miré, renunciando a organizar mis papeles por un momento. Me quedaban unos minutos antes de volver a clase. —¿No querría?

—No —sonrió con ironía, como si eso debiera ser obvio.

—Permíteme disentir. Lorsen & Spengler es uno de los mejores bufetes de abogados del estado. Del país —ella lo sabía—. Conseguir una pasantía con ellos se vería *muy* impresionante en mi currículum.

—Claro. Si quisieras dedicarte a ese tipo de derecho.

No pude evitar reírme un poco. —El, quiero asegurarme de practicar *algún* tipo de derecho, donde sea, para poder empezar a ganar y ayudar más a mi madre y a mi padre.

—Sí —respondió mientras ponía los ojos en blanco—. Por supuesto, quieres tener algo asegurado. No estoy sugiriendo que puedas ser exigente —frunció el ceño—. Bueno, en realidad, creo que sí lo estoy haciendo.

—A caballo regalado no le mires el diente —le recordé. Como venía del mismo origen humilde que yo, sabía perfectamente lo duro que teníamos que luchar por nuestros sueños y no ser quisquillosas

con ellos. La facultad de derecho era competitiva y desafiante. No había espacio para ser selectivos.

—Sí, generalmente. Pero esto eres *tú* de quien estamos hablando.

—Sí —me reí de nuevo—. Yo. Una don nadie.

Apretó los labios en una mirada irónica. —Creo que perdiste el derecho a decir que eres una don nadie cuando fuiste la mejor estudiante de tu instituto.

—No, tiene razón —intervino Rachel desde la mesa contigua a la nuestra.

Casi me estremecí al oír su voz altiva. Cómo no, estaba escuchando a escondidas.

—*Eres* una don nadie, Sabrina —se burló Rachel.

—Solo una pieza de basura —añadió Tiffany, murmurando lo suficientemente bajo para que otros más lejos no la escucharan. Entrecerró sus ojos azules mientras se echaba su cabello rubio y liso por encima del hombro. No había forma de pasar por alto el puro desprecio que sentía por mí.

—Ja —Elise no compartía el lema que yo intentaba seguir cuando se juntaban para acosarme, lo cual era casi todos los días. Yo no intentaba involucrarme en nada con la hija del profesor Lorsen, la estimada niña de oro del departamento. Sin importar lo que dijera o hiciera, lo más sensato era ignorarlo. Dejar pasar los golpes.

Mi amiga no estaba de acuerdo. Le gustaba la mezquina idea de contraatacar. Tal vez tenía menos que perder ahora que ya no estaba en el programa.

—Nadie excepto la estudiante en la cima de la clase —dijo Elise, mirándolas fríamente—. ¿Cuál fue tu puntaje en el LSAT, Tiff?

Me mordí el labio para no sonreír. *Odiaba* esa abreviatura de su nombre. Supongo que no era lo suficientemente apropiada para ella.

—Vete a la mierda —gruñó.

—Oh, es cierto... —Elise se dio golpecitos en la barbilla—. Estaba en los bajos cuarenta, ¿no?

—Cállate ya —dijo Rachel, defendiendo a su abeja reina—. Como si tú pudieras hablar. Abandonaste, ¿recuerdas? Maldita perdedora.

—Cambié de carrera —corrigió Elise—. E incluso *yo* saqué una puntuación más alta que Tiff.

Tiffany frunció el ceño, desviando la mirada.

—Si estás pensando en solicitar esa pasantía, eres una idiota —me dijo Rachel—. Nadie va a querer a una becaria de quinta como tú.

—¿No? —dijo Elise.

Me mordí el labio, deseando que las ignorara. Cuanto antes se dieran cuenta de que nadie las escuchaba, se marcharían. Ya era viejo escucharlas burlarse de mí por ser basura, una broma que comenzó porque descubrieron que mi padre trabajaba en el equipo de mantenimiento y *era* recolector de basura. Su trabajo no era elegante, pero era necesario. Mi madre y yo estábamos malditamente agradecidas de que tuviera un empleo estable como ese.

—Sabrina obtuvo 175 en su LSAT. ¿Recuerdan? Tiene todo sobresalientes. Sin problemas como lamer traseros a los profesores. Y su proyecto comunitario ya está causando impacto —Elise sonrió después de presumir de mis logros—. Nadie va a considerar a nadie *más que* a ella.

—En tus sueños —dijo Rachel.

—Vamos —le dijo Tiffany, levantándose para abandonar el área.

Una vez que se alejaron, fruncí el ceño hacia Elise. —¿Era necesario eso?

—Sí —sonrió más ampliamente—. Sé que tienes toda esa mentalidad de *poner la otra mejilla*, pero estoy harta de que te acosen. Tienes muchas más posibilidades de conseguir esta pasantía, o cualquier otra, que ellas. Porque eres así de buena estudiante. Así de buena persona.

—Gracias, pero...

No había terminado y continuó: —Y porque eres así de buena persona, por eso me pregunto si realmente quieres esta pasantía —

levantó su mano para callarme cuando abrí la boca—. Sí, lo sé. Es Lorsen & Spengler. Son grandes nombres. Pero no te van a dar la oportunidad de trabajar en el tipo de casos que realmente te importan. Representan a celebridades y personas ricas e influyentes que solo quieren que los dejen libres de cualquier delito que hayan cometido para poder hacerlo de nuevo.

Hice una mueca.

—¿Ves? Sabes que tengo razón.

Me encogí de hombros. —Quizás. Un poco.

—Quieres retribuir a la comunidad. Desde la secundaria, has dicho que quieres representar a los necesitados, a las minorías, a los desfavorecidos de la sociedad. No ayudar a los multimillonarios a usar lagunas legales o a los imbéciles a estafar a la clase media.

—Cierto. Pero Lorsen & Spengler sería un sólido trampolín para llegar a donde finalmente quiero estar.

Frunció el ceño. —¿A costa de cuánta integridad? —Hizo un gesto en la dirección por donde se habían ido Tiffany y Rachel—. ¿De verdad quieres relacionarte con gente como ellas?

Su fuerte posición sobre ver a los ricos como el enemigo no era nada nuevo. Sin embargo, tenía que ser práctica al respecto. Una pasantía con ese bufete abriría más puertas.

—No me relacionaría *con* ella.

—Solo con su padre —respondió.

—Solo con el bufete de su padre —el profesor Lorsen no era tan malo como su hija. Era correcto y santurón, pero un instructor justo, por lo que podía ver.

Elise negó con la cabeza. —Te estás menospreciando, Sabrina. Tu proyecto comunitario ni siquiera se alinearía con la misión del bufete.

—No necesita hacerlo. El proyecto comunitario solo debe ser un ejemplo de tomar iniciativa y actuar en consecuencia.

—Sí —comenzó a recoger su basura—. Y tu intento de conseguir fondos para una nueva piscina comunitaria y ofrecer clases de natación no es algo que impresionaría a la élite rica como los Lorsen.

Me levanté con ella, consciente de que tendría que darse más prisa que yo para llegar a su próxima clase al otro lado del campus. Aunque quería estar de acuerdo con ella y admitir que tenía razón, temía que sonara como si me estuviera rindiendo antes incluso de solicitar.

—¿En qué caso podrías participar si consiguieras esta pasantía? —preguntó.

Hice una mueca, sabiendo que esto solo probaría aún más su punto de que Lorsen & Spengler no representaba el tipo de derecho que me interesaba. —Defender a un CEO de cargos por malversación.

Resopló. —¿Y podrías vivir contigo misma después de ayudar en eso? —Negando con la cabeza, se colocó su bolso y me estudió—. Eres más adecuada para ser fiscal, Sabrina. Luchar *por* la gente. Meter a los canallas en la cárcel. No al revés.

—Tampoco quiero eso. Quiero luchar contra otras injusticias —le recordé. El derecho civil era más mi campo. No el penal.

—Solo digo —dijo unos momentos después mientras nos separábamos— que es algo en lo que pensar.

Mientras caminaba hacia mi próxima clase, suspiré. Esta pasantía era en lo único que estaba pensando. Era una gran noticia. Sería una oportunidad enorme. Pero no significaba que me estuviera menospreciando o comprometiendo mi integridad. Si conseguía el puesto de pasante, sería un ejercicio. Una lección. Una experiencia para aprender, no para "cambiar mis colores" ni nada tan drástico.

No es como si quisiera quedarme después de la pasantía. Solo ponerla en mi currículum y-

Tan perdida en mis pensamientos, no presté atención a mi entorno.

Alguien corrió junto a mí mientras bajaba por el camino hacia el auditorio. Y se acercaron demasiado, empujándome hacia la fuente que tenía al lado.

Jadeé mientras perdía el equilibrio. Demasiado rápido, estaba cayendo, precipitándome hacia el agua poco profunda. Antes de

poder soltar un grito, nada más que esa brusca inhalación de aire, caí fuerte y rápido.

Mi rodilla golpeó el borde de concreto de la gran fuente, y probablemente fue la única razón por la que mi portátil no cayó al agua conmigo. La correa de la bolsa se deslizó por mi brazo mientras me desplomaba, y golpeó el borde donde los estudiantes solían sentarse.

Se levantaron, sorprendidos de que me hubieran empujado a la piscina. Las risas resonaron mientras caía completamente en el agua. Los estudiantes y transeúntes se pararon y señalaron, riéndose de que ahora estaba sentada en treinta centímetros de agua.

Está bien. Está bien. No es profunda. No es el océano. No es-

Obligándome a respirar y no hiperventilar por el miedo a ahogarme, me incorporé para limpiarme la cara.

Estaba empapada. Mi ropa, mis zapatos, mi bolsa con cuadernos. Todo goteando. Aun así, lo único que podía permitirme pensar era que no me estaba ahogando, no en esta cantidad tan poco profunda de agua. Estaría bien, aunque humillada y teniendo que secar mis cosas ahora.

Parpadeando rápidamente y odiando esta fobia de larga data a los cuerpos de agua, miré las caras sonrientes y burlonas de mis enemigos.

Tiffany y Rachel sonreían con alegría, viéndome escupir agua y salir de la fuente.

—Ups —dijo el novio de Rachel—. No te vi ahí.

—Porque es una don nadie —dijo Tiffany.

Negándome a llorar o ceder ante sus crueles artimañas, la miré fijamente y esperé que pudiera ver lo equivocada que estaba. Lo equivocada que estaría.

No importaba cuánto no estuviera de acuerdo con lo que ese bufete de abogados defendía y no importaba cuán débilmente su ética pudiera coincidir con la mía, haría todo lo posible por conseguir esa pasantía.

Yo sería quien ganara ese codiciado puesto.

No ella.

Así es como contraatacaría. Se lo demostraría. Se lo demostraría a todos.

Nada, ni nadie, me detendría.

NICK

No estaba seguro de por qué me molestaba en seguir yendo a clase.

Cuando comencé la universidad, tenía notas por encima de la media, les caía bien a mis profesores y estaba en camino de hacer que mis padres se sintieran orgullosos. El día que mi padre empezó a deteriorarse marcó el lento descenso en picado de mi motivación para tener éxito. Al menos en la ingeniería, el camino que había elegido.

Con el paso de los años, con todas las pérdidas y dificultades, dejé que mis estudios pasaran a un segundo plano. Ya ni siquiera eran una prioridad.

Más o menos me cambié a una especialización en artes solo para poder *seguir* en la universidad. Holgazanear no era algo que intentara perfeccionar. Pero mientras luchaba por saber qué coño hacer con el resto de mi vida, era un sustituto. Además, mientras estuviera matriculado en algo, George asumiría que me interesaba no convertirme en un vago. Mientras asistiera a algunas clases, mi madre no tendría que estresarse pensando que no estaba afrontando la vida después de la muerte de mi padre.

Abrir el correo electrónico del departamento de ingeniería fue un error del que podría haber prescindido esta mañana. Era uno de esos mensajes con un asunto demasiado vago para filtrar si se trataba de noticias importantes o spam.

Mientras estúpidamente ojeaba el contenido en mi teléfono en medio de Historia del Arte 101, mi humor empeoró.

No, no me importaba un próximo conferenciante invitado por el departamento de ingeniería.

Y no, no me interesaba reunirme con los asesores del plan de estudios del departamento para inscribirme en un nuevo curso que se ofrecería el próximo semestre.

Sentado aquí en una clase donde la mitad de los estudiantes estaban dormitando, no me importaba casi nada.

Solo mamá.

Durante todo el fin de semana, había parecido tan distante. No me había quedado mucho en la mansión, pero cuando la buscaba, ponía excusas, casi como si me estuviera evitando activamente.

Un dolor de cabeza. Sentirse cansada. Querer dar un paseo sola.

Estaba acostumbrado a cómo actuaba cuando quería aislarse, y me preocupaba que esta vez estuviera hundiéndose demasiado rápido y profundo.

Esto es una estupidez.

Estaba perdiendo el tiempo en clase. No estaba interesado en el tema. El minimalismo americano era, de todas formas, una fase del arte muy aburrida.

En lugar de fingir ser un estudiante obediente, me levanté y me fui temprano para ver a mamá en la mansión Lorsen que ella llamaba hogar. No sería la mía. No estaba seguro de cuándo y dónde volvería a sentir otra sensación de estar en *casa* de nuevo.

Salí del campus, ignorando el resplandeciente sol lo mejor que pude. Mis gafas de sol ayudaban un poco, pero estaba demasiado brillante, demasiado caluroso. Me sentía expuesto en mi moto, y fue con alivio que alcancé las sombras del fresco vestíbulo de la mansión veinte minutos después.

Encontrando a mamá en el patio trasero, refugiándose bajo una sombrilla abierta cerca de la piscina, levanté la mano para saludarla.

—¿Nick? ¿Qué haces aquí tan temprano? —me saludó mientras se incorporaba, claramente sorprendida.

¿Por qué te sorprende tanto no estar sola? Odiaba cómo todo lo que decía y hacía parecía tan sospechoso.

Su expresión se suavizó con una sonrisa, pero seguía sin llegarle a los ojos.

—¿Saltándote las clases otra vez?

Su pregunta era más bromista y observadora que regañona.

Me encogí de hombros, metiendo las manos en los bolsillos mientras miraba la piscina. Aunque esta mansión nunca se sentiría como un hogar, me gustaba nadar en la piscina de tamaño olímpico, a menudo tarde en la noche cuando no tendría que ver a nadie.

Diablos, supongo que somos iguales en eso. Evitar a los demás a veces parecía más fácil para mi alma.

—De todos modos, es bueno que estés aquí —dijo, levantándose las gafas de sol para mirarme mientras se incorporaba. Alcanzando un paquete que debía haber sido entregado, me hizo un gesto para que me acercara—. ¿Vas a volver al campus hoy?

Asentí.

—Sí. Simplemente no me interesaba Historia del Arte hoy.

—Entonces quizá podrías llevarle esto a George. Llegó después de que se fuera a dar sus clases esta mañana, y creo que lo necesita antes de ir a su oficina más tarde.

—Ah —acepté el paquete—. Sí, puedo entregárselo.

—¿Recuerdas cuál es su oficina? —preguntó—. Esos edificios de derecho son tan grandes.

Asentí. La encontraría. No era estúpido. No quería hablar de George o del edificio donde daba una o dos clases. Quería ver cómo estaba *ella*.

—¿Estás...?

Su teléfono sonó, y ella se incorporó de golpe para mirar la pantalla.

—Vaya. Tengo que contestar. He estado intentando contactar con esta compañía que puede arreglar mi cuenta del seguro del coche — se puso de pie, negando con la cabeza—. Te juro que hoy en día todo está externalizado a un tercero o algo así.

La observé mientras se disculpaba, contestaba la llamada y se alejaba.

Ni siquiera había puesto mucho entusiasmo o energía en sus palabras. Sin verdadera molestia o problema. Sin emoción.

—Maldita sea —susurré mientras me pasaba una mano por la cara. Tenía que estar en caída libre para actuar tan distante e indiferente. Después de que mi padre muriera, me explicó que ella hacía su duelo en soledad. Que le gustaba tener su espacio para hacerlo. Nunca me apartó, y fue una mujer fuerte para consolarme después de que lo perdiéramos, pero nunca olvidé cómo enfatizó su preferencia por la soledad.

¿Pero y si esto va demasiado lejos?

¿Y si necesita ayuda?

¿Y si está dejando que las cosas se deslicen para poder marchitarse hasta la nada?

Fruncí el ceño, odiando esa posibilidad. Ella era todo lo que me quedaba. Y si su indiferencia afectaba a su matrimonio con George, ¿dónde acabaríamos entonces? ¿Sin hogar?

Estar atascado en el limbo era un buen lugar para mí ahora mismo. Pero no para ella.

Tomé el paquete, sin querer molestarla mientras seguía manteniendo la farsa de que estaba bien.

De vuelta en el campus, intenté lo mejor posible no dejar que mi oscuro estado de ánimo me consumiera. Dejaría este estúpido paquete y luego mataría el tiempo en el estudio. Diego no estaría allí. Y podría usar la soledad para descubrir qué arreglar en mi última serie de pinturas. El arte no era mi vocación. No sería un trabajo estable, pero mientras me intrigara, aunque fuera un poco, seguiría con ello.

Aunque me arrepentí de no haber consultado con mamá dónde estaba la oficina de George. Después de veinte minutos caminando y revisando todos los pasillos equivocados, nada me resultaba familiar. Había visto a George en su oficina antes. Era mi padrastro, por el amor de Dios, no un extraño. No lo estaba evitando completamente,

aunque no pudiera reunir la voluntad de invertir energía en conocerlo más de lo que ya lo hacía.

—¿Les mataría poner un puto cartel o algo? —murmuré mientras pasaba por una esquina que ya había visto.

Sin flechas.

Sin mapas.

Pomposos, moralistas bichos raros legales.

Frotándome la cara mientras un dolor de cabeza por tensión acechaba más cerca de la superficie, gemí y giré para dirigirme por otro pasillo.

Pero no terminé de girar.

Alguien chocó contra mí.

Alguien mojado.

Una morena baja y curvilínea rebotó hacia atrás mientras sus libros y notas empapados salían volando por todo el suelo.

—Mira por dónde vas.

—Mira por dónde vas.

Parpadeé, atónito de que hubiéramos dicho lo mismo al mismo tiempo.

Yo lo había murmurado oscuramente, molesto.

Ella lo había regañado con altivez.

Entrecerré los ojos, sin estar de humor para que alguna estudiante de derecho estirada intentara quejarse de que yo estaba en su camino.

—Si miraras por dónde demonios vas, esto no habría pasado —añadí mientras ella se agachaba al suelo para recoger sus cosas.

Se apresuró a recoger sus cosas.

—Si no estuvieras tapándote la cara mientras girabas salvajemente...

—No *giré salvajemente* —protesté, ahora cabreado.

¿Quién demonios se creía que era, diciéndome que esto era *mi* culpa? Si estos abogados pudieran poner un maldito mapa, no me habría perdido en absoluto.

Aunque mantuvo la cabeza agachada, su largo pelo mojado cayendo y cubriendo la mayor parte de su cara, noté cómo abría y cerraba la boca. Un suspiro molesto salió de esos labios carnosos en su lugar.

No me habría costado ayudarla a recoger sus cosas, pero no tenía paciencia para los de su clase. Egoístas y con prisas, como si su agenda fuera lo único que importaba en el mundo. No tenía nada que decir sobre la puntualidad. Yo vivía con la creencia de *más vale tarde que nunca*.

Esta chica, sin embargo... sabía exactamente cómo era. Por su tono cortante y su suspiro agraviado, actuaba como si yo fuera un problema tan grande en su vida.

Me recordaba a Tiffany.

Todos estos malditos abogados eran así. Se creían santos.

—Disculpa —dijo esta estudiante. Aunque no me ladró con un tono despectivo, no se podía ignorar lo impaciente que estaba. Con un empujón de su mano en mi pierna, miré hacia abajo y me di cuenta de que había pisado uno de sus papeles que había volado.

—No. No te *disculpo*. No eres la única persona que tiene prisa por aquí. No tengo que agacharme y apartarme de tu camino como si fueras una princesa de verdad.

—*¿Princesa*? Ni hablar —levantó la cabeza para mirarme con el ceño fruncido—. Y tú no tenías prisa. Solo estás merodeando y deambulando.

—Eso no te da ninguna razón para quejarte de que estoy en tu camino.

—No me que... —resopló, luchando por recoger todas sus cosas que no estaba pisando—. Sin embargo, *estás* en mi camino.

—Tú también estás en el mío —no iba a quitar el pie de este papel aunque me lo suplicara. Esto era mezquino por mi parte. Lo sabía, pero no podía parar. Algo en ella me empujaba a ser combativo en respuesta. No tenía ni idea de quién era, pero su actitud era el detonante que no necesitaba. Estaba enfadado con el mundo, y ella sería quien lo sabría.

—Solo... —con otro resoplido, tiró del último papel, rompiéndolo mientras lo arrancaba de debajo de mi pie.

La fulminé con la mirada mientras se levantaba, desafiándola a chocar contra mí con el estrecho espacio disponible en este viejo pasillo.

No lo hizo, ni siquiera hizo contacto visual conmigo al levantarse. Así de metida estaba en su pequeño mundo, actuando como si yo ni siquiera fuera un humano, una persona, nada.

No necesitaba que me reconociera, pero el hecho de que no lo hiciera mientras se marchaba corriendo no me pareció bien.

¿Quién demonios te crees que eres?

Más que nada, me preguntaba cuál era su problema para tener tanta prisa. Algo casi como terror había iluminado sus ojos color café claro, como si llegar tarde a clase fuera una sentencia de muerte.

¿Y por qué diablos está empapada?

Fruncí el ceño, mirando por las ventanas y viendo el mismo sol que me había cegado toda la mañana. No estaba lloviendo.

La seguí, atraído para ver por qué tenía tanta prisa por alejarse. Por qué estaba tan...

A la mierda. No tenía ni idea de por qué la seguía. La intriga podía surgir así. La cosa más pequeña podía despertar mi curiosidad, y era una mejor alternativa que permanecer en la oscuridad que era mi norma.

Ella corría por delante, pero no tan rápido como para perderla.

Por las esquinas y más adentro del edificio, siguió.

Y yo la seguí.

Hasta una sala de conferencias. Ella entró corriendo, pero con las puertas dobles aún abiertas, me quedé atrás en el pasillo y observé cómo se deslizaba dentro.

—Sabrina —dijo George desde el atril del frente—. Me alegro de que hayas podido venir.

Ajá. Ahí está. Y su oficina está por allí*.* Este lugar me resultaba familiar ahora.

—Lo siento, señor —respondió ella.

George hizo una pausa, mirando hacia arriba mientras ella tomaba asiento.

—No sabía que estaba pronosticada lluvia hoy.

Sabrina se dejó caer en un asiento, frenética por organizar sus cosas mientras sus mejillas se volvían más rosadas.

—No lo estaba, señor.

George frunció los labios.

—Interesante.

—No realmente, señor —le dedicó una rápida sonrisa mientras se apresuraba a ser una obediente estudiante de derecho—. Me disculpo por la interrupción —con su bolígrafo sobre un cuaderno, hizo una mueca y luego exprimió el exceso de agua de las páginas. Sin importar lo ridícula que se viera, y probablemente se sintiera, todavía goteando en el suelo, estaba lista para ponerse a trabajar.

—Disculpa aceptada, Sabrina —George la reconoció con un simple asentimiento—. Solo asegúrate de que tu tardanza no se convierta en un hábito.

—Sí, señor —respondió, no burlándose de él sino seria.

¿Sabrina?

Dejé que mi mirada vagara sobre el resto de los ocupantes de la sala.

Divisé a Tiffany enseguida.

Estaba sentada allí, dos filas detrás de Sabrina.

Fulminando. Hirviendo. Mirando a la recién llegada empapada con tanto odio que instantáneamente la identifiqué.

Vaya.

Esta tenía que ser la competencia de la que mi hermanastra estaba tan preocupada.

George le sonrió a Sabrina, y luego reanudó su conferencia. Parecía que no le importaba que Sabrina llegara tarde, aunque era un intransigente con la puntualidad.

Lo que sea.

Me alejé, descartando a Sabrina y cómo había chocado conmigo en el pasillo.

Al igual que mi calculadora hermanastra, no era más que otra perra despiadada, super-enfocada en sus estudios.

Me-importa-una-mierda.

Me faltaba dirección en mi vida, pero no iba a invitar a alguien como ella a interponerse en mi camino nunca más.

SABRINA

No era la primera vez que terminaba empapada en medio de un largo día en el campus.

En otoño, Rachel me hizo tropezar justo frente a un charco y me mojé por eso.

Pero que su novio me empujara a la fuente era un nuevo nivel de bajeza.

Todos mis papeles quedaron empapados. La tinta se corrió. Mis apuntes se perdieron. Como el profesor Angus nos exigía escribir los trabajos a mano, todo el progreso que había logrado en mi tarea para el día siguiente se había esfumado.

Incluso mi portátil sufrió daños. Aunque no cayó al agua conmigo, la funda no fue suficiente para protegerla del golpe contra el concreto.

Cuando finalmente llegué a casa, mojada y con picazón por la ropa que se me había ido secando lentamente durante todo el día, descubrí que mi portátil funcionaba mal debido al impacto. Todo mi trabajo reciente había desaparecido.

Por eso cuando papá llegó del trabajo, levantó las cejas sorprendido al encontrarme así.

Estaba sentada en la mesa de la cocina, mirando con el ceño fruncido mi portátil mientras la reiniciaba y me veía obligada a pasar por una actualización. Con el pie apoyado en su silla, mantenía cuidadosamente una bolsa de hielo sobre mi rodilla, que estaba

severamente magullada por haber golpeado contra el muro de la fuente al caer.

—Te preguntaría si has tenido otro día largo —dijo al entrar—, pero parece innecesario.

Asentí, inclinándome hacia él mientras me daba un abrazo lateral y un beso en la coronilla. —Un día muy largo.

—¿Qué te pasó? —preguntó mientras se sentaba en la silla de mamá, señalando mi rodilla.

—Yo... —suspiré, incapaz de decirle la verdad. La honestidad era algo en lo que me mantenía firme, siempre. Pero no podía admitir que sufría acoso constantemente. Ya fuera por parte de Tiffany o de ese tipo de aspecto rudo que me empujó en el pasillo sin siquiera un *lo siento* ni una oferta para ayudarme a recoger mis cosas. Era una víctima, lo quisiera o no.

No podía decirle a mi padre la verdad: que se metían conmigo por él o por quiénes éramos. Ser pobre era una cosa. El hecho de que yo estuviera en esta universidad era un "agravio" para los otros estudiantes, que veían mi obtención de una beca como una excusa o un favor. Como si no pudiera pertenecer allí sin el dinero para pagarlo por mí misma.

No podía admitir ante él que mis compañeros me juzgaban como "basura" porque él era recolector de basura. Su trabajo era decente. Uno sólido. Él no era inferior a nadie más en la sociedad, maldita sea.

—Me tropecé —mentí.

Me rompería el corazón si mis padres supieran alguna vez lo mal que me trataban.

Pon la otra mejilla.

Por un oído me entra y por el otro me sale.

Tenía que aferrarme a esos lemas.

Me negaba a dejar que me afectaran.

—¿Te tropezaste? —Arqueó una ceja, escéptico.

—Sí. Tenía prisa y simplemente... —Me encogí de hombros y luego imité algo cayendo de plano.

—Tú nunca tienes prisa.

Maldición. No puedo mentirle.

—Hoy sí. Elise y yo estábamos almorzando, tomándonos demasiado tiempo hablando sobre la pasantía que quiero intentar conseguir. —Esa parte era verdad.

—Oh, no hay nada que *intentar* —dijo, poniéndose de pie con una sonrisa—. Tú tienes éxito en todo lo que te propones, Sabrina.

—Gracias, papá. —Siempre podía contar con él para darme su voto de confianza. Pero esta noche necesitaba paz y tranquilidad para rehacer mi trabajo para el profesor Angus.

Él captó el mensaje de que estaba concentrada en modo estudio, sin participar mucho en la charla trivial. Como no quería subir las escaleras hasta mi habitación tipo estudio sobre el garaje todavía, me quedé en la cocina para ponerme al día con lo que había perdido hasta que mamá llegó a casa.

—¿Puedes ayudarme con el catering de esta noche? —preguntó, entrando apresuradamente para cambiarse y salir nuevamente—. Lo siento, John. Ustedes tendrán que arreglárselas solos para la cena esta noche. Babs me ofreció un puesto para este evento de hoy, con paga doble, así que lo voy a tomar. —Volvió una sonrisa esperanzada hacia mí sentada en la mesa, luego hizo un gesto de dolor al ver todos mis papeles y libros, algunos todavía húmedos.

—Esta noche no, mamá. Lo siento. —Odiaba no poder ayudarla. Podría conseguir más propinas para ella, y como me pagarían en efectivo por ser una ayudante de última hora, sería más dinero para destinar a la casa.

—Bah. Siempre estás estudiando —dijo, apresurándose para prepararse para salir.

Quería ayudar. Me preocupaba que se estuviera estresando demasiado y que estuviera sobrecargada con todas las horas que trabajaba. Todos estábamos trabajando tanto como podíamos para arreglar la casa. No uno, sino dos huracanes nos habían retrasado en las renovaciones y en la reparación de los daños. Y eso sin mencionar las pérdidas que sufrimos cuando alguien saqueó el

vecindario y robó nuestros objetos de valor, destrozando la casa una vez más después de la reciente tormenta.

Sin embargo, después de que ella se fue, eso fue lo que papá me dijo.

—Sabrina, estás trabajando demasiado —dijo suavemente mientras calentaba las sobras para nosotros.

—No, es manejable. —O *era* manejable antes de que esos matones decidieran empujarme al agua—. Solo necesito concentrarme y rehacer este trabajo.

Él me miró con el ceño fruncido desde la estufa. —¿Rehacer?

Mierda.

—Eh... Sí, no lo hice correctamente la primera vez. Me alegra haber descubierto mis errores antes de la fecha de entrega mañana.

Arrugó la frente. —Hmm. Eso no suena como tú.

Suspiré, sintiéndome ligeramente ofendida porque sonaba tanto como lo que Elise me había dicho durante el almuerzo. Que aspirar a la pasantía de Lorsen & Spengler no sonaba como yo. Que no representaba quién era yo ni lo que defendía.

—Solo un pequeño contratiempo —le aseguré, odiando a Tiffany aún más. Fue el novio de Rachel quien me empujó, pero sabía que era cosa de Tiffany. Ella les hacía hacer su trabajo sucio.

Rehacer este trabajo me llevaría toda la noche, pero después de comer con papá, le dije que tendría que ir a la biblioteca para terminarlo. —Esta noche tendré que hacer una sesión de toda la noche —expliqué.

—¿En la biblioteca? —preguntó.

Asentí. —Necesito tomar notas de los libros y archivos de allí. —Sin mencionar el acceso digital a los tomos y artículos a los que no podía acceder desde mi portátil personal, que todavía estaba lenta después de esa caída.

—Puedo llevarte —ofreció.

—Gracias, pero está bien. —Negué con la cabeza, consciente de que él esperaba no tener que llenar el tanque de gasolina antes de que llegara el día de pago—. Hay un autobús que circula hasta

tarde. No quiero impedirte que descanses. Tú también tuviste un día largo. —Me puse de pie, ocultando el dolor en mi rodilla mientras me acercaba y lo abrazaba mientras estaba sentado.

Después de una ducha rápida, guardé mis cosas en una mochila vieja, ya que mi bolso de mensajero todavía se estaba secando. Aunque me enorgullecía de vestirme siempre como una profesional para todo lo relacionado con la escuela, pensé que no estaría tan mal optar por unos shorts cortos y una vieja camiseta de una banda en lugar de la blusa y la falda que solía usar para ir a clase. Era tarde. No muchos estudiantes me verían. Ningún profesor lo haría.

Me subí al autobús y viajé hasta el campus, pero tuve que caminar el resto del camino hasta la biblioteca. Ejercitar las piernas se sentía a la vez bien y mal. Hacer un poco de movimiento con mi rodilla ayudaba, pero me dolían los pies de haber estado de pie la mayor parte del día.

Agaché la cabeza, demasiado cansada para molestarme en levantarla y caminar con determinación. La idea de rehacer todo desde cero para mi tarea era desalentadora.

Si tenía que ser honesta conmigo misma, hoy me había dejado sin energía. Primero con Elise haciéndome cuestionar si debía intentar conseguir esa pasantía, luego el acoso y la caída en la fuente, que me había tensado con mi miedo a ahogarme y no saber nadar.

—¿Todavía sin mirar por dónde vas, eh?

Levanté la cabeza de golpe, frunciendo el ceño mientras miraba hacia adelante a la fuente de ese gruñido áspero y sarcástico.

Y ahora él también. Este hombre ceñudo había completado la trifecta de por qué había estado con mal ánimo todo el día.

Era el mismo idiota de antes, el tipo alto que no me había ayudado en el pasillo. Nunca me importó la caridad, no la aceptaba. *Nunca* pedía ayuda. Pero habría sido amable de su parte quitar el pie de mi papel en vez de obligarme a arrancarlo.

—Tú otra vez —murmuré.

No quería saber por qué estaba merodeando por la plaza del campus tan tarde. Las salpicaduras de pintura en sus jeans sugerían que era uno de los estudiantes de arte. Su cabello largo, despeinado y oscuro, y la leve barba incipiente en su mandíbula delgada me decían que era un tipo rudo. ¿Y los tatuajes en sus musculosos brazos?

Era *problemas*. Problemas sexys, atractivos y tentadores.

Pero eran problemas.

Era todo lo que necesitaba saber sobre este desconocido.

No tenía tiempo ni energía para problemas de ningún tipo o forma. Todo lo que pretendía era concentrarme en graduarme lo mejor posible y conseguir cualquier experiencia laboral que pudiera. Cualquier cosa que me pusiera en la mejor posición para ganar dinero para ayudar a mis padres y para retribuir a la comunidad.

Sin embargo, parecía que el universo tenía más mala fortuna reservada para mí hoy. Nunca me había cruzado con este chico malo antes y parecía una broma cósmica que lo haría dos veces en un día.

—Con permiso —dije, planeando pasar junto a él y fingir que no existía.

Simplemente seguir mi camino era más fácil decirlo que hacerlo con cómo él bloqueaba el paso.

Un par de otros chicos se reían y fumaban a un lado, probablemente sus amigos desviados. Dos chicas que parecían mucho más jóvenes que nosotros se reían con ellos, dando tragos a botellas de cerveza.

Si querían elegir este lugar para una fiesta, los dejaría hacerlo. Yo no quería formar parte de ello.

No quería tener nada que ver con él.

—¿Y sigues con prisa? —Se acercó, alzándose muy alto sobre mí mientras me miraba con rabia. Justo como antes. Estaba furioso, tan lleno de ira, y no tenía idea de qué lo poseía para descargarla en mí.

—¿Todavía corriendo a algún lado? —No se detuvo, acercándose hasta estar casi en mi espacio personal—. Eres una persona tan importante y ocupada. Lugares a donde ir, gente que ver, ¿no?

—No gente con quien follar —bromeó una de las chicas—. Nadie va a querer *eso*.

Aparté la mirada de este extraño alto para mirarla, encontrándola burlándose de mí como si fuera una basura indeseada. Ser el caramelo visual de algún tipo no era mi objetivo. No me importaba lo follable que pareciera. Solo me preocupaba por mis calificaciones, mi reputación como estudiante de derecho. Aun así, ¿tenía que llegar a ese punto? ¿Quedaba alguna persona amable en el mundo hoy?

—No sé yo sobre eso.

Me estremecí, mirando al tipo de nuevo después de que dijera *eso*.

Arrastró su intensa mirada lentamente por mi cuerpo, como si ahora estuviera considerando lo diferente que debía verme en comparación con antes, cuando choqué con él. Ya no tenía la ropa mojada pegada a mi piel, mi atuendo "profesional" de segunda mano y empapado. Ahora, con shorts cortos y una gastada camiseta de Pink Floyd, mi cabello suelto e indómito después de la ducha, me sentía tan expuesta. Sin mi ropa de estilo oficina como máscara para esconderme, era casi como si pudiera verme a *mí*. La verdadera yo, no la estudiante becada obediente demasiado ansiosa por complacer y seguir las reglas.

—¿Adónde vas con tanta prisa esta vez, Sabrina?

Fruncí el ceño, inquieta porque supiera mi nombre. Sin importar cómo sonaba, tan áspero y sensual como una caricia rugosa que me tentaba a acercarme a él. Ese tono ronco y ahumado no funcionaría conmigo.

Era un chico malo, un idiota que se rebajaría a burlarse de mí como todos los demás.

Y no tendría lugar en mi vida.

—No es asunto tuyo —respondí, levantando la barbilla antes de moverme para rodearlo.

Me negaba a ser asunto suyo. Incluso si él golpeaba su hombro contra el mío, chocando contra mí mientras yo pasaba. Podía

empujarme y molestarme, y yo no me involucraría en nada con él.

Quienquiera que fuera —aparte de otro matón que quería atormentarme— no dejaría que interfiriera con mis planes.

Mientras lo esquivaba, temiendo otro empujón más fuerte, no me caí. Tampoco me hizo tropezar. No había ninguna fuente cerca para que yo cayera en ella.

Sin embargo, mientras me apresuraba para llegar a la biblioteca, sentí la maliciosa quemadura de su mirada marcándome la espalda a cada paso del camino.

NICK

Un par de días después, Diego vino a ayudarme y me gritó que llegaría tarde.

—¡Nick! —lo gritó desde el otro lado del estudio, mientras trabajaba en un boceto—. ¡Las seis y media, amigo!

Mierda. Suspiré mientras dejaba mi pincel. —¡Gracias! —le grité de vuelta, sin estar seguro de que me escucharía por encima del rock alternativo que sonaba a todo volumen por los altavoces. Era una bendición que Diego tuviera contactos en el departamento de arte. Nunca nos daban problemas aquí, y este era estrictamente mi espacio de estudio para compartir con él.

A veces, valía la pena conocer a las personas adecuadas. Era la misma razón por la que me apresuré a limpiar para ir rápido a casa para otra cena. George Lorsen nunca sería un reemplazo para mi padre. Tampoco intentaba ser una figura paterna, parecía respetar que él y yo nunca seríamos cercanos. Pero *era* el hombre que nos estaba dando a mi madre y a mí un lugar donde vivir. No conocía todos los detalles sobre el Sr. Lorsen siendo un viejo amigo de mi padre, pero no era tan estúpido como para tratarlo como si no importara.

No muerdas la mano que te da de comer.

Me apresuré a casa, sin molestarme con un casco de nuevo porque lo había olvidado esta mañana. Normalmente, no importaba.

Pero esta vez, mi madre me vio aparcar y poner mi moto en su soporte.

—Nick. ¿Dónde está tu casco? —preguntó desde los escalones delanteros de la mansión. Estaba allí con George y parecían estar a punto de salir.

—Um. Lo siento. Lo olvidé —me encogí de hombros mientras me acercaba a ellos.

—Eso no es suficiente, Nick —dijo suavemente mientras me inclinaba para besarle la mejilla—. Eres todo lo que me queda ahora. —Luego, como si recordara que no éramos solo ella y yo allí afuera, sonrió —casi— a George mientras él se paraba detrás de ella y se arreglaba la chaqueta—. Bueno, no *todo* lo que tengo —rectificó.

Él le sonrió, sin ofenderse. A veces, tenía que preguntarme si él y mamá eran más como compañeros de piso, como Tiffany y yo. Su afecto era... suave. No quería ver a mi mamá con otro hombre porque sentía que deshonraba a papá, pero entendía que al menos estaba tratando de seguir adelante.

—¿Qué ocurre? —fruncí el ceño mientras acercaban un coche—. ¿La cena se pospone para más tarde?

—Vamos a una gala benéfica esta noche —dijo George, extendiendo su mano para que mamá la tomara.

Ella lo hizo, pero luego retiró su mano de su agarre para revisar su cabello. —Puede que no lo haya mencionado —me dijo—. Sin embargo, hay mucha barbacoa sobrante del almuerzo para ti.

—Tiffany pidió comida para llevar para ella y Rachel —añadió George.

Asentí. Luego le sonreí a mi madre. —Te ves bien. —No era frecuente que se arreglara así, con todo el conjunto completo.

—Gracias, Nick. —De nuevo, su sonrisa parecía forzada. Débil. Como si no estuviera realmente aquí o involucrada en el presente.

Maldita sea.

Por mucho que quisiera decir algo más, la miré fijamente deseando que las cosas pudieran ser diferentes. Que pudiera ayudarla a salir de esta depresión.

No ayudaba que mi padre me hubiera dicho que yo era un cobarde por *no* ayudarla cuando estaba así de mal y atrapada en su cabeza. Durante años, él demostró cómo era su sistema de apoyo en términos de su salud mental. Cuando era niño y la veía caer en depresión, me asustaba. Me mantenía alejado de ella y dibujaba o coloreaba para no sentirme intimidado por lo ausente que parecía. En ese entonces, no sabía más. Solo tenía edad suficiente para darme cuenta de que estaba distante. Ahora que mi padre se había ido, me tocaba a mí cuidar de ella como pudiera. George no tenía idea, fingiendo que ella era una complaciente esposa trofeo sin una preocupación en el mundo.

—Nos vemos después —dijo él, sacándome de la indecisión sobre qué decirle a ella. El momento nunca era el adecuado. O ella se aislaba demasiado.

¿Estoy poniendo excusas? ¿Soy yo *un cobarde?* Lidiar con la salud mental de un familiar no era fácil.

No debería ser tan difícil preguntarle si necesita ayuda.

—Sí. —Levanté mi mano en un saludo, viéndolos partir antes de entrar para buscar algo de comer. Encontraría tiempo para hablar con ella más tarde.

Tiffany y Rachel ya habían comido, por el aspecto de los platos que habían dejado en la encimera para que el ama de llaves los recogiera y limpiara. Mientras estaba de pie junto a la isla preparando un plato de sobras para mí, las observé en el patio, descansando cerca de la piscina.

Bueno, eso está descartado.

Rachel tenía novio, pero estaba harto de que coqueteara conmigo. De todos modos, no quería acercarme a ellas, no con lo probable que sería que Tiffany se quejara de una cosa u otra.

Antes de poder terminar de lavar mis platos, antes de poder escapar a mi habitación y ducharme o evitarlas, entraron a la casa.

—Pensarías que habría suspendido —se quejaba Tiffany mientras ella y Rachel entraban a la cocina por más agua.

—Hola, Nick —ronroneó Rachel.

Asentí una vez como saludo.

—Ese maldito Angus nos hace escribirlo todo a mano —dijo Tiffany, sacudiendo la cabeza—. Quiero decir, ¿quién hace eso? ¿Quién realmente espera que los estudiantes entreguen trabajos hechos a mano?

Resoplé. —Yo tengo que hacerlo.

Tiffany puso los ojos en blanco. —Eso no cuenta.

Sabía lo que realmente quería decir. Que el arte no contaba. Que cualquier cosa fuera de la escuela de derecho era inferior y frívola. No quería hacer del arte mi carrera, pero seguía odiando cómo otros podían tratarlo como si no tuviera sentido.

—Yo creo que sí cuenta —Rachel se lamió el labio inferior, tratando de exagerar su sensualidad—. ¿Es cierto que la hija del decano te pidió que la pintaras?

Le sonreí con suficiencia. —No. —Pero luego, porque me encantaba provocarlas, añadí—: Me *suplicó* que lo hiciera. —La hija del decano era la última supuesta exposición en una serie de mis obras compartidas en línea.

—¿Hola? —Tiffany chasqueó los dedos frente a Rachel—. Estamos hablando de mi problema aquí.

—No creo que Sabrina entregando ese trabajo sea tu problema —dijo Rachel mientras se sentaba en la isla, observando mis brazos mientras lavaba mis platos.

—¿Sabrina? —fruncí el ceño. Ahora que tenía un rostro para ese nombre, no pude evitar sentir intriga. Solo había visto a Sabrina dos veces, pero ambas veces me habían dejado curioso sobre ella. Entre la impaciente estudiante de derecho empapada y la investigadora casual de la noche, no podía decidir qué pensar de ella. La había seguido esa noche, a distancia, solo para verla ir a la biblioteca y concentrarse—. ¿Qué trabajo? —Odiaba preguntar, pero lo solté antes de poder contenerme.

—Una tarea que teníamos que entregar. Su primera copia se mojó después de que conseguimos empujarla a la fuente de la plaza

—explicó Tiffany—, y es una estupidez que haya podido rehacerla a tiempo.

Levanté las cejas. Sabía que Tiffany era una perra, pero nunca me di cuenta de hasta dónde llegaría para sabotear a alguien más para salir adelante.

—Pero lo hizo —terminó Rachel por ella—. Y el profesor elogió su arduo trabajo.

—Angus *siempre* está hablando de la maldita Sabrina —se quejó Tiffany—. Es como si cagara oro.

—¿Es esta la que te preocupa que consiga ese puesto de pasantía? —pregunté. De nuevo, quería patearme por preguntar. No me importaba. No me importaba Tiffany, pero no podía evitar esta intriga sobre Sabrina.

—Sí —espetó Tiffany, como si debiera ser obvio—. Los profesores siempre la están elogiando por ser tan "trabajadora".

—Entonces tendrás que frustrarla de maneras más creativas —dijo Rachel con malicia—. Si estás tan desesperada por ese puesto de pasantía, piensa fuera de la caja.

Resoplé y luego sacudí la cabeza, terminando con mis platos y dejándolos fuera para que se secaran. Algunos hábitos eran imposibles de romper. Nunca me acostumbraría completamente a que un ama de llaves hiciera esto por mí. —George obviamente te dará esta cosa de la pasantía —le dije.

—No estoy tan segura —dijo Tiffany, frunciendo el ceño mientras me alejaba, descartando su conversación.

Aunque mi sensación de limbo sobre mi vida me dejaba sin rumbo y sin dirección, atrapado entre especialidades y sin la sensación de estar nunca en *casa*, no quería la supuesta ambición de Tiffany. Estaba obsesionada con ser la estudiante estrella de su clase y ganarse la aprobación de George. Estar tan infatuada con conseguir ese puesto de pasante era extraño, no admirable.

Después de ducharme y juguetear con algunos bocetos para pinturas en mi habitación, miré por la ventana que Tiffany y Rachel se habían ido. La noche había caído hace horas. George y mi madre

estarían fuera hasta tarde, como solían estar para esas cosas de recaudación de fondos.

Por fin. Mi turno de tener la piscina para mí solo.

Brillando bajo la luz de la luna, la superficie de la piscina permanecía plana e intacta, como un espejo invitándome a hundirme profundamente. Para escapar. Esta inquietud me mantendría despierto toda la noche, e ir a nadar tarde parecía una forma decente de pasar las horas hasta que Pierce pudiera querer reunirse en el Cricket de nuevo.

Me cambié y bajé al patio, contento de tener toda la casa para mí.

En el segundo que salté y dejé que el agua me rodeara, me sentí más tranquilo. Escondido. Flotante. Y no atrapado en este bache del que no podía escapar en tierra.

Como siempre hacía, pasé a un rápido estilo de braza. Vueltas de eso me llevaron a la necesidad de cambiarlo con un estilo de espalda. De un lado a otro, corté el agua tibia con mis brazos y piernas, desahogando parte de mi frustración con el mundo a través del ejercicio.

Era lo más cerca que podía estar de la paz.

Pero esa ilusión se hizo añicos en el segundo en que emergí y vi a Tiffany parada al final.

Maldición.

Con solo una mirada hacia ella, supe que esperaba algo de mí. Esa postura con los brazos cruzados, una cadera hacia fuera y la expresión de ceño fruncido de impaciencia.

Pero no sabía qué querría de mí. Coexistíamos con una regla de distancia.

—¿Qué? —pregunté una vez que salí a la superficie, luego sacudí la cabeza para expulsar el agua de mi pelo y cara.

Ella se estremeció, dando un paso atrás. —Qué asco.

—Es solo puta agua. ¿Qué quieres? —Quería que me dejara en paz para poder volver a las vueltas y disfrutar de las endorfinas por usar mis músculos con tanta fuerza.

—Tengo una propuesta para ti. —Se acercó de nuevo al borde.

Puse los ojos en blanco. —No. —Girándome, le di la espalda.

—Quieres escucharme.

Dudé, nadando de nuevo. —Lo dudo.

—Quiero que hagas quedar mal a Sabrina Rosario.

Fruncí el ceño, mirando la superficie del agua.

Ese pensamiento ya había cruzado por mi mente. Cuando Diego y yo caminábamos de regreso al edificio de arte después de llevar a las modelos a tomar unas copas, vi a Sabrina luciendo tan... normal. No tensa sino casual. Cansada y desaliñada, incluso. Y cuando la estudié más de cerca, comprobando todas esas curvas y sus grandes tetas escondidas detrás de esa camiseta de banda, resistí el impulso fugaz de desordenarla un poco más. Como si fuera *demasiado* buena, y eso hiciera mi vida más desequilibrada.

—Eres el chico malo —dijo Tiffany—. Puedes hacerla parecer una puta sucia y estúpida. Sedúcela. Fóllatela. Humíllala. Intimídala y provócala. Haz que falte a clase y se quede atrás.

Sin mirarla, me di cuenta de que se había agachado en cuclillas. Su voz era más baja, más cercana. —Arruínala, Nick.

No es como si fuera difícil. Cuando comencé la universidad, disfrutaba ganándome la reputación de ser el fiestero, el mujeriego, el rebelde amante de la diversión. No había tenido sexo en un año, pero antes de que las cosas fueran cuesta abajo con mi padre, yo era ese tipo que ella describía, el chico malo que ninguna chica querría llevar a casa para presentar a sus padres.

Girando para enfrentar a Tiffany, mantuve mis ojos entrecerrados. —¿Qué gano yo? —No estaba considerándolo, pero tenía curiosidad por saber por qué ella podría pensar que lo haría.

—Arruinas a Sabrina Rosario para mí, y no le diré a mi padre que Leslie le está engañando. —No se inmutó. Su piel impecable permaneció rígida y seria con una sonrisa fría.

La sangre se drenó de mi cara. Sentí la redirección de ella mientras mi corazón latía más rápido. En una piscina de agua, experimenté esta patada de adrenalina en una extraña reacción de

lucha o huida. Mis extremidades se sentían pesadas mientras flotaban. Mi piel se erizó con algo más que el escozor del agua sobreclorada.

—¿Qué?

Tiffany asintió, levantándose para ponerse completamente erguida otra vez. —¿Crees que eres el único que ha notado lo extraño que ha estado actuando últimamente?

Joder. Pasé mi mano por mi cara.

—Le está engañando. —Levantó la barbilla, mirándome desde arriba con desdén—. La vi en las cámaras de vigilancia, trayendo a un par de tipos.

—No. —Comencé a sacudir la cabeza.

—Sí. —Ahora, sonrió. Era un estiramiento siniestro de triunfo cruzando su rostro—. Sí, lo está haciendo, Nick. Papá no lo sabe. Todavía no.

—Ella no está...

—Lo está, Nick. Y si papá se entera de esto... —Se encogió de hombros, levantando su mano para estudiar sus cutículas con una fingida indiferencia—. Bueno, dudo que sea tan indulgente.

¡Joder! George Lorsen no perdonaría a mi madre por engañarlo. Era estricto con la lealtad, lo que era irónico considerando que era abogado y a menudo representaba a mentirosos y tramposos.

No quería creer a Tiffany. Era una persona manipuladora y horrible hasta la médula. Pero con esto, no era tan difícil para mí estar convencido de que tenía algo aquí. Mi madre *había* estado actuando extraño últimamente. Sigilosa. Sospechosa. Había una maldita posibilidad real de que fuera porque estaba ocultando una infidelidad, no depresión.

Si George se enteraba, no tendríamos nada. Ni casa. Ni dinero. Nada. Ni seguro ni medios para ayudar a mamá a volver a los antidepresivos que podrían funcionar.

Me envolvió el pánico de que mi hermanastra pudiera tener razón.

—¿No me crees? —Suspiró y sacó su teléfono, mostrándome un breve fragmento de imágenes de mi madre besando a uno de los asistentes de George en su oficina. Era granulado, pero la reconocí fácilmente.

—Mierda.

Ella tarareó. —Estarías jodido —estuvo de acuerdo.

¡No podía creer que mi madre hiciera esto! ¡Que amenazara la estabilidad que teníamos aquí!

Después de todo lo que hemos sufrido.

Después de todo lo que hemos perdido.

¿*Así* es como quería seguir adelante con su vida?

Mirando fijamente a Tiffany, asentí una vez e ignoré cómo se sentía como si estuviera vendiendo mi alma al diablo. —Bien.

Ella sonrió.

—Lo haré.

SABRINA

Le devolví la sonrisa a la profesora Gowen mientras concluía esta reunión sobre mi proyecto comunitario. Aunque era mi instructora en Derecho y Orden, ella era la persona de referencia que supervisaba nuestros esfuerzos de divulgación comunitaria de L1. Era la profesora con quien debíamos consultar acerca de nuestros proyectos, y el mío iba desarrollándose sin problemas hasta ahora.

—Me entusiasma ver cómo se está materializando —admitió—. No solo porque vengo de ese barrio donde están los planes para la piscina, sino porque habría sido una de las primeras en inscribirme para clases de natación cuando era niña. —Su sonrisa fue casi infantil con esa confesión. Estaba tan acostumbrada a verla seria y estricta durante las clases que no era fácil reconciliar esa versión de ella con esta tan alegre. Aunque, escuchar a alguien hablar sobre algo que le apasionaba siempre cambiaba su perspectiva.

—*Adoro* nadar —suspiró, como si deseara poder estar en el agua ahora mismo.

—Qué suerte tiene. —Negué con la cabeza—. Quizás algún día intente aprender.

—Admiro cómo estás usando tu miedo para impulsar este proyecto. Ciertamente demuestra cuánto puedes sacrificar tus desafíos personales por un bien mayor.

No estaba segura de eso. Estaba aterrorizada del agua porque casi me ahogué cuando era niña. Eso me incapacitó para intentar

aprender a nadar. Principalmente quería hacer realidad esta campaña de recaudación de fondos para una piscina comunitaria porque era algo que ese vecindario específico realmente necesitaba después de perder la financiación estatal. Esa era mi fortaleza, ver lo que faltaba y luchar para corregir las cosas. No era justo para la gente de ese distrito que los estafaran con tesoreros estatales irresponsables.

—Ahora, antes de que te vayas —dijo, perdiendo su sonrisa y adoptando esa expresión seria nuevamente—, quería preguntarte sobre esto.

Mierda.

La profesora Gowen se consideraba a sí misma más como una consejera que los otros instructores, pero siempre era un esfuerzo de equipo aquí. Mi reputación como estudiante de derecho no era específicamente monitoreada por solo uno o dos de ellos. Siempre conversaban y compartían opiniones sobre todos sus estudiantes. No era solo porque había solicitado esa pasantía. *Estaba* bajo la atención de ese panel, pero simplemente era parte de ser estudiante de derecho en este programa.

Cuando giró su teléfono para mostrarme, supe a qué se refería. Elise me había dado el aviso anteriormente.

—¿De qué se trata esto, Sabrina? —preguntó mientras miraba la pantalla.

Cada vez que veía la foto que estaba etiquetada no solo conmigo, sino también con el departamento, la universidad y el hashtag que había iniciado para mi proyecto comunitario, quería gritar. En cambio, me mordí el labio y mantuve un ceño fruncido calmado en mi rostro. —No soy yo.

Levantó las cejas, dejando el dispositivo. —¿No lo eres?

Suspiré, reuniendo valor para explicar. —Aunque no juzgo a otros por querer expresarse por cualquier medio creativo que elijan, participar en un concurso de camisetas mojadas para una fraternidad no es mi estilo.

Sin embargo, la foto compartida por todas partes sugería que era yo parada sobre la barra principal de Cricket's. La morena usaba mi ropa, un conjunto similar al mío que consistía en una falda y una blusa. Incluso los zapatos coincidían con los que llevaba a la escuela todos los días. La cara de la chica estaba oculta mientras se quitaba la camiseta por encima de la cabeza y mostraba su pecho a la multitud en el bar. Pero las similitudes eran sorprendentes.

—Hmm. —La profesora Gowen apretó los labios—. Por favor, toma esto como un recordatorio de que esperamos que nuestros estudiantes de derecho demuestren decoro *dentro y* fuera del aula.

—Sí, señora.

Me fui, llena de desprecio y frustración por tener que enfrentar este tipo de ciberacoso. No era justo. No estaba bien que ese imbécil me incriminara. Y eso era lo que lo hacía aún peor. Ni siquiera intentaba ocultarlo.

Nick Grant. Él era quien había compartido las publicaciones.

Lo divisé apoyado contra la pared cuando salí del edificio. Apenas lanzándole una mirada, mantuve la cabeza bien alta y me reuní con Elise, que me estaba esperando.

—Solo quiero saber por qué te está acosando —dijo Elise mientras igualaba mi paso.

—No es para halagarme —respondí con ironía.

—Pero, aun así... —No podía dejar de mirarlo mientras pasábamos—. No puedes negar que es... que es...

—¿Un imbécil? ¿Un acosador? ¿Un grosero, insensible...

Me dio un codazo. —Viene hacia aquí. Shh.

Puse los ojos en blanco, sin entender por qué se centraba en mí. Desde que me encontré con él la semana pasada, estaba en todas partes donde miraba. Los edificios de arte no estaban adyacentes al área del campus que albergaba las instalaciones de derecho. No tenía ningún motivo para estar cerca de mí. Ninguno en absoluto.

Excepto, aparentemente, para acosarme.

Ponte en la fila, imbécil.

—¿Algún concurso más en el horizonte? —preguntó cuando nos alcanzó.

Deseaba poder huir de él. Evitar a los acosadores tenía que ser la opción más inteligente. Pero ¿con estos zapatos? Imposible.

Todo lo que podía hacer era ignorarlo. Manteniendo la cabeza alta, miré hacia adelante y fingí que no estaba allí.

Cuando no respondí, golpeó su hombro contra el mío, dejándome fuera de balance.

—Mira, tío, no sé qué estás tratando de hacer —dijo Elise, volviendo a su papel autoasignado de ser mi defensora. No había duda de lo atraída que estaba por él, pero guapo o no, ella me defendería. Por poco que sirviera—. Pero mi amiga aquí...

—Tiene un lado travieso secreto, ¿eh? —Nuevamente, se rozó contra mí.

Apreté los brazos sobre mis libros para no perderlos.

—Mierda. Mi parada de autobús está allá atrás. —Hizo una mueca, mirando hacia atrás antes de fulminar a Nick con la mirada nuevamente.

—Adelante. Te alcanzaré más tarde —le dije. Odiaba que nos separáramos más ahora con nuestras carreras en diferentes direcciones.

—Déjala en paz —le advirtió antes de alejarse trotando.

Tan pronto como se fue, él se acercó, provocándome con ese aroma único. Sándalo, como si hubiera quemado incienso. Abeto y jabón limpio, como si acabara de ducharse. Y luego algo más como pintura o arcilla. Odiaba darme cuenta de una sola cosa sobre él.

—No vas a alcanzarla más tarde, ¿verdad? —se burló—. Porque estarás demasiado ocupada como la puta zorra que eres, ¿eh?

Me mordí el labio, resistiendo el impulso de mirarlo.

—No me engañas. —Pasó su brazo alrededor de mis hombros, y apresuré mis pasos para evadirlo—. No me engañas en absoluto, Sabrina. Puede que parezcas una estudiante de derecho recatada y correcta, tan obediente y bien educada. —Poniendo su brazo a mi alrededor nuevamente, me atrajo cerca de su cuerpo duro y caliente

—. Pero puedo notar que eres igual que cualquier otra puta desesperada.

Soltándome, me empujó lo suficientemente fuerte como para que tropezara.

Contuve la respiración, tensándome mientras evitaba caer en esa maldita fuente otra vez.

Había estado mirando hacia adelante con visión de túnel tan profundamente en un esfuerzo por ignorarlo que no me había dado cuenta de lo cerca que estaba.

Fue por poco. Un pie más allá, y me habría empujado hacia ese muro bajo que contenía el agua de la fuente ornamental en la plaza.

¡Imbécil!

Tragando saliva, me enderecé y luego exhalé un suspiro de alivio.

Mientras se reía de mi reacción, lanzó su brazo contra el mío, volcando todo lo que sostenía.

Los papeles volaron.

Los libros se cayeron.

Mi bolso también salió disparado.

Y por supuesto, todo aterrizó en el agua, salpicando o rozando la superficie.

¡Tiene que ser una broma!

—Oh, vaya —se burló Nick mientras retrocedía—. Parece que estarás mojada *otra vez*.

Conteniendo un grito, le lancé una mirada y me sentí orgullosa de mí misma por no gruñir o involucrarme con él.

—Vamos. —Puso su pie en el borde de concreto y sacó su teléfono para grabarme—. No te preocupes por mí. Lo compartiré con la página del concurso de camisetas mojadas otra vez, ya que eres tan habitual mostrando tus tetas.

Apreté los labios mientras me metía para recuperar mis cosas.

Mientras recogía mis pertenencias, ignoré las risas y burlas.

Mientras sacudía el agua, me negué a reaccionar.

Pon la otra mejilla.

Por un oído y sale por el otro.

En el momento en que les dejara verme llorar o fruncir el ceño, se ensañarían más. Y no podía dejarles ver cómo me lastimaban. Darles esa satisfacción estaba fuera de discusión.

Con la cabeza bien alta, me lo guardé todo. No mostré ninguna emoción mientras salía, sacudía mis zapatos para deshacerme del agua y continuaba hacia clase.

Nick se quedó atrás, siguiéndome, y eso solo me hizo más suspicaz. Claramente me había elegido como blanco de su atención.

Entonces, ¿por qué ahora me daba margen?

Elise tenía razón de una manera superficial. Él *era* atractivo. Sexy, taciturno y misterioso. En cualquier otra circunstancia, es decir, si tuviera el tiempo y la energía para preocuparme por un chico en mi vida, habría sido halagador y emocionante tener su atención. Sin embargo, como solo estaba presente como otro acosador, me negaba a creer que alguna vez podría sentirme atraída por él.

Exprimí el agua lo mejor que pude mientras me dirigía a mi siguiente clase.

Pero cuando me senté, me di cuenta de que mi miseria estaba lejos de terminar.

—O sea, puedes intentar llamar la atención de otra manera —se burló Rachel mientras tomaba asiento detrás de mí, pateando el respaldo de mi silla.

Apreté los dientes, ignorándola. Nunca quise la atención de nadie, maldita sea.

—Es triste que necesite ser el centro de atención *así* —dijo Tiffany antes de que el profesor pudiera entrar al aula—. ¿Concursos de camisetas mojadas? —Se rió, gorjeando como la chica mala que era.

Por un oído y sale por el otro...

Un día, no serían más que un mal recuerdo.

Todo lo que tenía que hacer era concentrarme en dar lo mejor de mí y avanzar para salir adelante.

—Oye, cuidado —dijo Rachel, pateando mi silla nuevamente—. Estás mojando todo.

Exhalé mientras exprimía más agua de mi cuaderno.

—Tal vez si usaras una bolsa, no perderías todas tus cosas en la fuente así. —Rachel rió entre dientes—. Oh, espera. —Chasqueó los dedos—. *Tenías* una bolsa, ¿no?

Su uso del tiempo pasado era correcto. Ayer, cortó las correas para que quedara arruinada.

—Oye, puedes buscar en la basura esta noche y encontrar otra, ¿verdad? —susurró Tiffany mientras el profesor entraba al aula.

Respiré a través de la ira y el dolor, mirando hacia adelante y esperando a que comenzara la clase.

Ella no merecía mi enojo.

Ninguno de mis acosadores lo merecía.

Nick no merecía la energía que me tomaría contraatacar.

Tiffany y su secuaz no obtendrían nada de mí.

Ninguna satisfacción por hacer mi vida un infierno.

Sin importar qué, no ganarían en esto. Estaba demasiado decidida a hacer algo con mi vida como para dejar que me detuvieran.

NICK

Tiff: *No te estás esforzando lo suficiente.*

Puse los ojos en blanco ante el mensaje de mi hermanastra.

Nick: *Dame un poco de tiempo.*

Tiff: *No tengo tiempo. Sacó la nota más alta en otro examen.*

Tiff: *Dije que la arruinaras, Nick. No que jugaras con ella.*

Casi parecía que estaba jugando un juego con Sabrina. Hasta ahora, sin importar lo que hiciera, esa morena preciosa y curvilínea no se quebraba. Debía tener una columna de acero o algo más que le infundiera tanta tranquilidad ante todo lo que había intentado.

No lloró ni se escondió cuando empecé a acosarla en las redes sociales, fingiendo que ella era la del concurso de camisetas mojadas.

Se mantuvo paciente e impasible, apenas mirándome cuando me colaba en las filas delante de ella e intentaba hacerla llegar tarde.

No gritó ni contraatacó cuando la empujé en los pasillos o le puse la zancadilla afuera.

Incluso hoy, cuando prácticamente tiré sus cosas a la fuente, me plantó cara impasible y sin inmutarse, negándose a actuar como si le hubiera arruinado el día.

Aunque, Tiffany me dijo que la arruinara a *ella*, no que arruinara su día.

Si bien la idea de ir más lejos y más fuerte para provocar una reacción en Sabrina me emocionaba, tenía que tener cuidado de

mantener mis objetivos a la vista.

No la estaba persiguiendo como una chica guapa que se hacía la difícil.

Era mi misión. Era el objeto de este ultimátum.

Tenía que arruinarla y debilitar sus posibilidades de conseguir esa pasantía para evitar que Tiffany le contara a George sobre la infidelidad de mi madre.

Al llegar a la mansión, decidí confrontarla sobre ese asunto ahora mismo. No sería un "cobarde" y evitaría hablar de cosas difíciles con mi madre. En su lecho de muerte, mi padre me pidió que cuidara de ella, y lo haría. No sería un cobarde y me mantendría al margen de entrometerme en el complicado y confuso tema de la salud mental de mi madre.

Entré corriendo y la busqué en la biblioteca que ella prefería por las tardes. O estaba ahí o en el gimnasio. Y como la suerte lo quiso, estaba saliendo de la enorme habitación llena de libros justo cuando yo llegaba.

—¿Nick? ¿Cuál es la prisa? —Levantó las cejas y luego frunció el ceño—. ¿Pasa algo malo?

—Sí. Tú. —Traté de empujarla de vuelta a la habitación, pero ella no se movió del pasillo.

—¿*Yo*?

Asentí, sin reaccionar a su sorpresa.

—Has estado actuando raro últimamente.

No quería acusarla directamente de engañar a George. Al menos, no en el pasillo donde las amas de llaves podían oír. Además, si Tiffany descubría que estaba tratando de resolver esto en la fuente, en lugar de arruinar a Sabrina por ella, podría contárselo a George de todos modos.

—No estoy actuando *raro* —dijo, frunciendo el ceño mientras me desestimaba.

—Mamá, tú...

—No, Nick. No estoy de humor para un interrogatorio tuyo sobre cómo vivo mi vida. —Arrugó la frente, deteniéndose mientras se

alejaba—. Yo no me meto con cómo vives la tuya, de fiesta y actuando como si fueras a ser joven y sin responsabilidades para siempre.

—No estoy... —gruñí, avanzando tras ella.

—Tienes miedo de avanzar de cualquier forma. Quieres mantener tu vida en pausa y andar de juerga. —Se encogió de hombros—. Así que adelante. No te estoy deteniendo si eso es lo que quieres.

—¡Mamá!

Negó con la cabeza, alejándose a grandes zancadas y dejándome más cabreado que nunca. Siempre había sido tan difícil hablarle sobre su tendencia a quedarse atrapada en rachas depresivas como esta. Durante mucho tiempo, mi padre tuvo que mantenerse firme y animarla a probar la medicación que sus médicos le sugerían. Aún no había descubierto cómo ser ese sistema de apoyo en su ausencia.

¿Cómo se atrevía a actuar como si yo estuviera siendo ridículo?

Siempre había tendido a negar su depresión, pero ¿proyectar sus problemas en mí? Eso no era aceptable. Para nada.

Me dirigí a mi habitación, demasiado furioso para perseguirla de nuevo. Tenía la osadía de engañar a George —mordería la mano que le da de comer— y arruinaría *mi* vida junto con la suya. Sin George, no tendríamos nada. No *seríamos* nada. Solo dos almas perdidas y en duelo tras la pérdida de la persona que había sido el pegamento de nuestra familia.

Demasiado asustado para seguir adelante.

Apreté los dientes, empujando mi puerta hasta que se cerró de golpe contra la pared.

Que te jodan.

No estaba demasiado asustado para seguir adelante después de la muerte de papá.

Simplemente no tenía ni puta idea de hacia dónde avanzar. Adónde ir. Qué hacer. Perder a papá de alguna manera había deformado y retorcido toda mi identidad, y que me condenen si ella también intentaba llamarme cobarde.

La noche siguiente, cuando salí de la piscina después de nadar solo por la tarde, temí que George quisiera hablar conmigo sobre la misma maldita cosa.

Rara vez se acercaba a mí directamente así. Pero cuando tenía esa expresión seria en su rostro, sabía que esperaba una conversación conmigo.

—Nick, ¿podemos charlar? —preguntó mientras se sentaba en una silla que sacó de una mesa en el patio.

No es como si tuviera jodida elección, ¿eh?

Suspiré, agarrando una toalla.

—Claro. ¿Qué pasa?

No muerdas la mano que te da de comer.

No jodas tu vida más de lo que ya está.

—Quería ver si has pensado más en tu futuro. —Extendió las manos, casi como un encogimiento de hombros despreocupado.

Que me jodan ahora mismo.

Suspiré, quedándome de pie detrás de una silla en lugar de dejarme caer en ella. Agarrando el respaldo con fuerza, contuve mi temperamento. Mi ira ya no tenía ninguna maldita salida. El único momento en que me sentía más equilibrado era cuando pinchaba y provocaba a Sabrina, bromeando y burlándome de ella para hacer que Tiffany pensara que estaba tratando de arruinarla y humillarla. Escuchar a George pontificar sobre cómo no iba a ninguna parte con mi vida no iba a ayudar.

—No, George —solté—. Realmente no lo he hecho.

Sin darle la oportunidad de responder o sermonearme, o cualquier otra cosa, me fui enfurecido.

No podía quedarme aquí y escucharlo decirme cómo estaba perdiendo el tiempo en la universidad. No quería quedarme donde mi madre intentaría insistir en que todo estaba bien.

Después de ducharme y vestirme, me subí a mi moto y di vueltas hasta tener la cabeza más despejada.

Algo sobre el fuerte rugido del motor debajo de mí y la sensación del aire del océano golpeando mi cara calmaba mi alma. No me

arreglaría. Nada lo haría ya.

Pero montar mi moto sin ningún destino en mente casi me engañaba haciéndome pensar que no me estaba consumiendo. Que en lugar de estar atascado, tenía un lienzo en blanco por llenar.

Pasaron horas, y finalmente, disminuí la velocidad en un lado más pobre de la ciudad. A mi derecha, el Golfo ofrecía olas y la cálida brisa balsámica de la que nunca me cansaría.

Una vez que detuve mi moto por completo y me senté a horcajadas cerca de un pequeño parque con un concurrido patio de juegos lleno de niños, olfateé y sentí que mi estómago se contraía de hambre. Había planeado comer después de nadar, pero eso fue hace horas.

Ahora estaba hambriento, y los ricos aromas de un camión de tacos me atrajeron a bajarme de la moto.

Ignorando los letreros que decían que el camión de comida estaba allí como una recaudación de fondos para el banco de alimentos frente al que estaba estacionado, me puse en la fila para conseguir algo que, sin duda, tendría más sabor que cualquier cosa en un restaurante por aquí.

Mientras esperaba, escaneé mis alrededores, sonriendo con sorpresa cuando divisé nada menos que a la jodida Sabrina Rosario allá atrás. Estaba en el garaje con la puerta abierta que ofrecía a la gente venir a buscar contenedores de comida del banco.

Estaba justo allí.

Sonriendo. Riendo. Relajada y tan a gusto que tuve que preguntarme si tenía un clon.

Pero era ella.

No con una blusa y falda, tratando de encajar como una profesional y una estudiante de derecho seria y diligente.

No con ropa más desaliñada y casual mientras caminaba cansadamente a la biblioteca para una noche de investigación.

Solo la había visto en el campus. Tensa. Educada. Tan rígida y formal y obediente.

Aquí, con una camiseta blanca de tirantes que contrastaba con su piel lisa y dorada y unos shorts de mezclilla cortos que mostraban lo esbeltas que eran sus piernas, parecía... normal.

Joder.

Me di cuenta con un golpe en las tripas que se veía *feliz*.

Alguien aclaró su garganta detrás de mí, indicándome que avanzara en la fila. Estaba tan obsesionado con Sabrina que no había prestado atención a que la fila se movía.

Sabrina estaba bromeando y sonriendo a dos personas mayores. Tenían que ser sus padres, Melody y John Rosario, por lo que había aprendido después de buscar información sobre ella en línea. Se parecían. La forma en que abrazaba a su madre y apoyaba su mejilla en el hombro de su padre demostraba lo unida que era su familia.

Por supuesto, estaría trabajando como voluntaria en un maldito banco de alimentos, como un maldito ángel.

Sabrina era *así* de buena, o así de santurrona.

Pero me negaba a creer que esta chica no pudiera hacer nada malo. La oscuridad en mi corazón me advertía que no podía ser tan dulce.

Nadie era tan jodidamente perfecto.

Sin embargo, mientras la observaba con su madre y su padre, alimenté la bestia de la envidia que ardía profundamente dentro de mí.

Yo solía encajar así, con mi madre y mi padre. Todos habíamos sido felices y unidos una vez.

—Tío. —El tipo detrás de mí aclaró su garganta, instándome a avanzar en la fila. Otra vez, me había quedado atrapado en Sabrina.

A la mierda.

Todavía estaba hambriento.

Pero ahora tenía hambre de algo más.

Parecía que era más adicto a humillar a esta chica de lo que me había dado cuenta. El subidón que obtenía al atormentarla me convertía en un bastardo enfermo, pero al menos me sacaba más de mi propio y sombrío bache.

Saliendo de la fila, cedí mi lugar para los tacos y me dirigí hacia ella, decidido a hacerla miserable de cualquier manera posible.

Era solo lo justo.

La miseria ama la compañía, después de todo.

Y si ella no quería *mi* compañía... qué mala suerte.

SABRINA

—Vale. Nos vemos pronto —les dije a mis padres mientras terminaban de empacar las últimas cajas para el banco de alimentos.

No solíamos hacer esto juntos con frecuencia. Era más bien que ellos hacían voluntariado regularmente y yo aparecía cuando podía. Ayudar a los demás estaba en mi sangre, y disfrutaba de la alegría de hacer algo bueno. Sacrifiqué una larga noche de lectura para venir con ellos a ayudar esta noche, y me negué a lamentarme por todas las horas perdidas de lectura y tareas que me había costado.

Alejándome del garaje donde entregábamos las donaciones de alimentos de la despensa, suspiré y sonreí mientras revivía la agradable sorpresa de haber visto a una de las candidatas a la alcaldía más temprano. Patrice Connely había aparecido para ayudar esta noche, un alma altruista como yo, y disfruté la oportunidad de finalmente conocerla en persona. A pesar de ser una de las personas que había contactado por correo electrónico para los patrocinadores de mi proyecto comunitario, era más importante por otra razón.

Era exalumna, una antigua estudiante de derecho de la misma universidad a la que yo asistía actualmente. Más que eso, era una graduada destacada que había estudiado bajo la estricta tutela de la profesora Gowen. Su palabra importaría, si decidiera contactarla.

Elise tenía razón sobre mí. No quería conocer a los ricos o celebridades como lo que representaba Lorsen & Spengler. Quería

asociarme con personas trabajadoras que estuvieran en primera línea como Patrice Connely.

Parece que valió la pena venir esta noche, entonces.

Siempre podía quedarme despierta otra noche para estudiar hasta el cansancio.

—¡Oye, Sabrina!

Me giré al escuchar a alguien corriendo tras de mí, encontrando a una mujer apresurándose para alcanzarme. La reconocí como alguien asociada con la campaña de Patrice.

Pero detrás de ella, vi a Nick merodeando cerca de un puesto de tacos.

¡Maldita sea!

¿Qué está haciendo aquí?

Sonreí a la mujer, evitando mirar a mi acosador más reciente que estaba en el fondo. No quería saber por qué estaba aquí. Nadie del campus se aventuraría tan lejos en este vecindario por casualidad.

¿Me está acosando*?*

¿Por qué?

¿Cómo?

¿Simplemente por qué?

—¡Hola! —La mujer sonrió tímidamente—. Disculpa por correr tras de ti así. Te prometo que no te estoy acosando.

Me reí. *Eso te hace diferente a él.*

—Soy la asistente de Patrice Connely. Estaba repartiendo folletos, así que no me habrás visto antes en el garaje del banco de alimentos.

—¡Oh! —Ahora la reconocí. La había notado desde la distancia—. Sí. Te vi.

—Quería alcanzarte antes de que te fueras para programar un momento para que hagas un poco de relaciones públicas con Patrice. Está realmente interesada en tus esfuerzos de recaudación de fondos para la piscina.

—¡Claro! ¡Eso sería genial! —Le devolví la sonrisa.

—Déjame revisar mi... —Frunció el ceño, palpando su bolsillo trasero—. Oh, vaya. Dejé mi teléfono en la camioneta. —Levantó las manos como pidiendo a un animal salvaje que se quedara quieto—. Regreso *enseguida*. ¿Te importa esperar un momento?

—No, está bien. Puedo esperar. El autobús no pasará ahora mismo. —Había dejado que mis padres usaran el coche para que pudieran llegar a casa después de mí.

—¡Gracias! —La mujer se alejó corriendo, apresurándose con esa ansiedad frenética que tienen las personas cuando están siempre de aquí para allá.

Una vez que se fue, Nick se acercó con paso despreocupado. —Simplemente no puedes evitarlo.

Entrecerré los ojos y crucé los brazos. Acababa de decirle a la asistente que la esperaría aquí. No podía tardar mucho, y no quería arriesgarme a dejar este lugar solo para evitar a Nick.

—¿Evitar qué? —contesté fríamente—. ¿Me estás acosando?

—No te hagas ilusiones —respondió secamente—. Simplemente no puedes evitar intentar parecer una buena chica. Ayudando en un banco de alimentos... —Señaló el edificio que acababa de dejar—. Actuando como si te importara.

—Me importa. —Fruncí el ceño, sin entender por qué tenía que tener tanto problema conmigo. ¡Sin razón alguna! Nunca lo había provocado. Ni siquiera lo *conocía*.

—Solo estás actuando como si te importara para quedar bien. Eres ese tipo de estudiante de derecho engreída. Puedo verlo. —Hizo un gesto exagerado mirando alrededor—. ¿O es que esto no es más que un truco? ¿Están las noticias por aquí para que puedas presumir de ser tan buena chica, Señorita Perfecta?

—Puedes asumir lo que quieras sobre mí. Es tu prerrogativa. Pero no permitiré que me acoses y me hostigues —que me intimides— sin ninguna razón.

—Oh, *tú* no lo permitirás? —se burló, acercándose más—. ¿Qué demonios vas a hacer al respecto? Eres una buena chica, ¿recuerdas? Eso es lo que quieres que todos piensen.

Retrocedí, frunciendo el ceño. —Contrario a tus delirios, no me importa lo que *tú* pienses. Y quiero que me dejes en paz.

Responderle era una desviación de mi reacción estándar de no hacer nada. Esto no era dejar que sus palabras entraran por un oído y salieran por el otro. No era poner la otra mejilla. Me estaba defendiendo, o intentándolo, y devolverle un poco de su propia medicina a Nick era tan... vigorizante. Me sentía viva. Llena de fuego. Y él simplemente estaba avivando las llamas para hacerme más emocionante contraatacar.

—¿Y por qué haría eso? —Bajó la mirada para examinarme de nuevo, lentamente—. Ponerte en tu lugar es demasiado entretenido.

—Yo...

Se acercó aún más, como si intentara usar su altura para intimidarme. —Tu lugar como una estudiante de derecho engreída y pomposa que se cree mejor que todos los demás.

—No creo...

—Cuando solo eres una don nadie. Una zorra que se cree la gran cosa.

Antes de que pudiera pensarlo, levanté la mano y lo abofeteé.

Fuerte.

Toda la furia, toda la irritación. Salió de mí en un golpe rápido que fue tan poco característico de mí que apuesto a que me sorprendió más a mí que a él.

Adiós a evitar e ignorar.

Nunca había golpeado a nadie, ni una sola vez en toda mi vida. Abofetearlo se sentía justificado, pero también de alguna manera tan incorrecto. Como si me rebajara al descender a un nivel más básico de contraatacar.

Sus ojos se oscurecieron, el marrón profundo casi negro mientras fruncía el ceño. Esta mirada intensa me atravesó, penetrándome mientras respiraba con fuerza por la nariz.

No podía haber contado con que yo hiciera eso. Nos había sorprendido a ambos, pero me pregunté si acababa de provocar a la bestia y enfurecerlo más.

—Oh, um, disculpen. —La asistente había regresado.

Nick se giró, revelándola detrás de él.

Mierda. Tuvo que haberme visto abofetearlo, y esa *no* era la actitud serena y profesional que quería proyectar. Especialmente no ante alguien relacionado con mi proyecto.

—Lamento interrumpir. —La mujer hizo una mueca, claramente incómoda de estar cerca de este drama.

—Eh, no te preocupes. —Nick se rio, pasando su brazo alrededor de mis hombros mientras se frotaba la mejilla donde lo había golpeado—. No es nada. —Me acercó más en un rápido abrazo lateral—. Solo una pelea de enamorados.

—¿Qué? —Esquivé su toque, como si fuera infeccioso con su calor corporal, tentándome a quedarme con él—. No. No es una pelea de... Él no es... Yo no soy...

Ella se encogió, mirando hacia otro lado.

—Él no es mi amante, y eso fue... —Me alejé de Nick una vez más y aclaré mi garganta, concentrándome en ella—. Es solo alguien de la escuela. Gastando una broma. Nada más.

Solo un imbécil de la escuela que quería mostrarme como participante en un concurso de camisetas mojadas y luego llamarme zorra. Como si eso fuera *tan* original.

Alejando a esta mujer más lejos de Nick, le lancé una mirada fulminante por encima de mi hombro.

No te metas conmigo.

Deseé poder pronunciar esa advertencia en voz alta.

Pero tal vez mi mirada sombría sería igual de efectiva.

Incluso si él no captaba el mensaje, no tendría éxito. Me había empujado a estallar y tomar represalias esa vez. Pero eso no significaba que lograría llegar a mí una segunda vez.

Prometí, de nuevo, mantenerme alejada de él y permanecer concentrada. Tenía que concentrarme en mis estudios, en conseguir esa pasantía y en graduarme para comenzar el resto de mi vida.

No tenía tiempo para dejar que jugara conmigo e interfiriera.

No había reducido el acoso y las burlas cuando constantemente lo ignoraba, y dudaba que mi bofetada resultara en algo diferente. Sin embargo, eso era mucho más preferible que golpearlo o contraatacar. Porque ahora que había presionado mis botones y me había hecho estallar, me costaba trabajo contener esta necesidad de responder de la misma manera y devolverle tanto como recibía.

Especialmente cuando me miraba con un desafío en su ardiente mirada, tentándome a ser imprudente con él solo un poco más.

NICK

Durante la semana y media siguiente, perseguí esa emoción. Cuando Sabrina me abofeteó, me dejó en shock. No pensé que tuviera el valor de defenderse. Era tan buena ignorándome y cómo la acosaba que pensé que nunca se quebraría.

Conseguir una reacción de ella fue el mejor subidón. Me sentí vivo. Estaba allí, presente con ella, no perdido y ahogándome en mi inquietud.

Desde entonces, todos los días intentaba replicar esa sensación de excitación. Presionar a Sabrina hasta el punto de hacerla estallar así, hasta abofetearme, me hizo querer ver hasta dónde más podía probarla. Cuánto más se necesitaría para provocarle otra reacción.

Pero no lo había conseguido.

Tenía unos nervios de acero o algo igualmente formidable porque no reaccionaba de nuevo.

No importaba cuántas veces la acechara y la siguiera, inquietándola con mi presencia al acecho. Sin importar con qué frecuencia la empujaba, la hacía tropezar, le tiraba sus cosas o la retrasaba para que llegara tarde a clase. Y a pesar de todo lo que le decía, burlándome de que estaba un paso por encima de la pobreza, siendo "basura" porque su padre trabajaba para la compañía de servicios públicos de la ciudad, y que debía ser una zorra debajo de su fachada de niña buena...

No se quebró.

Cuando llegué a casa, estacionando mi moto una tarde, fruncí el ceño al darme cuenta de por qué me molestaba tanto. Claro, tenía que mantenerla como prioridad y seguir aguijoneándola debido a este ultimátum que Tiffany me había dado. Pero la cosa se estaba volviendo más profunda. Me estaba obsesionando jodidamente con Sabrina cuanto más la observaba y husmeaba información sobre ella.

Y odiaba estar persiguiendo su atención de esta manera.

Cuando me abofeteó, atreviéndose a responderme y discutir conmigo fuera de ese banco de alimentos, la tenía justo donde la quería. Prestándome atención, no evitando el contacto visual. Contestándome, no ignorando todo lo que decía.

—No la necesito —murmuré mientras entraba a la mansión para cambiarme de ropa. Diego y Pierce se habían unido a mí en el gimnasio después del almuerzo, y un rápido chapuzón antes de volver al campus me sentaría bien.

No necesitaba a Sabrina. Podía conseguir a cualquier chica que quisiera. Podía follarme a cualquier mujer que me llamara la atención. Nunca había sufrido por falta de interés. Aunque ya no era el mujeriego que solía ser, no me costaría acostarme con alguien.

Solo había otra explicación.

Haciendo una mueca, subí las escaleras corriendo, como si también pudiera huir de mis pensamientos.

La deseo.

Acosarla como objetivo para intimidar se había retorcido de alguna manera en una profunda obsesión.

Y ya no estaba seguro de cómo manejarlo.

—¿Nick? —llamó Tiffany desde el estudio al lado del vestíbulo.

Maldita sea. Realmente no quería enfrentarme a mi hermanastra.

Con la intención de ignorarla, continué hacia las escaleras para subir a mi habitación y cambiarme. Sin embargo, no fui lo suficientemente rápido. Ella salió del estudio y arqueó las cejas hacia mí. Detrás de ella, vislumbré el círculo iluminado de su lámpara que usaba cuando grababa sus podcasts, historias y reels. Era constante

en publicar nuevo material para su perfil de "vida como estudiante de derecho". Había aprendido a no interferir cuando estaba en su modo de creación de contenido, y apenas estaba lo suficiente en casa como para que me recordara no hacer ruido o interponerme en su camino cuando grababa sus "consejos" para estudiantes de derecho. Como si fuera algún tipo de experta.

—¿Por qué no estás cumpliendo con tu parte del trato? —Cruzó los brazos y me miró fijamente.

—No es un puto trato —le recordé duramente. Libre de hablar con George en la oficina y mi madre en el gimnasio, donde usualmente estaba a esta hora del día, fulminé a Tiffany con la mirada—. Me diste un ultimátum.

Levantó un hombro y lo dejó caer.

—Llámalo como quieras. Espero que arruines a Sabrina para que no sea competencia. No lo estás haciendo.

—Estoy intentándolo.

—No te estás esforzando lo suficiente —entrecerró los ojos.

—Estoy trabajando en ello —odiaba tener que responderle en absoluto, pero había demasiado en juego. Si George se divorciaba de mamá, estaría más lejos de cualquier financiamiento para ayuda de salud mental para ella—. Logré que la echaran de la biblioteca anoche —molestarla persistentemente y hacerla tirar cosas en la biblioteca terminó con que le pidieran que se marchara. Y *aun así*, ella se negó a quebrarse o mostrar que le molestaba en absoluto.

—Esfuérzate más —me soltó con descaro—. También puedo conseguirte algo.

Fruncí el ceño. *¿Qué?*

—Ya sabes, para deslizar una pastilla en su bebida así puedes follártela —se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa—. *Eso* la derribaría de su pedestal, con rumores extendiéndose de que se está follando al chico malo del campus.

¿Drogarla? Ni de coña. La idea de drogar a Sabrina me hizo retroceder por dentro. Aunque la idea de ayudarme a mí mismo con

su sexy y curvilíneo cuerpo era algo con lo que estaría totalmente de acuerdo, quería que ella me deseara.

—Lo tengo bajo control.

—¿De verdad? —Se acercó para mostrarme su teléfono. Otra imagen de mi madre abrazando a la asistente de George era granulada pero visible—. Solo recuerda lo que sucede si no llevas esto hasta el final.

—Lo sé. Joder, sé por qué me estoy molestando con esto.

Su sonrisa fue triunfante y cruel.

—Bien —sin otra palabra, se dio la vuelta y regresó pavoneándose al estudio, como si fuera superior para despedirme.

Apreté los dientes y subí las escaleras, odiando tener que lidiar con Tiffany.

Ella sabía muy bien que estaba tratando de alterar a Sabrina. Tenía que verme en el campus. Nunca cambié mi apellido a Lorsen ya que era adulto cuando mamá se casó con George. A menos que alguien quisiera husmear e investigar, no era de conocimiento común que Tiffany fuera mi hermanastra. No interactuaba con ella en el campus. Tampoco hablaba con George, salvo en raras ocasiones cuando necesitaba pasar por su oficina, como el día que me encontré con Sabrina mientras dejaba un paquete.

Tiffany y yo no nos movíamos en los mismos círculos, pero para cumplir con este ultimátum, había estado presente cerca de los edificios de derecho. No podía afirmar que no lo estaba intentando.

Lo estaba.

Sin embargo, sin importar lo que hiciera, Sabrina no me prestaba atención.

No flaqueaba ni se quebraba.

Después de mi chapuzón, que no fue tan relajante como quería porque ella estuvo en mi mente todo el tiempo, tuve que admitir que si no estuviera tan decidido a derribarla y arrastrarla por el fango, admiraría enormemente su tenacidad.

No era una damisela en apuros, ni una tímida o débil.

Tenía que pensar en algo más para apaciguar a Tiffany, pero nada de drogas. Me condenaría si tuviera que intoxicar a Sabrina para hacerla caer. Tenía que tener una debilidad en alguna parte.

De vuelta en el estudio esa noche, Diego y yo trabajamos en nuestros respectivos proyectos. Como de costumbre, él estaba más o menos organizando una fiesta, bebiendo y fumando con las modelos que dibujaba. Me quedé en la esquina, cayendo en una espiral de pensamientos sobre Sabrina y odiando que quisiera hacerla quebrar.

—Ha pasado un tiempo desde tu última exposición —dijo Daniela, una de las modelos, mientras deambulaba por el desordenado estudio, buscándome.

Asentí, sin levantar la vista del fondo que había comenzado a pintar.

—Así es.

Meses atrás, una de las modelos de Diego quiso que la pintara en estilo boudoir, y Daniela lo había publicado como una exposición artística. A partir de ahí, las cosas se descontrolaron. Más mujeres querían pinturas atrevidas hechas en mi estilo realista de arte. Luego los desafíos se elevaron a retos mayores, como pintar un cuadro boudoir como grafiti, solo para que alguien lo pintara encima antes de cierto tiempo. El marco temporal limitado de la obra pornográfica aumentaba el revuelo sobre todo ello. Los videos y fotos de la pintura de la hija del decano habían obtenido la mayor tracción, pero seguía sin importarme todo el interés de la comunidad artística. Ser pintor no era lo que quería hacer el resto de mi vida. Tenía habilidad. Tenía talento. Pero no era *yo*. Aunque no tenía base ni dirección en mi vida, sabía que no quería ese camino.

—O tal vez sí —bromeó ella, sonriendo más ampliamente. No era el alcohol lo que ponía ese brillo de excitación en sus ojos ahora mientras estudiaba mi pintura.

La miré, y luego volví a mirar el lienzo que más había captado mi atención últimamente.

—Esa es la estudiante de derecho —observó Daniela.

Fruncí el ceño, sin querer compartir a Sabrina ni siquiera así.

La noche después de que me abofeteó, comencé a bosquejar, luego a pintarla. Nunca había visto lo suficiente de ella para pintar su desnudez con precisión, pero la imaginaba. Soñaba con cómo se vería, desnuda solo para mí.

—Compartiste esas fotos de ella en el concurso de camisetas mojadas del Cricket —añadió.

Negué con la cabeza pero no hablé. No estaba negando que hubiera publicado sobre Sabrina. Lo había hecho. Pero no era ella en ese bar. Hasta donde sabía, no iba a ningún bar. Había mentido, inventando que había participado en un concurso de camisetas mojadas.

—Es ella, ¿verdad? —señaló la pintura—. Sabrina algo.

Asentí.

—Sabrina Rosario.

—¿Posó para ti? —Daniela sonrió—. ¿Así?

Sí *era* Sabrina. O era la representación que podía invocar en mi mente de ella. Sabrina era demasiado buena para posar como una de las modelos "boudoir" que querían ser arriesgadas y traviesas así. Sabrina estaba demasiado acostumbrada a ignorarme y a cómo la acosaba como para pasar tiempo cerca de mí el tiempo suficiente para que la pintara.

Daniela ahora estaba tomando fotos y luego grabándome mientras retocaba la pintura. Esta pintura no se había hecho con una modelo. No era nada más que yo creando una obra de arte del sueño húmedo que me atormentaba de la chica que no podía quitarme de la cabeza.

De Sabrina con una blusa mojada, sus tetas acentuadas sin sujetador. Sus labios sonriendo con desafío mientras se reclinaba y abría las piernas. La falda cayendo hacia atrás para revelar cómo trazaba su dedo a lo largo de unas bragas blancas de encaje que mostraban manchas húmedas en la tela.

—Puedo compartir estas, ¿verdad? —Daniela arqueó una ceja hacia mí—. Ha pasado un tiempo desde que compartí algo de tu

arte. Mis seguidores han estado preguntando.

Fruncí el ceño, sin que me gustara la idea de que alguien viera a Sabrina así. Era solo mi imaginación, no una sesión real para la que hubiera posado. Pero encajaría perfectamente en la serie que Daniela había comenzado al compartir mi trabajo.

Y contribuiría mucho a arruinar la reputación de Sabrina.

Por el amor de Dios. Me froté la cara con la mano mientras luchaba con la indecisión.

No es como si alguna vez tuviera una oportunidad con ella. No se suponía que me importara.

Sabrina no era mía.

Si esta jugarreta podía arruinar su reputación, si esto sería un golpe más duro en una campaña de desprestigio contra ella, eso sería una muestra de fe en el estúpido ultimátum que Tiffany me había dado.

Hazlo por mamá.

No podía arriesgarme a que George descubriera su infidelidad. No podía arriesgarme a que mamá y yo perdiéramos nuestro hogar y dinero. Ella nunca obtendría ayuda con su depresión si fuéramos solo ella y yo.

—Sí —me encogí de hombros, mirando a Daniela—. Adelante. Compártela.

SABRINA

Me desperté el lunes por la mañana deseando poder dormir un poco más. Era demasiado temprano para levantarme después de ayudar a mis padres a arreglar más cosas en la casa durante todo el fin de semana. Además de estudiar y ocuparme de asuntos para la recaudación de fondos de la piscina comunitaria, y preparar la entrevista para la pasantía.

Mi cuerpo estaba adolorido y cansado. Así es como se siente el agotamiento.

Mientras yacía en la cama al sonido de mi teléfono, supe que sería un comienzo de semana agotador.

Podía contar con muchas tareas. Toneladas de lecturas. Y el autobús estaba fuera esta semana por mantenimiento, así que con mis padres usando el único coche que teníamos, estaría caminando más de lo habitual.

¿Vale realmente la pena?

Odiaba cuestionarme así cuando los tiempos se ponían difíciles. La facultad de derecho era desafiante, pero de vez en cuando me preguntaba si pasar por esto en la universidad era inteligente. Siempre podría transferirme a una escuela diferente y bajar mis expectativas. Podría retirarme de esta solicitud de pasantía y simplemente concentrarme en graduarme con un título en derecho.

No. Tiene que valer la pena.

Suspiré mientras alcanzaba mi teléfono.

Ver los mensajes de Elise me sobresaltó. Y mientras me sentaba y echaba un vistazo a los daños, supe que mis preocupaciones iniciales sobre lo dura que sería esta semana eran una broma.

Enfrentar las repercusiones de supuestamente posar para Nick sería más difícil de manejar. Algún artista había compartido fotos de una pintura que ese idiota había hecho de *mí*. En una pose tan provocativa y traviesa, reclinada como si le estuviera animando a bajar sobre mí.

Soy virgen, pero no una mojigata. Aun así, verme a mí misma así era un nuevo mínimo, incluso viniendo de él. Se había pasado de la raya al sugerir que había participado en un concurso de camisetas mojadas. ¿Y ahora esto?

—Maldito cabrón —susurré mientras deslizaba el dedo por mi teléfono. Elise me había alertado de que los videos se estaban volviendo virales. Ella merodeaba por las redes sociales más que yo, y agradecí que me advirtiera sobre el nuevo ataque a mi carácter.

Pero una cosa seguía sin cambiar. No tenía tiempo para esto.

Con más rabia de la que quería tener tan temprano en la mañana, me levanté para ducharme y dirigirme a la cocina para un desayuno rápido.

—¿Sabrina? —Mi madre arqueó las cejas cuando me vio. Estaba de pie junto a la estufa, terminando de preparar huevos para nosotros. Papá frunció el ceño desde su asiento en la mesa.

—¿Lo visteis? —adiviné, prefiriendo ir directa al grano que andar con rodeos. Tampoco eran usuarios asiduos de las redes sociales, pero tenían sus intereses que les gustaba seguir. Papá estaba a menudo en su teléfono para seguir páginas sobre reconstrucción de hogares, y había ahorrado mucho dinero viendo videos sobre cómo reparar cosas por aquí. Como me habían etiquetado en esas publicaciones, tenían que haberlo visto.

—¿Cómo pudiste? —preguntó mamá, haciendo una mueca.

Nunca me habían criado para ser mojigata. Ambos me enseñaron a respetarme y amarme a mí misma. Pero nunca me habían dado la

impresión de que exponerse así fuera una buena idea, no si quería tener un buen trabajo.

—No lo hice —dije mientras me sentaba.

Sobreviviría a esta tormenta. Mientras suspiraba y miraba las reparaciones de la casa que estaban a medio hacer, supe que también podía enfrentar esta tormenta personal. —No tengo ningún interés en posar para ningún artista. Ciertamente no así.

—Entonces, ¿esto —papá tomó su teléfono para fruncir el ceño a la pantalla mientras leía— *Daniela Critique* te está difamando? —Hizo una mueca. —¿Es una de esas cosas de IA? ¿Alguien está usando tu cara y superponiéndola en... —Negó con la cabeza y dejó su teléfono, sin terminar.

—No. Creo que ese, um, tipo realmente lo pintó. —Me aclaré la garganta, dispuesta a mantener la humillación encerrada. —El video que Elise me envió muestra su mano mientras pintaba.

—¿Quién es este artista? —Mamá apoyó la mano en su cadera. —Esto no está bien. Es... es difamación. ¡Es incorrecto y cruel sugerir que serías tan... tan vulgar y ordinaria como eso!

Papá levantó la mano de la mesa, lanzándole una mirada ligeramente reprobatoria. —Melody. Sabrina debería estar orgullosa de quien es y nunca avergonzarse de su cuerpo...

—Pero papá —interrumpí. —Esa *no soy* yo. Nunca posé así. No... —Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo podría este artista hacerlo parecer que eres tú? —preguntó mamá, todavía en busca de sangre. No aceptaría esta forma de acoso. Su tono incrédulo probaba que no era consciente de que me acosaban en absoluto, y ese era mi objetivo. Me esforzaba tanto por nunca dejarles saber que era objeto de acoso, a menudo por causa de ellos. Me rompería el corazón si tuvieran que preocuparse por mi acoso. Podía poner la otra mejilla, dejar que entrara por un oído y saliera por el otro. Estaba hecha de un material más fuerte que para acobardarme ante algunos acosadores que me hacían miserable.

—¿Lo conoces? —preguntó papá. —Una de las fotos ha sido compartida más de un millón de veces.

Nick, eres un maldito idiota. Me aclaré la garganta, manteniendo la cabeza alta. —No. No lo conozco. —No se sentía como una mentira. Sabía quién era Nick Grant. Y que me había elegido como objetivo de su acoso. Más allá de eso, no tenía idea de quién era, qué quería de mí y cuál era su juego.

—Solo sepan que no soy yo —repetí. —Lamento si la gente en el trabajo lo ve, pero pueden decirles que *no* posé para ningún artista. No así. Ni en absoluto. —Una risa histérica brotó de mi garganta y escapó antes de que pudiera detenerla. —¿Cuándo podría haberlo hecho? Todo lo que hago es estudiar y trabajar con ustedes dos aquí. ¿Cuándo diablos habría tenido tiempo para posar así? ¿O en absoluto?

Ellos simpatizaron conmigo mientras luchaba por comer unos pocos bocados de desayuno. Tenía que comer. Necesitaba energía para la caminata más larga que me esperaba. Pero mi apetito se había ido. El dolor, la vergüenza, la ira, todo se unió en mi estómago durante el desayuno, revolviendo con ansiedad.

Mamá y papá no entendían por qué alguien trataría de dañar mi reputación así, ajenos al acoso que sufría. En lugar de contarles sobre cómo otros me trataban en el campus, lo minimicé como una broma cruel, algo que probablemente le ocurriría a cualquiera.

En el fondo, sin embargo, mi ira ardía más y más caliente toda la mañana.

Para cuando llegué al campus y entré a clase, estaba furiosa. Pero nadie podía notarlo. Me negaba a mostrarlo. Incluso cuando Tiffany y Rachel se rieron de mí. Cuando otros estudiantes sonrieron y claramente reaccionaron al verme en el salón después del escándalo muy público de haber sido pintada de manera provocativa.

Tomé mi asiento, suspirando de alivio por no estar de pie después de esa larga caminata.

—¿Estás bien? —Maxim se inclinó para susurrar. Frunció el ceño con preocupación, y me sentí conmovida de que fuera sensible hacia mi difícil situación. Incluso él lo había visto. Apuesto a que ahora era realmente viral.

Asentí. —Sí. Estoy bien. —*No.*

—Tan bien —otro estudiante se burló en voz alta, haciendo un gesto obsceno hacia su pene. —Estás tan bien, Sabrina. Tan bien que voy a...

—Suficiente —dijo la profesora Angus. Sin embargo, me miró fijamente, casi como si estuviera furiosa conmigo. —Señorita Rosario, antes de proceder con nuestra clase, ¿hay algo que le gustaría decir?

Negué con la cabeza.

—¿Ni siquiera una disculpa?

Fruncí el ceño, caminando por una delgada línea entre esta calma que me obligaba a proyectar y la frustración que albergaba sobre esta situación. —¿Una disculpa a quién? —desafié con cuidado pero firmemente.

—Una disculpa al departamento. Al profesorado. A la universidad. A tus compañeros de clase. —Cruzó los brazos y apoyó su cadera en el escritorio del frente. —Tu pequeño truco publicitario nos etiquetó a todos. Mientras tú puedes decidir recibir el libertinaje en tu vida en tu tiempo libre, tu asociación con este programa no debería significar que todos seamos arrastrados por el lodo contigo.

—¿Por el lodo? —Levanté las cejas. —¿Cómo fue esa pintura un problema? ¿Hmm? ¿Qué hay de malo en que una mujer asuma su sexualidad, sin miedo a abrazarla? —Nunca dejaba que mi feminismo se mostrara demasiado porque todavía había un claro sexismo en el campo del derecho. Ahora, sin embargo, no podía detenerme.

Me puse de pie, poniendo mis manos en el escritorio mientras la miraba fijamente. —*Yo* no debo ninguna disculpa porque no he hecho nada. Nunca posé ni me senté para ninguna obra de arte.

Nunca aprobé voluntariamente ni di la bienvenida a que mi imagen se usara en ninguna obra de arte así.

La profesora Angus levantó el mentón, dándome esta oportunidad de hablar. Y sin duda la aprovecharía. Esto no encajaba en mi estrategia de poner la otra mejilla o ignorar el acoso, pero estaba en racha.

—Si hubiera elegido participar en cualquier experiencia artística de ese tipo, defendería la libertad de expresarme como mejor me parezca, al igual que cualquier otra mujer en este país debería. La libertad de expresión. La libertad de no ser censurada por aquellos que podrían no ser lo suficientemente maduros para entender que solo porque una mujer se atreva a mostrarse no significa que sea moralmente ambigua.

—¡Sí! —Un compañero de clase, alguien en la primera fila, aplaudió. —Díselos.

La profesora Angus sonrió ligeramente.

Sin embargo, no había terminado. Durante un par de minutos más, convertí este escándalo en una oportunidad para compartir mis pensamientos sobre el tema. Del patriarcado gobernando sobre los derechos de las mujeres. Del delicado equilibrio de la censura en el arte. De la valentía que muchas mujeres enfrentan en tantas situaciones en todo el mundo, cada día.

No era frecuente que tuviera la oportunidad de hablar sin guión como esto. Pero la tomé. De pie, rechacé la idea de que debería avergonzarme. Aunque nunca había posado para ninguna obra de arte, me levanté y me manifesté contra el estigma de que cualquier cosa sexual tuviera que ser inherentemente mala o sesgada en el arte.

La ironía me mataba. Estaba defendiendo la obra de arte de Nick cuando yo era el objetivo de su cruel truco. Pero mientras hablaba así en clase, defendiendo los derechos de las mujeres y la libertad de la censura patriarcal, tuve que preguntarme por qué lo había hecho. Me volví más curiosa sobre qué ganaba él intentando lastimarme así. Nunca le había hecho nada. Claro, le había

abofeteado cuando me presionó demasiado en el banco de alimentos llamándome puta, pero eso no era más que ponerlo en su lugar.

Finalmente sin aliento por la divagación ininterrumpida en el ámbito de la autodefensa, me senté e intenté controlar mis emociones. Fue emocionante hablar así. Fue rejuvenecedor. Este pico de adrenalina me despertó, y estaba condenadamente orgullosa de haber dicho mi opinión así.

La profesora Angus me observó por un momento después de que me senté. Luego sonrió lentamente mientras asentía. —Muy impresionante, Sabrina.

Exhalé un largo suspiro y reconocí su elogio con un asentimiento propio. —Gracias.

—Y *esa* —me señaló— es la pasión que deberíamos mostrar en nuestra búsqueda de interpretar la ley. —Mientras rodeaba el escritorio para comenzar su conferencia, me miró de nuevo. —También es cómo cualquiera de ustedes puede esperar lograr una fuerte carta de recomendación para la pasantía de verano.

¡Dios mío! Me mordí la mejilla para no sonreír. Embriagada por su elogio, saboreé la satisfacción de defenderme. Elise estaría tan orgullosa. *Yo* estaba orgullosa. Estaba tan orgullosa de mí misma por convertir una mala experiencia en un momento de aprendizaje, en algo bueno.

—¿Qué dijo? —susurró Maxim mientras la profesora Angus comenzaba su conferencia.

Me rendí a una sonrisa ahora y deslicé mi cuaderno un poco más para que pudiera copiar mis notas.

Sin embargo, el subidón que sentí por el elogio de la profesora Angus no duró para siempre. Tan pronto como terminó la clase, me apresuré a encontrar a Elise en la plaza del campus. Desafortunadamente, Tiffany y Rachel me bloquearon en la puerta para llegar al exterior soleado.

—Eres una puta tan patética —se burló Rachel.

No reaccioné, manteniendo mis labios cerrados y simplemente mirándolas.

—Sí. Una zorra vulgar —añadió Tiffany, mirando alrededor por si alguien la escuchaba hablar mal de mí. —Recuerda mis palabras, puta. —Entrecerró los ojos. —No importa qué tonterías dijiste allá atrás. Todos en el campus se asegurarán de que *nunca* superes esto.

Se alejaron con la última palabra, y mientras las veía hacerse más pequeñas en la distancia, traté de no dejar que sus crueles palabras me afectaran más.

Todo lo que está en línea vive para siempre. Nadie olvidaría este incidente. Todo lo que podía esperar era que la emoción al respecto disminuyera y se desvaneciera pronto. Una vez que ese perfil de Daniela publicara algo más de otro artista, el bombo sobre la pintura de Nick se desvanecería. Al igual que cuando Nick sugirió que había estado en un concurso de camisetas mojadas, esto se convertiría en noticias viejas.

Tenía que ser así.

Sin embargo, cuando sentí la familiar quemadura de su mirada en mi espalda, me giré para verlo merodeando en el pasillo y observándome.

Siempre siguiéndome.

¿Vale la pena?

No tenía idea de cómo descifrar su interés en hacer mi vida un infierno. No quería dejarle tener una onza de poder sobre mí, haciéndome sentir tan vulnerable y expuesta de esta manera.

Si permanecía aquí en este programa y me mantenía en la lucha, ¿alguna vez retrocedería?

¿Qué quieres de mí, Nick?

¿Qué estás tratando de hacerme?

¿Hizo ese truco de la pintura para vengarse de mí por abofetearlo?

Incliné la cabeza mientras me daba la vuelta para salir. Empujando la puerta para abrirla, esperé que la luz del sol me

calentara y calmara mis nervios crispados. Había sido una montaña rusa de emociones desde el momento en que me levanté.

No podía empezar a adivinar qué quería Nick de mí. Todo a lo que podía aferrarme era a la incipiente determinación de no dejar que me afectara, nunca.

NICK

Quería que Sabrina me gritara.

Ansiaba su ira. Una reacción. Algo.

Esta distancia indiferente que Sabrina puso entre nosotros me carcomía, poniéndome más inquieto que nunca.

Me quedé en el pasillo fuera de su aula esta mañana. Había estado esperando a que bajara del autobús —tan comprometido estaba con acecharla y conocer su rutina— pero cuando no apareció, me apresuré a su primera clase. Tenía que ver cómo estaba tomando la noticia de la pintura que le había permitido a Daniela compartir.

Cuando ese imbécil en su clase sugirió que usaría mi pintura como material para masturbarse, vi todo rojo.

No la había publicado para que él la apreciara. No de esa manera.

Los celos ardían dentro de mí al pensar que alguien más se beneficiaría de la pintura. Le había dado permiso a Daniela para compartirla como una forma de vengarme de Sabrina, y realmente me había salido el tiro por la culata.

Le envié un mensaje a Daniela en ese mismo momento para que la retirara todo.

Daniela: *Ya es viral.*

Daniela: *Eliminaré las publicaciones pero seguirá circulando.*

No necesitaba que me explicara cómo funcionaban las redes sociales. Me alegró que eliminara sus publicaciones. Era un paso para rectificar mi estupidez al permitirle compartir mis fantasías sobre Sabrina.

Escuchar a Sabrina responder a su profesora me irritó aún más. Solo ella sería capaz de transformar esta situación en un alegato por los derechos de las mujeres y un debate sobre la censura. Así de buena era, maldita sea.

Así de valiente era.

Sin lágrimas.

Sin gritos.

Ni una sola respuesta en línea.

No me dejaría ver sus labios temblar más de lo que me dejaría pensar que esto la hundiría.

Mientras continuaba con el resto de mi día, odiaba lo mucho que podía resistir mis mejores esfuerzos por arruinarla.

Nadie podía ser tan fuerte y buena. Tenía que tener un punto débil en alguna parte. Normalmente, llamar a cualquier chica o mujer puta era una forma segura de ganarse su odio y desprecio. Ella no. Mientras intentaba sin éxito prestar atención en mis clases y hacer lo mínimo para mis instructores, me rendí ante el hecho de que quería encontrar su debilidad. Quería saber cómo provocarla de nuevo. Quería explotarla y verla desmoronarse ante mí.

Había estallado cuando la llamé puta en el banco de alimentos. Había cedido un poco entonces para abofetearme. Pero era casi como si esa acción la hubiera impulsado a ser aún más fría conmigo y parecer más impasible.

Nunca antes había querido arruinar algo bueno como lo hacía con ella. Ni una vez en mi vida me había permitido volverme tan oscuro y retorcido con esta necesidad de infligir daño a algo aparentemente tan perfecto e impecable.

Y por eso me quedé en el campus todo el día y la tarde, siguiéndola después de mis clases. Más tarde, cuando esperaba cerca de la parada del autobús donde aparecería para volver a casa,

levanté las cejas cuando otro estudiante pasó junto a mí, frunciendo el ceño.

—El autobús no funciona esta semana —dijo mientras pasaba.

Maldita sea.

Odiaba pensar que podría haberla perdido. No era solo porque tenía que arruinarla según la petición de Tiffany, sino también porque era mi obsesión verla y estar cerca.

Después de correr hacia los edificios de derecho, la divisé caminando. Solo para molestarla, disfrutando de cómo siempre parecía consciente de cuándo la tenía a la vista, la seguí por un rato. Si dejar que la acechara era una pequeña fantasía secreta suya...

Sí, claro. Lo dudo.

Una vez que salió del campus y caminó por parte de la ciudad, acorté la distancia entre nosotros hasta que caminamos lado a lado.

Ella no me reconoció. Ni con una mirada, un saludo, una palabra. Nada.

Pasaron los minutos. Se difuminaron y se mezclaron durante tanto tiempo que me pregunté si y cuándo se quebraría bajo la presión. Tenía que tener mucho que decir. Tenía que tener mucho en mente después de que la había pintado tan traviesa. Pero cuando parecía que no iba a hablar, persistiendo en ignorarme, apreté los dientes y cedí.

Ella ganó.

Esta ronda.

—¿Te gustó mi pintura de ti? —pregunté, pensando que podía ser directo.

—Esa no era yo —respondió—. Nunca he posado para ti.

Me reí suavemente, dejando que la emoción de que discutiera conmigo me iluminara desde dentro.

—Eso no es lo que pregunté.

Ella miró hacia adelante, sin mirarme. —No te debo respuestas a nada que puedas preguntar.

—Ooh. Eres dura.

—También estoy cansada. —Ahora me miró por un segundo, con frialdad—. Estoy cansada de tus malditas tonterías.

Fingí sorpresa. —¿Así habla una dama recatada y correcta?

—Parece que no quieres que el mundo me vea como recatada o correcta con esa pintura.

—Hmm. —Me metí las manos en los bolsillos porque estaba tan tentado de tocarla y hacer que dejara de caminar para que me mirara. Seguía desesperado por su atención. Y odiaba el poder que tenía sobre mí. Tener sus ojos marrón claro dirigidos a mí, solo a mí, se estaba convirtiendo en una adicción—. Recuerdo que dijiste que no te importaba lo que otros pensaran de ti.

—Dije que no me importaba lo que *tú* pienses de mí.

Rechinó los molares, agitado por apretar sus botones pero también por sonreír de que fuera tan dura conmigo.

—Pero ahora sabes que lo hago.

Ella arrugó la frente, mirando hacia adelante.

—Pienso mucho en ti, Sabrina.

Tiffany sugirió que podría arruinarla acostándome con ella y dejando que esa noticia escandalosa se difundiera. Seria estudiante de derecho durmiendo con el temerario y rebelde artista. Eso haría hablar a la gente.

Pero ahora, estaba emocionado de jugar *con* ella. Solo estaba comenzando con los juegos que podía hacer con ella. Porque si existiera la posibilidad de que se sintiera atraída por mí, podría causar estragos en ella en ese sentido.

—Creo que...

—Ahórratelo. —Puso los ojos en blanco—. Guárdatelo para cuando necesites otra musa para pintar. Guárdatelo para cuando estés solo y patéticamente tan vacío que necesites el enfermizo placer de intentar hacerme miserable. No me importa, Nick. —Con otra breve mirada en mi dirección, sacudió la cabeza—. No tengo tiempo para tipos como tú. Y *nunca* ganarás. No en esto. No te dejaré acercarte donde puedas herirme.

Cada una de sus palabras avivaba el fuego dentro de mí. No estaba seguro de cuándo el desprecio se convirtió tan bruscamente en lujuria, pero no podía dejar que se saliera con la suya rechazándome así. —Tú...

De nuevo, me estaba ignorando. Esta vez, no parecía que estuviera esforzándose por ignorarme. Con un jadeo y su atención dirigida delante de nosotros, parecía que estaba totalmente distraída por los sonidos de un hombre golpeando a una mujer en un callejón más adelante.

Fruncí el ceño, mirando también en esa dirección. Pero antes de que pudiera abrir la boca para responderle, ella se había ido.

Sabrina salió corriendo hacia la señal de problemas, gritándole al hombre que dejara a esa mujer en paz.

Se me cayó la mandíbula. —¿Qué demonios...?

Vi cómo Sabrina corría hacia la mujer que pedía ayuda a gritos. La mujer tenía los brazos en alto para defenderse inútilmente del hombre que la golpeaba. Agachándose cada vez más, resistía en vano la violencia de este hombre.

Hasta que apareció Sabrina.

—¡Déjala en paz! —Interceptó los puños del hombre, impidiendo que el atacante alcanzara a la mujer que había arrastrado hasta allí.

Ver la mano de ese hombre tocando el brazo de Sabrina fue todo lo que necesité para perder el control. Estallé. Mi sorpresa por la carrera de Sabrina hacia allí se interrumpió. La ira encendió una mecha de acción dentro de mí, y corrí hacia la escena.

Me condenaría si algún otro imbécil usaba mi pintura de ella para masturbarse.

Y me condenaría si algún otro hombre se atrevía a golpearla.

Sabrina no era mía. Nunca sería mía. Pero no había un interruptor de *apagado* para este ataque de posesividad que sentía hacia ella.

—¡Quítate de encima de ella! —Me lancé para apartarlo de Sabrina y de la desconocida a la que intentaba ayudar—. ¿Qué te

pasa? —rugí, pero pareció que ella no pensó que mi pregunta fuera para ella.

Tenía que estar loca, lanzándose a una escena violenta de esa manera. No podía pensar seriamente que sería capaz de detener a este imbécil enorme. Sorprendido de que se pusiera en peligro —sin siquiera pensarlo bien— resistí el impulso de apartarla y exigirle una respuesta por haber corrido hacia una pelea como esa.

—Lárgate —gruñó el hombre, tratando de alcanzar a la mujer de nuevo.

No me largaría. Nadie se saldría con la suya diciéndome que dejara a Sabrina. No había contado con estar en una pelea esta noche, no por una desconocida con la que nos habíamos topado tan repentinamente en el callejón, pero aquí estaba. Y desaté toda mi furia contenida sobre este estúpido cabrón. Lloviendo golpes y patadas sobre él, contraataqué tan rápido que nunca podría escapar sin que le diera una paliza.

Varios minutos después, con los nudillos doloridos y el pecho agitado tratando de recuperar el aliento, escupí una bocanada de sangre por un golpe afortunado que me dio en la cara. El hombre yacía en el suelo, quejándose de dolor y agarrándose el costado.

En algún momento durante la pelea, la mujer asustada huyó. Mientras giraba lentamente para fulminar con la mirada a Sabrina, que había permanecido detrás de mí, el hombre se levantó del pavimento y también escapó.

No me importaba. Había ayudado. Esa mujer había escapado. Ese imbécil no se sentiría bien por mucho tiempo.

Pero a Sabrina no le iría tan bien. Esta terca buena chica detrás de mí no se libraría tan fácilmente.

Ella me miró con el ceño fruncido, observándome como si fuera un animal salvaje suelto. Me sentía como uno, rabioso y enfurecido. —¿Qué carajo te pasa?

—¿Qué me pasa a *mí*? —Me miró boquiabierta, con indignación clara en su rostro.

—¿Qué demonios te pasa para correr hacia el peligro de esa manera? —Agité la mano hacia donde la mujer se había encogido ante el hombre que había golpeado.

—¿Qué te pasa a ti —me empujó el pecho, haciéndome retroceder un paso porque me sorprendió— que no lo harías?

—¿Qué? —Entrecerré los ojos, confundido—. ¿Me estás juzgando, poniéndome a prueba por qué no interferiría en los asuntos de otros?

Ella retrocedió, frunciendo más el ceño. —Una cosa es acosarme, Nick. Una cosa es tratar de difamarme y dañar mi reputación. Pero eso no es ni de lejos tan decepcionante como que tengas demasiado miedo para ayudar a una mujer indefensa.

—¿*Miedo*? —Apreté los labios en una línea firme, respirando fuerte por la nariz. No iba a quedarme ahí escuchando cómo la había decepcionado. ¡Ni siquiera quería importarme haberla decepcionado!

—¿Por qué finges ser un cobarde? —preguntó, alejándose de mí con desprecio en su rostro—. Adelante, sé el tipo grande y duro que quiere hacer de mi vida un infierno. Pero no tienes excusa para no ayudar a alguien que está en un peligro real e inminente.

¿Cobarde?

¿Acaba de llamarme cobarde*?*

Si alguna vez hubo una palabra que me provocara una rabia al rojo vivo, esa era. Mi padre me lanzaba esa palabra cuando la salud mental de mi madre me intimidaba. Me dijo que no fuera un cobarde cuando murió. Incluso George parecía pensar que era un cobarde, por no ser maduro y buscar un futuro o una carrera real.

Harto del ceño fruncido enojado de Sabrina y sus palabras precisamente malvadas, me di la vuelta y me alejé.

Cómo se atreve...

Sacudí la cabeza, rechinando los dientes tan fuerte que mi mandíbula estaría más adolorida después de ese único golpe que recibí.

Sabrina no tenía derecho a decir nada de lo que me había gritado, y odiaba que pudiera verme tan clara como para pronunciar

esas palabras.

¿Un cobarde?

Después de haber derribado a ese hombre yo solo para que la mujer pudiera escapar al final.

Quizás había dudado por un momento porque estaba tan sorprendido de que Sabrina corriera a salvarla sin ninguna consideración por su propio bienestar.

Pero no habría ignorado la situación.

Podría haberme quedado para decírselo. Debería haberla corregido.

Sin embargo, la mera posibilidad de que pudiera ser un cobarde me enfurecía.

A pesar de cómo me ignoraba tan obstinadamente, Sabrina era lo suficientemente perspicaz como para ver a través de mí.

Y ya no estaba seguro de que me gustara lo que veía en mí mismo tampoco.

SABRINA

Dos días después de preguntarle a Nick si era un cobarde, aparté todos los pensamientos persistentes sobre él. Era más fácil decirlo que hacerlo. A pesar de lo ocupada que debía estar, estudiando y concentrándome en las tareas escolares, él se colaba en mi mente con demasiada frecuencia. Más a menudo de lo que me gustaba.

No podía olvidar lo despiadadamente fuerte que era, golpeando a ese tipo que atacó a aquella mujer. No podía dejar de recordar su enfado cuando le pregunté si era un cobarde. Y no podía quitarme de encima la confusión que brilló en sus ojos oscuros cuando exigió saber qué me pasaba para querer ayudar a una desconocida en apuros.

La culpa me empujaba a preocuparme demasiado por él. Por eso aquella noche, después de caminar a casa, pagué para que le enviaran una compresa de hielo reutilizable a su estudio de arte. No sabía cómo localizarlo de otra manera, pero era lo mínimo que podía hacer. Él *había* ayudado a esa mujer, aunque se hubiera demorado en actuar. Y había recibido un fuerte golpe en la cara, partiéndole el labio.

No me correspondía preocuparme por él. No era mi problema ni mi preocupación.

Pero cuando Elise me dijo que los videos y fotos originales de "mi" pintura habían sido eliminados, intenté considerar que quizás no era tan malo. Tenía defectos. No estaba cambiando de opinión

sobre él para ignorar lo matón y cretino que era. Pero tal vez era uno de esos tipos malos que tenían una pizca de decencia enterrada en lo más profundo.

Lo dudo. Sacudí la cabeza, molesta por estar pensando en él *otra vez*. Mientras revisaba mi apariencia antes de salir de mi espacio de estudio sobre el garaje, ignoré mis pensamientos divagantes. Hoy importaba demasiado como para distraerme. Mi atuendo era el habitual —ropa formal de oficina— pero me había esmerado un poco más para causar verdadera impresión. En un par de horas, estaría en la ciudad como una de los ocho solicitantes de la pasantía. Nos uniríamos a esta visita para ver cómo Lorsen & Spengler representaba a sus clientes en acción. No sería todos los días que me emocionaría ir a una cárcel, pero este era un gran paso en mi consideración para la pasantía.

Llena de energía, saludé a mis padres en la cocina antes de partir. —¿Estás *segura* de que puedo usar el coche? —le pregunté a mi madre nuevamente.

—Bah. Deja de preguntar. —Sonrió—. Benita me recogerá para ir al trabajo, pero le dije a Joann que tendría mi coche para ayudar con la carga para el servicio de catering de esta tarde.

Asentí, tan agradecida por poder usar el coche para llegar a la cárcel hoy. Papá ya se había ido al trabajo, viajando con un compañero. Mamá organizaba sus planes alrededor de los míos. Nunca los daría por sentado. Compromisos como este eran la forma en que funcionábamos como familia.

—¿Aún podrás ayudar esta vez? —preguntó con una mueca.

—Sí. Este viaje a la cárcel y la reunión con el cliente solo deberían tomar un par de horas. Luego el viaje de regreso. Después te ayudaré con el servicio de catering. Y luego estaré libre para llegar a la mansión de Lorsen para la cena que programaron para los solicitantes. —Eso, por encima de todo lo demás, era lo que me intimidaba. ¿Arreglarme y mantenerme serena y tranquila para una cena seguida de una discusión en la mansión del profesor Lorsen? Sí, eso estaba *muy* fuera de mi zona de confort.

—Parece que va a ser un día ocupado, Sabrina —dijo con una sonrisa—. Espero que sepas que estoy orgullosa de ti, haciendo malabarismos con todo esto.

Le sonreí. —Gracias, mamá. —Con sus dulces palabras, me propuse también sentirme orgullosa de mí misma.

El tráfico no estaba tan mal en el camino hacia el norte, y me alegré mucho de haber encontrado el estacionamiento correcto cerca de la cárcel y el edificio municipal con tiempo de sobra. Los otros siete solicitantes para el puesto de pasante aparecieron poco después, y las dos horas que siguieron fueron un torbellino de actividad.

Aprender sobre la ley en el aula era una cosa. Pero estar en acción, presenciando cómo trabajaban los abogados en la vida real, eso era otra cosa.

Siendo un grupo tan grande como éramos, fue complicado hacernos caber a todos en la sala para la reunión con el CEO acusado de malversación. Aun así, todos nos adaptamos al entorno.

Aunque las discusiones reales entre el profesor Lorsen, el señor Spengler y el cliente eran interesantes, no pude evitar juzgar las circunstancias. El cliente era claramente culpable, hablando con su equipo legal como si fuera implícito que, de hecho, había cometido el delito. Sin embargo, no había vergüenza ni arrepentimiento, como si contara con desembolsar toneladas de dinero para que Lorsen & Spengler pudieran hacer su magia y sacarlo del problema, aunque estuviera equivocado.

Hacia el final de la visita, me costó no recordar lo que Elise me había dicho. Que yo quería practicar la ley para ayudar a personas que necesitaban ayuda, no para facilitar a los criminales que siguieran estafando a otros.

Si soy la pasante este verano, esto es con lo que estaré lidiando. Sonreír y callar mi conciencia es lo que tendré que hacer regularmente.

Tan pronto como aparecieron esos pensamientos, me recordé otro.

Solo sería un trampolín, Sabrina. Nada más que eso.

No me venderé por menos de lo que valgo.

Me mantendría fiel a mi integridad, sin importar qué.

Todos salimos al final de la reunión, pero mientras caminábamos por el pasillo, me aseguré de despedirme de los guardias, el personal de seguridad e incluso del portero. Debido a los breves períodos de espera para acceder a las salas y para que trajeran al cliente, tuve oportunidades de entablar pequeñas conversaciones con los empleados.

—No tienes que esforzarte tanto para convencer a la gente de que le agrades —murmuró Tiffany mientras salíamos del pasillo principal para llegar al vestíbulo. Chocó su hombro contra el mío, resoplando como si yo fuera patética por ser tan amable. No me pasó desapercibido lo distante que había sido con todos, como si fuera superior a los demás.

Abrí y cerré la boca, renunciando a responder. Solo querría discutir conmigo o tratar de hundirme. *Ignórala. Por un oído y por el otro.*

El profesor Lorsen nos reunió en grupo antes de salir. Resumió su opinión sobre cómo había ido la reunión, pero hablaríamos de ello más tarde. —Los veré a todos esta noche donde podremos revisar los eventos de hoy.

La sola mención de ir a la mansión Lorsen me llenó de nervios nuevamente. Aun así, estaba emocionada. Esta visita a la cárcel era diferente de estar sentada en un aula, leyendo o entregando tareas, y el aspecto de la vida real me entusiasmaba más para graduarme y salir al mundo.

Para marcar la diferencia.

Bueno, no estaría marcando la diferencia con Lorsen & Spengler.

Pero la pasantía podría abrirme puertas para poder trabajar en otro lugar donde pudiera tener un impacto.

Uno a uno, salimos de la cárcel y nos dirigimos hacia nuestros vehículos. Al revisar mi reloj, vi que tenía justo el tiempo suficiente para volver a casa y ayudar a mamá con su servicio de catering para

el que ya estaban con poco personal. La reunión con el cliente había tardado más de lo que había anticipado, pero así era la vida. Nada funcionaba como un reloj. Nos habíamos retrasado por el personal de la cárcel, y eso no era algo que pudiera controlar.

La mayoría de los otros estudiantes se fueron, pero noté que Tiffany se acercaba a un coche diferente al que había llegado su padre. El profesor Lorsen se fue con el señor Spengler, y evité hacer cualquier contacto con esa chica insípida mientras llegaba a mi coche. Destacaba como un pulgar dolorido comparado con su Mercedes Benz, pero eso no importaba. Funcionaba. Me llevaría del punto A al punto B, y eso era más que suficiente para mí.

Excepto que, cuando entré al coche y giré la llave, agitando la mano ante el aire caliente que sería absorbido por las ventanas una vez que empezara a moverme, no pasó nada.

—Vamos. —Este coche era viejo, pero bien mantenido. O eso creía.

Lo intenté una y otra vez, confundida y alarmada cuando el coche no arrancaba.

Nada.

Cero.

No encendía sin importar cuántas veces intentara con la llave.

—Tienes que estar bromeando. —No podía retrasarme ahora. Mamá me estaba esperando. Cuanto antes llegara a casa para ayudarla, antes podría prepararme para la importante cena y reunión en la mansión Lorsen.

A pesar de mis intentos, el coche simplemente no arrancaba.

Suspiré profundamente, odiando lo mucho que ya estaba empezando a sudar en el coche que había estado horneándose bajo el sol durante un par de horas.

Salí y fui a la parte delantera del coche. Frunciendo el ceño, noté que el cierre del capó seguía defectuoso. Papá había intentado arreglarlo, pero a veces el cierre seguía sin engancharse completamente.

—Oh, ¿qué pasa? —preguntó Tiffany dulcemente mientras se acercaba en coche hacia donde yo estaba parada.

Una vez más, abrí y cerré la boca. Podría haber sido grosero no responder, pero Tiffany no merecía modales educados. No con esa falsa dulzura en su tono.

Era demasiado sospechoso que esperara para irse hasta que me vio parada frente a mi coche.

—¿Tú hiciste esto?

Se quedó boquiabierta, fingiendo sorpresa. —¿*Yo*? —Se burló—. ¿Me estás acusando de manipular tu coche viejo y destartalado?

La miré fijamente antes de levantar el capó. —Sí.

Soltó una risita. —Qué grosera. No te favorece nada acusar a alguien como yo de meterse con tu chatarra. —Luego, con una sonrisa siniestra, se encogió de hombros—. Y seguro que tampoco te favorecerá cuando faltes a la cena de esta noche.

Riendo más fuerte, sacudió la cabeza y siguió conduciendo.

La ira ardía más fuerte, corriendo por mis venas. Ella hizo esto. Totalmente había arreglado que manipularan mi coche, y ahora, siendo la última en irse, se estaba asegurando de que yo quedara varada aquí.

Quería que me retrasara y sufriera, que me relajara para que ella pudiera adelantarse. Todo por ese estúpido puesto de pasantía.

No es estúpido. Me estremecí mientras revisaba el motor. *Es un valioso trampolín. Es el primer paso hacia algo más después de la universidad.*

Sin embargo, mientras miraba el motor e intentaba lo mejor posible solucionar lo que estaba mal, tuve que preguntarme si conseguir ese único puesto valía la pena. Si pasar por las humillaciones del acoso de Tiffany valía la pena.

Revisando entre videos de reparación DIY en mi teléfono y lo que podía encontrar bajo el capó, di mi mejor esfuerzo para resolver esto. Si Tiffany había manipulado el coche de manera demasiado intensa, eso significaría más facturas por pagar. Las reparaciones del coche no estaban en el presupuesto, no cuando todavía estábamos

tratando de reparar nuestra casa después del último huracán. Ni siquiera podía justificar llamar para remolcarlo a un taller.

Detecté las bobinas que habían sido extraídas, así que me quité la chaqueta y me puse a repararlas. Aun así, el coche no arrancaba.

Oh, por el amor de Dios...

Perdiendo la noción del tiempo, me concentré en buscar la razón por la que el coche no arrancaba. No era mecánica, pero tenía que enseñarme a mí misma, y rápido.

Tenía que salir de aquí. Tenía que llegar a casa para ayudar a mamá tanto como pudiera. Y definitivamente necesitaba salir de la ciudad para poder llegar a la cena de esta noche.

Pero sin saber lo que estaba haciendo, perdí tiempo crítico investigando la razón por la que mi coche no arrancaba.

Necesito llamar a alguien. Apoyando las manos en el marco del coche, agaché la cabeza y odié quedar retrasada —y varada— así. Detestaba que Tiffany pudiera odiarme tanto como para arruinar mis posibilidades de éxito.

Justo cuando deseaba poder rendirme, me llegó el sonido de unos hombres que pasaban. Estaban riendo y hablando, todos ellos altos, grandes y de aspecto rudo.

No importó que evitara hacer contacto visual. Me vieron, acercándose al instante.

—¿Qué pasa, dulzura? —preguntó uno.

Otro silbó, frotándose la mandíbula mientras me miraba como si fuera a devorarme y escupirme después.

—¿Necesitas una mano? —preguntó alguien más con un tono demasiado lascivo.

—No, gracias, caballeros —respondí, decidida a no mostrarles que me estaban intimidando. Era una joven soltera varada y sola. Nada de esta situación me hacía sentir segura, pero esperaba que responder directamente, y educadamente, los disuadiera.

No fue así.

—¿Estás sola aquí? —preguntó uno.

Mierda.

—Parece que necesitas ayuda —dijo el otro, frotándose las manos mientras contaba con una recompensa inapropiada por ofrecerme asistencia.

—No, gracias —dije de nuevo, poniéndome cada vez más nerviosa mientras me rodeaban. Estaba enjaulada, y con la batería de mi teléfono muriendo en cualquier segundo, estaría jodida. Mi corazón latía acelerado. Mis manos se humedecían. Nunca quise juzgar a nadie solo por su apariencia. Siempre traté de tener la mente abierta. Pero estos brutos eran enormes, y un hombre solo miraba a una mujer así cuando quería cazar a los débiles.

Por favor, por favor no me lastimen...

Tragué con dificultad cuando el rugido de una motocicleta sonó por el callejón que llevaba a esta esquina del estacionamiento. Distraída por el ruido, volví la cabeza para ver a Nick deteniendo su moto en el callejón.

Estúpidamente, mi corazón latió aún más rápido. Mareada de esperanza, deseaba tanto relajarme y saber que él me ayudaría.

No tenía idea de por qué estaba aquí. Aparte de su hábito de acecharme, nada lo traería aquí.

Todo lo que registré fue que no estaba sola. Ya no. No con mi acosador, mi enemigo, aquí.

No se quitó las gafas de sol, mirándome tan inexpresivamente.

A medida que un segundo pasaba al siguiente y no se movía, perdí la fe en que me ayudaría.

Por supuesto que no lo haría.

Él quería que yo fuera miserable, no que estuviera a salvo. Había intervenido para ayudar a esa desconocida indefensa cerca del campus, pero cuando se trataba de *mi* seguridad, no le interesaba.

Antes de que pudiera llamarlo, aceleró el motor y se marchó a toda velocidad.

Me vio rodeada por estos pandilleros.

Fue testigo de mi problema.

Y se fue.

Realmente estaba varada, y me odiaba a mí misma por desear que Nick pudiera preocuparse por mí.

NICK

¿Q*ué demonios?*

Esos hombres no deberían estar allí.

Se suponía que Sabrina estaría varada con su coche sin arrancar, pero nada más.

La aparición de esos matones no formaba parte del plan. Tiffany me puso en un aprieto esta mañana y exigió que averiara el coche de Sabrina aquí fuera. Pero eso debería haber sido todo. Los tres pandilleros rodeándola y haciéndola parecer tan asustada no formaban parte del plan en absoluto.

¡Mierda!

La simple idea de esos hombres manoseándola y molestándola me enfurecía. Sabrina era mía para molestarla e incomodarla. Ella era mi objetivo. Era el objeto de *mi* atención.

De nadie más.

Se habría sentido como ajustar cuentas darle la oportunidad de experimentar terror real con esos hombres invadiendo su espacio personal. Sin embargo, mientras conducía por el perímetro del estacionamiento para encontrar la entrada, supe que no podía dejarla. Dejarla varada aquí era el objetivo. Mi hermanastra me incitó a hacerlo, todo para que Sabrina se perdiera la cena en la casa esta noche.

Pero no así. No me importaba si me hacía enojar. No me importaba si ella era el objetivo y que yo debía arruinarla.

No de esta manera.

La idea de que realmente resultara herida no iba a suceder, no bajo mi vigilancia.

Acelerando más, rodeé el estacionamiento hasta que encontré las puertas para entrar. Pasé zumbando por las puertas antes de que las barreras se levantaran por completo, y no me preocupé por estacionarme ordenadamente. Deteniéndome en el espacio junto a su coche, apagué el motor y me bajé.

Capté su atención. Desde el segundo en que caminé hacia ellos, con el asesinato reflejado en mi rostro, debieron saber que habían invadido la propiedad de otro hombre. Sabrina no podía ser mía cuando mi misión era arruinarla. Pero esta posesividad hacia ella ya no era tan simple.

Avancé hacia ellos, dejándoles ver la furia total en mi rostro.

—Nick —dijo Sabrina. Lo pronunció con sorpresa, gratitud y confusión en su tono. El hecho de que me reconociera por mi nombre hizo el truco. Los tres matones captaron la indirecta de que alguien a quien ella conocía estaba con ella. Ya no estaba sola, ya no era vulnerable para que ellos actuaran de manera tan depredadora.

—¿Hay algún problema aquí, Sabrina? —pregunté. Manteniendo mi voz nivelada pero letal, les di a esos cabrones otra pista para que se alejaran.

—No, ningún problema —dijo el matón más delgado.

Por lo que ellos podían deducir, yo estaba armado. No lo estaba, pero sabía lo amenazante que podía parecer. El pelo largo, los tatuajes, la ira hacia el mundo que no podía ocultar. Serían tontos si pensaran que podrían ganar solo porque me superaban en número. Cuanto más me acercaba, más me daba cuenta de que eran muy jóvenes. Incluso adolescentes. Eran más grandes que Sabrina, y eso servía para asustarla, pero no se atreverían a meterse conmigo.

—Vamos. —Uno de los tipos empujó a su compañero, el estúpido que se había atrevido a agarrar la muñeca de Sabrina. La soltó, y como uno solo, el grupo retrocedió, sin quitarme los ojos de encima

hasta que estuvieron lo suficientemente lejos para darse la vuelta y correr.

No me moví, mirando en la dirección en que escaparon. Si pensaban volver, si tenían otra idea para molestarla, lo lamentarían. Me aseguraría de ello.

Durante un largo momento, nos quedamos allí, yo y Sabrina, solo nosotros dos bajo el sol caliente y húmedo que nos abrasaba en este extremo mayormente vacío del estacionamiento.

Estar cerca de ella otra vez se sentía como el equilibrio que no tenía derecho a desear. Ella me calmaba al mismo tiempo que me excitaba. Su presencia era una fuerza complicada que ya no sabía cómo manejar.

Su silencio me carcomía.

La falta de contacto visual me intrigaba.

Era demasiado dulce, demasiado buena para no agradecerme por ayudarla.

Un *gracias* era debido de sus labios tercos, pero mientras esperaba y esperaba por ello, luché contra el impulso de estremecerme. Era por mi culpa que ella estuviera varada en primer lugar. Sin embargo, también quería que me agradeciera por hacer que esos tipos la dejaran en paz.

—¿Y bien? —pregunté, caminando los pocos pasos más cerca hasta que los suaves indicios de su aroma a jazmín llegaron a mi nariz. Apoyando mi trasero en el borde del coche, me recliné y crucé los tobillos.

Ahora que estaba frente a ella, tenía que mirarme. —¿Y bien qué? —preguntó, escéptica y aún nerviosa.

—Puedes decirme *gracias* en cualquier momento. —Sonreí un poco ante su ceño fruncido.

—Claro. Gracias. —Su actitud fría me molestaba.

—¿Eso es todo? —Me puse de pie, inclinando la cabeza hacia un lado.

Se encogió de hombros, escudriñando el estacionamiento como si temiera que algo más la amenazara después. Como si yo fuera una

amenaza demasiado grande para manejar de cerca.

—¿Ahuyento a esos tipos y todo lo que obtengo es un pequeño *gracias* como ese? —Entré en su espacio, y ella frunció el ceño más profundamente.

—Lo siento. Muchas gracias, Nick. Solo parece extraño agradecerte por querer ayudar porque la única razón por la que estás aquí es que me estás acosando. —Se lamió el labio, su mirada aún recorriendo los alrededores como si no estuviera segura de estar cerca de mí.

Me acerqué más, provocando que retrocediera en esta esperanza fútil de mantener un espacio entre nosotros. Ella giró, retrocediendo hacia el costado del coche mientras yo avanzaba.

—Eso está mejor. —Miré fijamente sus labios después de que se lamió el inferior otra vez.

—Eso es todo —corrigió—. No estoy de humor para alabarte como si fueras una especie de héroe.

—¿Por qué no?

Su espalda golpeó el coche, y me miró ceñuda, drogándome con la curiosidad en sus ojos marrón claro. —Porque no confío en ti.

Sonreí, encantado de que lo admitiera, sin miedo a decir las cosas como son.

—Y como te he dicho dos veces antes, no tengo tiempo para alguien como tú en mi vida. No tengo tiempo para nada más que intentar que mi coche funcione de nuevo.

—Hmm. —Me acerqué a ella otra vez, poniendo mi mano en el coche y encerrándola ligeramente—. ¿Averiado?

Asintió, jadeando cuando metí mi pierna entre las suyas e incliné mi cuerpo hacia ella.

—Podría ayudar.

Inclinándome más cerca, disfruté del calor de su suave cuerpo. Casi abrazándola, bajé la cabeza hasta que pude inhalar una respiración más profunda de ella.

—Podría ayudarte... por un precio —le susurré al oído.

La idea de que se sometiera a mí me tentaba. La posibilidad de que se quebrara y me dejara entrar para verla, no este caparazón frío que mostraba al mundo, me hacía arder con un deseo implacable.

Ella se estremeció muy ligeramente mientras me inclinaba sobre ella. Hacía más calor que el infierno. No podía tener frío, pero mi proximidad la hacía temblar, joder.

Contuve un gruñido y me presioné contra ella un poco más, acariciando su mejilla mientras movía mi mano hacia su cintura. —¿Qué dices, Sabrina? —susurré mientras agarraba su cadera.

Ella contuvo el aliento, y supe que la tenía. Ese pequeño jadeo era toda la prueba que necesitaba de que no era inmune a mí. No así.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté mientras besaba la piel debajo de su oreja.

Más escalofríos la estremecieron mientras respiraba más rápido.

Apreté mi mano, clavando mis dedos en su cadera al mismo tiempo que presionaba mi creciente erección contra su estómago. No podía pasarlo por alto. Sabía exactamente lo que estaba pasando aquí.

Simplemente no sabía si aceptaría el hecho de que estaba insinuándome con ella.

—¿Eh? —insistí, besando su piel suave como el satén otra vez. Más abajo por su mandíbula, presioné mis labios sobre ella.

—No. —Lo susurró en una larga exhalación, débil y reticente.

—¿No? —bromeé mientras bajaba mi mano para frotar sobre su sexo. Besando su cuello, mantuve una presión constante sobre sus bragas húmedas. Ya estaba empapada por mí.

Chica terca. Cerré los ojos, cediendo al placer total de finalmente tocarla. De besarla. De no pensar pensamientos posesivos sobre ella sino ceder a esta lujuria que había surgido de acecharla y mantenerla en mente.

Algo estaba cambiando entre nosotros. El desprecio mutuo permanecía. Ella no quería rendirse. Su cuerpo aún estaba rígido con

vacilación y nerviosismo a mi alrededor. Sin embargo, temblaba. Suspiraba. Fruncía el ceño, decidida a ser correcta y comportarse, mientras su cuerpo gravitaba hacia el mío.

—¿No quieres que te ayude a arreglar tu coche?

Apenas contuvo un gemido mientras frotaba más fuerte, asegurándome de que sintiera toda la fricción encima de su ropa. Débilmente, negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera por el precio de un beso? —Le di uno, en la parte inferior de su barbilla, incitándola a levantarla y darme acceso. Lo hizo, reticente pero tentada.

—No —repitió sin aliento—. No, gracias por la... la ayuda.

Me presioné contra ella más, adicto a provocarla y escucharla reaccionar en esos pequeños jadeos. —¿Por qué? ¿Porque eres demasiado buena para querer a alguien como yo?

No respondió, derrumbándose contra el coche mientras continuaba toqueteándola, esparciendo su crema debajo de sus bragas al aire libre así.

—Puedo ayudarte... —Mordisqueé su oreja y luego chupé el lóbulo, amando lo expresiva que era incluso mientras me resistía. Mientras resistía lo que quería.

Ofrecerle ayuda con su coche no era lo que Tiffany pretendía. Ella me incitó a sabotear a Sabrina e impedirle llegar a la cena esta noche. Era una ironía enferma y retorcida ofrecerle un giro de ciento ochenta grados para ayudarla a arreglar su coche después de haberlo manipulado. Pero podía visualizar fácilmente muchas otras maneras de mantenerla ocupada y hacerla llegar tarde a cualquier cena o reunión esta noche.

Extendida en mi cama.

De rodillas debajo de mí.

Arqueándose hacia atrás y jadeando aún más fuerte.

Visiones eróticas llenaron mi mente, excitándome aún más.

—Puedo ayudarte —me burlé, sin disminuir el ritmo con los besos o frotándola—, por un precio.

—No.

Decidido a hacerla quebrar, froté mi mejilla contra la suya, buscando sus labios fruncidos. Presionando los míos sobre los suyos, robé el primer débil sabor de lo que había estado soñando durante demasiado tiempo.

Pero ella no cedió. Su boca permaneció firme, sin doblarse. Se mantuvo rígida, tan terca que no me devolvería el beso. A pesar de que respiraba tan rápida y entrecortadamente y estaba goteando de excitación por mi tacto, aún se cerraría a mí.

Sus palabras audaces resonaron en mi mente.

"No te dejaré acercarte donde puedas hacerme daño."

Lo decía en serio. A costa de lo que ella misma quería, *aún así* me rechazaría.

Furioso porque me rechazara y exasperado por lo ferozmente que la deseaba, hasta el punto de que no podía pensar con claridad, me aparté.

Ella exhaló un aliento brusco mientras yo retrocedía. Sin esfuerzo consciente, se inclinó hacia adelante, persiguiéndome mientras me retiraba abruptamente.

A la mierda esto.

A la mierda contigo.

A la mierda esto...

Esta atracción imparable hacia ella.

Lanzándole una última mirada sucia, me di la vuelta y la dejé allí.

SABRINA

Q*ué* demonios *fue eso?*

Después de que Nick se marchó furioso, me apoyé contra el coche durante varios minutos. Necesitaba ese soporte físico. Tener sus labios ardientes sobre mí y su gran mano bajo mi falda me dejó tan aturdida y desequilibrada que apostaba a que me desplomaría si me apartaba del coche. Mis rodillas estaban *realmente* temblorosas.

Apareció y logró que esos hombres me dejaran en paz.

Pero luego él...

Él...

Levanté la mano hacia mi boca, deseando que mis dedos no estuvieran temblando. Ver la evidencia de cuánto me había alterado me confundía y me enfurecía aún más.

Al tocar mis labios con las yemas de los dedos, intenté recuperar el aliento ante el hormigueo persistente que había dejado allí. Cada milímetro de contacto había provocado chispas y descargas, y no me gustaba cómo me hacía desear haber cedido.

No.

Nunca.

Parpadee, intentando salir del trance aturdido en el que me había dejado.

Me había besado.

Me había tocado.

Me había ofrecido ayuda.

Y yo había hecho todo lo posible para resistirme.

—¿Qué *coño* fue todo eso?

Me aparté del coche, enfadada por haberme debilitado tanto por él. Luego, al mirar de nuevo el motor, me irrité porque me había distraído —de manera tan épica— con facilidad.

No debería haberme sorprendido tanto. El hombre me había pintado en una pose provocativa. Claramente había estado pensando en mí, mucho, y no de forma general.

Ha estado... fantaseando conmigo.

Frunciendo el ceño, traté de apartar esa idea para concentrarme en mi problema actual. No era el momento de sentirme abrumada por su obvio deseo hacia mí. Tenía que poner en marcha este coche y llegar a casa. Cuanto antes.

Pero mientras buscaba en mi teléfono tutoriales sobre cómo revisar mi coche, rezando para que los últimos restos de batería duraran, no podía dejar de pensar en él.

Cómo me había dejado sin aliento y deseando más.

Cómo me había provocado para que lo deseara con una necesidad a la que nunca me había permitido dar rienda suelta.

El calor de su mano sobre mí. La suavidad de sus labios sobre mi piel.

Los recuerdos provocaron una nueva oleada de escalofríos, y fruncí el ceño ante la idea de que no podía evitar que jugara conmigo de esta manera.

Mientras buscaba respuestas sobre cómo hacer funcionar mi coche nuevamente, luché contra los recuerdos de lo que había hecho y dicho. Batallé con la confusión sobre sus motivos. E intenté lo mejor posible concentrarme en la tarea entre manos y evitar cualquier análisis sobre él —o sobre lo desesperadamente que lo había deseado.

Algo tenía que estar severamente mal y retorcido en mí para admitir que deseaba a mi acosador. Admitir que quería a Nick sería como renunciar a mi sentido de amor propio y decencia. Solo estaría

renunciando a mis estándares y a mi concepto de autoestima al sentir lujuria por ese hombre.

Pero lo hacía, y así fue como me hundí bajo la vergüenza opresiva durante el resto del día y hasta la tarde.

Con la ayuda de mi teléfono, busqué cómo encontrar las piezas que necesitaban ser reparadas o reconectadas. Las bobinas. Las bujías, el cable de arranque. Las conexiones de los terminales de la batería. No había planeado darme un curso intensivo sobre los componentes que hacían que un coche *funcionara*, pero me negaba a rendirme.

Mi teléfono se apagó mucho antes de que pasara al asunto del neumático pinchado. Eso era evidente. Además, había ayudado a papá a cambiar un neumático hace un par de años cuando sufría de una horrible tendinitis en la muñeca. Aun así, no estaba vestida para esta prueba, y quitar el neumático fue mucho más difícil de lo que recordaba. Sacar la rueda de repuesto del maletero también me llevó una eternidad.

Al final, estaba condenadamente orgullosa de haber conseguido que el coche funcionara de nuevo. Odiaba que mis padres tuvieran que reparar el neumático, ya que quien había manipulado el coche le había clavado un cuchillo, pero sonreí cuando por fin me puse detrás del volante. Por fin podía hacer las dos horas de viaje a casa.

Solté un suspiro, muy feliz de haber tenido éxito —y sin tener que ceder ante Nick.

Aceleré lo mejor que pude con el límite de velocidad de la rueda de repuesto en la autopista, y mientras me apresuraba de regreso a casa, traté de apartar mi mente de Nick y este persistente deseo que no podía apagar. No importaba cuánto palpitara mi sexo y los jugos de mi excitación se pegaran a mis bragas, no permitiría que él dominara mis pensamientos.

En cambio, entré en pánico cuando miré la hora y me preocupé por si me perdería la cena y la reunión en la mansión Lorsen. Cuanto más me concentraba en ese objetivo, más volvía a las dudas y

recelos que surgían al estar en el equipo de Lorsen & Spengler como becaria.

¿Vale la pena?

Sin duda, Tiffany estaba detrás del sabotaje de mi coche aquí en la ciudad. Tampoco se rendiría. Hasta que se otorgara el puesto de becaria a una de nosotras, continuaría atacándome y compitiendo con cada truco sucio que se le ocurriera. Yo lo sabía. Era un hecho, no una conjetura. No se detendría con esto.

Entonces, ¿vale la pena?

Nunca fui el tipo de persona que rehúye los desafíos. Mi determinación para hacer funcionar mi coche era prueba de mi impulso. Pero tampoco era la clase de individuo que se ofrecía voluntariamente para el abuso y el acoso. Mi lema de ignorar y poner la otra mejilla ya no estaba funcionando.

Aparte de mi escepticismo sobre lidiar con Tiffany más allá de esto, tenía que admitir, de nuevo, que Elise tenía razón. Tenía un asiento en primera fila para ver cómo funcionaba Lorsen & Spengler. Ellos y sus clientes solo querían dinero, sin importar los riesgos y la falta de ética. Yo quería ejercer la abogacía para ayudar a las personas, para mejorar el mundo en el que vivíamos.

Quizás ser becaria de Lorsen & Spengler me daría una asociación que no *quiero.*

Tenía mucho en qué pensar, pero mientras corría hacia casa, recorriendo todos los kilómetros, sabía que tendría que esperar. Una reflexión más profunda sobre mis objetivos con esta pasantía me estaría esperando.

Ahora, sin embargo, mientras me apresuraba a casa, me concentré en llegar a la cena antes de que terminara por completo.

Mi teléfono se cargó mientras conducía, y respondí a los mensajes de mamá. Estaba preocupada cuando no contesté. Papá también. Les respondí a ambos que estaba bien, que el coche me había dado algunos problemas y que ahora me dirigía a casa de los Lorsen.

Sintiéndome culpable por no poder ayudar a mamá como había planeado, hice una mueca y me preocupé de estarle fallando mientras yo tropezaba con mi educación y la consideración de la pasantía.

Para cuando llegué a la ciudad, la hora programada para la cena y la reunión casi había terminado.

No había nada que pudiera hacer respecto a mi llegada extremadamente tardía. Ni tampoco había nada que pudiera hacer respecto a lo horriblemente sucia y desaliñada que me veía.

El sudor había dejado marcas en mi frente, y las toallitas húmedas que tenía en mi bolso apenas ayudaron. Mi cabello era un desastre, enredado y fuera de la coleta baja con la que había comenzado el día. Roturas, manchas y borrones se mostraban en mi blusa y mi falda. La sangre también se había coagulado en mis dedos, nudillos y antebrazos por el trabajo manual en el coche.

Cuando llegué y entré en el elegante y grandioso comedor de la finca Lorsen, juré que todos jadearon al unísono.

—¿Sabrina? —El profesor Lorsen me miró con alarma. Los otros profesores también arquearon las cejas. Los otros siete estudiantes que competían por el puesto de becario reaccionaron igual. Algunos se rieron. Otros me miraron boquiabiertos. Tiffany sonrió.

Ignorándolos a todos, aclaré mi garganta y mantuve la barbilla en alto. Estaba haciendo lo mejor que podía, y podían tomarlo o dejarlo. —Disculpen mi tardanza. Tuve algunos problemas en el viaje de regreso.

—Ya... ya lo veo —dijo el profesor Lorsen.

—¿Te caíste por la ventanilla o algo así? —preguntó el profesor Gowen.

—¿Estás bien? —preguntó la profesora Angus, frunciendo su ceño arrugado.

Para nada.

Estaba enfadada porque Tiffany hubiera caído tan bajo.

Estaba molesta por estar cuestionando mi camino hacia mi futuro.

Y todavía estaba inquieta y desconcertada por los besos y caricias de Nick.

Cuando lo vi en el reflejo de un espejo en la parte posterior de la habitación revestida de madera, contuve la respiración y me giré para enfrentarlo.

¿Qué demonios hace él *aquí?*

NICK

Sabrina se volvió para encontrarse con mi mirada después de ver mi reflejo en el espejo. Parecía un desastre, con el pelo revuelto, suciedad y mugre en su piel dorada. Su atuendo de oficina, una falda y una blusa, se veía rasgado y sucio, roto en algunas partes.

Pero estaba aquí.

Lo había logrado. Había descubierto cómo arreglar su coche para llegar después de todo, y por los rasguños en su piel y el desorden en su ropa, lo había hecho ella misma.

Tiene agallas.

La luchadora Sabrina era sexy.

No podía pensar en muchas mujeres que conociera personalmente que aguantaran arreglar un coche por su cuenta. Sabía que esta chica era determinada, pero maldita sea, había subestimado cuánto.

La sorpresa se filtró en su rostro. La inquietud y la confusión siguieron rápidamente después.

El hecho de que me viera aquí en la mansión Lorsen hacía parecer que mi tapadera había sido descubierta. Si supiera que vivía aquí, que estaba asociado con Tiffany, nunca confiaría en mí de nuevo.

Aún no lo había hecho, en realidad. Eso es lo que me había dicho. *No* confiaba en mí. No para ayudarla. No para hacerla acabar.

No podía culparla después de cómo la traté, pero quería que se ablandara hacia mí de nuevo y me dejara casi acercarme.

Antes de que pudiera preguntar por qué estaba aquí, me alejé y aplasté mi espalda contra la pared, fuera de su vista a través del reflejo del espejo.

—¿Sabrina? —preguntó uno de los viejos profesores—. ¿Está herida? ¿Le pasó algo?

Sabrina aclaró su garganta. —No. Estoy bien. Solo un poco cansada por el viaje. Yo, eh, no pude estacionarme cerca. La puerta estaba cerrada así que caminé el resto del camino.

—Lo siento mucho —dijo George—. La puerta se cerraría según lo programado. Asumimos que no se presentaría tan tarde.

—Oh, no. Está bien.

Casi me burlo. ¿Bien? Parecía exhausta y agotada. Apuesto a que ese camino desde la puerta hasta la mansión se sintió largo y difícil.

Una vez que comenzó la cena y la reunión, hace horas, me mantuve alejado del comedor. No quería tener nada que ver con este pequeño grupo de estudiantes de derecho, y no tenía nada invertido en estar presente. Por lo que podía decir, sin embargo, tenían que estar casi terminando. La cena había terminado hace más de dos horas, pero Sabrina rechazó la oferta de George de que le prepararan un plato. Insistió en que le importaba más lo que se había perdido en la reunión.

Me quedé donde estaba, escuchando a escondidas, pero incluso yo podía decir que más o menos se había perdido todo. Aun así, estaba impresionado. Había llegado por su cuenta. Era fuerte y determinada.

Incluso resistiéndose a mí.

Ansiaba otra oportunidad para probar sus labios, deseando que esta vez me respondiera. Extrañaba el calor de su cuerpo curvilíneo bajo mis dedos y mi palma.

Pero al verla aparecer a pesar de los obstáculos y retrasos, tuve que admirarla un poco más por el coraje de llegar. Mantuvo la cabeza alta y no mostró ni un indicio de estar molesta.

Nada podía derribarla. Nadie podía quebrarla. Era genial, sin importar qué, y odiaba cómo eso me hacía querer intentar aún más fuerte conseguirla.

Seguía siendo la chica buena, aparentemente demasiado perfecta, y estaba impaciente por ensuciarla, por desordenarla como una forma de desahogar toda la frustración en la que estaba atrapado por lo miserable que era mi vida.

Cuando pareció que todos se estaban preparando para abandonar el comedor, terminando la discusión de la noche sobre lo que sea que hubieran hecho en la cárcel hoy, me aparté de la pared del pasillo para salir de allí. No estaba preparado para encontrarme con Sabrina ahora. No después de la forma en que me había rechazado tan fríamente a pesar de que claramente se sentía atraída por mí.

Antes de que bajara por el corredor, Tiffany se apresuró hacia mí y me empujó por la espalda hasta que me metió en otra habitación. Cerró la puerta y se volvió hacia mí, su rostro tan furioso como siempre.

—¿Qué demonios, Nick?

Levanté las cejas.

—¿Cómo diablos llegó ella aquí? —Señaló en dirección al comedor.

Me encogí de hombros. —Debe haber arreglado el coche.

—Pensé que lo habías manipulado.

—Lo hice. *Luego le ofrecí ayuda para ponerlo en funcionamiento, pero no necesitas saber eso. Nunca.*

—¿Entonces qué carajo pasó?

—Debe haberlo arreglado y se apresuró para llegar aquí lo más rápido posible.

Gruñó, apretando los puños y bloqueando sus brazos rectos a sus costados. —¡Entonces haz algo! —Levantó ambas manos para empujarme sin moverme en absoluto—. Te dije que la *arruinaras*. No estás haciendo lo suficiente. Ella está aquí. ¡Así que haz algo, maldita sea!

Mi odio por ella solo aumentaba cada vez más a este ritmo. Si no tuviera influencia sobre mí, me habría cansado de su mierda hace mucho tiempo. —Lo haré —dije con cansancio.

Negó con la cabeza, frunciendo el ceño profundamente. —No. Ahora. Aquí.

Joder, no sabía lo que estaba pidiendo. Si me acercaba a Sabrina de nuevo esta noche, no estaba seguro de cómo terminaría. La pregunta más candente y el asunto pendiente más urgente que tenía con ella era el hecho de que no me había devuelto el beso. Que se había aferrado a su moral o ética o lo que fuera que la regía. Diciéndome *no* y luchando una batalla perdida para mantenerme alejado de ella... Bueno, eso solo aseguraba que la deseara más.

—Olvídalo. —Rechinó los dientes—. Yo me encargo. Si su coche está fuera del perímetro de la cerca, cualquier cosa podría 'pasarle'.

¿No has hecho suficiente por un día? ¿No está sufriendo ya?

—Tiff...

—No me llames así.

—¿Qué demonios vas a hacer? —pregunté, esperando que no pensara que estaba empezando a preocuparme por la chica que me había ordenado arruinar.

—Haré que remolquen su coche. Entonces tendrá que caminar a casa en la tormenta que viene. —Sonrió y asintió una vez, como para confirmar sus planes consigo misma.

Maldita sea.

—Tiff...

Ella entrecerró los ojos antes de girar sobre sus talones y salir rápidamente de la habitación.

Me froté la cara con la mano, irritado y preocupado. Sabrina ya había pasado por un infierno para llegar aquí, y ahora tendría que, ¿qué, caminar a casa?

En guerra entre esta molesta necesidad de proteger a Sabrina y también derribarla lo suficiente como para que mi hermanastra quedara satisfecha, caminé de un lado a otro en la habitación y debatí qué hacer. No podía quedarme de brazos cruzados y dejar

que caminara todo el camino a casa, no en su condición y sin comida. Pero no confiaba en poder controlarme alrededor de ella si me acercaba de nuevo.

Las cosas estaban demasiado tensas ahora. El aire se sentía crudo entre nosotros, como si la electricidad que fluía de nosotros fuera a chispear tan caliente que nos incendiaríamos.

En el fondo, esa necesidad posesiva de estar cerca de ella se activó.

No caminaría a casa, no mientras yo estuviera cerca.

Sin embargo, sabía que en el segundo en que la encontrara en la casa, me pondría en apuros y exigiría saber por qué estaba aquí.

A la mierda todo.

Salí apresuradamente de la habitación y la busqué.

George y los otros profesores todavía estaban hablando con algunos estudiantes en el comedor, pero Sabrina no estaba allí.

Me di la vuelta, girando la cabeza para mirar hacia la puerta principal. Y la vi saliendo.

Corriendo tras ella, la perseguí. El camino desde el círculo frente a la casa se extendía largo y lejos hasta la puerta principal que había quedado cerrada, impidiéndole acercarse con el coche. No se escaparía tan rápido. Era más de un par de minutos de caminata, incluso para alguien que no estuviera hambriento y cansado después de un largo día tratando de hacer funcionar un coche.

A veinte metros de los escalones frontales, aceleró el paso. Tenía que haberme oído correr tras ella, sabiendo que sería yo. Así que me apresuré a esprintar y cerrar la distancia entre nosotros. Cómo podía correr con esos tacones estaba más allá de mi comprensión, pero no me importaba. Si quería tratar de escaparse de mí, solo haría que la persiguiera con más fuerza y rapidez.

—No, Nick.

Extendí la mano hacia ella, agarrando su mano mientras movía los brazos para alejarse. No estábamos cerca del lado de la mansión donde se ubicaba el comedor. Si alguien estaba mirando por las

ventanas, teníamos una distancia adecuada entre nosotros y nadie vería a través de los árboles colocados a lo largo del camino.

Ahora que la tenía, se detuvo. Frenando bruscamente, retorció su brazo para liberarlo de mi agarre.

—Espera.

—No, ¡no quiero tener nada que ver contigo!

Tiré de su mano, haciéndola girar para que me enfrentara. Usando demasiada fuerza, prácticamente la arrastré contra mí. Se estrelló contra mi pecho y dejó escapar un fuerte suspiro por el impacto repentino. Pero tan pronto como pudo recuperar el equilibrio, se sacudió para evadirme.

—Sabrina...

—¡No! —Golpeó sus palmas contra mi pecho para alejarme, pero no retrocedí mucho. Manteniéndola dentro de mi abrazo, me aseguré de que se quedara justo aquí conmigo.

—Aléjate de mí. Te dije que no antes. Y lo diré mil veces más. Te advertí que no ganarás. —Parpadeó hacia mí mientras fruncía el ceño. La lluvia comenzó a caer, pero eso no le impidió gritarme—. No ganarás esto conmigo. No te dejaré acercarte lo suficiente para lastimarme.

—No estoy...

Resopló, riendo una vez, y levantó la mano para abofetearme. Lo había hecho una vez, y esa fue la primera y última vez que me golpearía.

Atrapé su mano y la sostuve, sintiendo la fuerza en su empuje.

—No lo digas. Ni siquiera pienses en decir que no me estás lastimando. —Se lamió los labios mientras la lluvia aumentaba más —. Ni siquiera quiero saber por qué me estás atacando y acosando e intentando confundirme y... no. Si estás en esa casa, si eres alguien asociado con Tiffany Lorsen, no quiero *nada* que ver contigo.

Lo sabía. No era lento ni estúpido. Por supuesto, sospecharía que la estaba acosando en nombre de Tiffany. Eso era precisamente lo que estaba haciendo, pero ahora no era el momento de admitirlo. Tenía que pisar con cuidado.

—Son amigos de la familia —expliqué. Técnicamente, eso no era una mentira completa, no es que estuviera siendo demasiado cuidadoso con la honestidad con ella. Mi papá y George eran buenos amigos hace mucho tiempo antes de que se distanciaran un poco a lo largo de los años.

No podía decirle que Tiffany era mi hermanastra. Me apartaría más de lo que ya lo hacía, y no podía vivir sin ella en mi vida. No podía arriesgarme a no poder acercarme tentativamente a ella como ahora.

Sabrina tenía razón, sin embargo. No me dejaría acercarme. Y me enfurecía que quisiera quitar sus capas y que le importara. Esa patética necesidad de tener su atención surgió una vez más.

—No me importa. Déjame sola, Nick. —Negó con la cabeza, casi suplicándome en lugar de exigirlo con descaro—. No vale la pena. Encuentra a alguien más a quien molestar.

Valía la pena. Al menos tenía que parecer que estaba tratando de molestarla y arruinar su reputación para que Tiffany no le dijera a George sobre la infidelidad de mi madre.

El trueno retumbó en lo alto mientras el viento aumentaba. Aun así, nos miramos fijamente, pero no había posibilidad de parecer serios y fuertes cuando teníamos que entrecerrar los ojos solo para ver.

—No vas a caminar a casa en una tormenta como esta.

—¿Caminar a casa? —Arrugó la frente, luego frunció el ceño—. Por el amor de Dios. ¿Mi coche fue remolcado allí afuera?

Asentí, guiándola bajo la sombra del dosel de un árbol. —No vas a caminar todo el camino a casa —repetí.

—¿Dice quién? —replicó.

—Yo. —Sin darle otra oportunidad para discutir, tomé su mano y me apresuré hacia la casa de la piscina. Llevarla dentro de la casa principal estaba fuera de cuestión. No quería compartirla con ninguno de los estudiantes de derecho o los profesores, en caso de que quisieran hablar con ella de nuevo.

La quería solo para mí, y la casa de la piscina simplemente estaba más cerca —y más seca— que quedarse afuera en una fuerte tormenta.

Después de abrir la puerta, la metí conmigo. Ambos estábamos empapados, completamente mojados por la lluvia solo por la corta carrera hasta aquí.

Recuperando el aliento, nos quedamos cerca de la entrada. Cerré la puerta y la bloqueé, en caso de que Tiffany pasara por allí.

En el segundo en que volví mi mirada hacia Sabrina, contuve un gruñido de deseo que subía a través de mí.

Si alguna vez hubiera otro buen momento para hacer una broma sobre concursos de camisetas mojadas con esta mujer... este era.

—No quiero tener nada que ver contigo —me recordó fríamente.

—¿No quieres? —Sonreí mientras la acechaba, impulsado a mostrarle cuánto me había deseado antes. Su cuerpo no mentiría.

Tal como me preocupaba que sucedería si la tuviera sola conmigo, caí en un pozo instantáneo de deseo. Me consumía, provocándome a hacer un movimiento y dejarle sentir la evidencia de cuánto mentía. Estaba adicto a la oportunidad de hacerla humedecerse y gemir esos sonidos sexy.

—No. No quiero tener nada que ver contigo —insistió acaloradamente.

Deslicé mi brazo alrededor de ella y la acerqué. —Entonces demuéstralo.

—Yo...

Aplastando mis labios sobre los suyos, la besé hasta silenciarla.

SABRINA

Me eché hacia atrás, sorprendida de que Nick me hubiera besado otra vez.

Mi protesta se desvaneció cuando estampó sus labios sobre los míos, silenciándome con ese contacto brutal y exigente. No fue gentil ni tierno. No fue una exploración lenta. Inclinando su boca sobre la mía y dando un paso hacia mí para poder rodearme con su brazo, me ordenó prestar atención.

Estaba perdiendo la batalla. Mi resistencia hacia él se estaba debilitando. Cada segundo que pasaba en su presencia, me debilitaba más y más, incapaz de recordar por qué tenía que rechazarlo, por qué tenía que pensarlo dos veces antes de rendirme a este hambre inexplicable por su contacto.

Con sus labios sobre los míos, besándome para callarme, me ordenó atender a esta química chispeante que nunca cesaba entre nosotros. Me obligó a reconocer esta tensión creciente que me hacía doler y sentir desesperación.

No. No puedo.

Se apartó, respirando con dificultad mientras me miraba fijamente. El deseo brillaba en sus ojos oscuros, tan entornados y misteriosos. El agua goteaba de su pelo, cayendo sobre sus labios mientras me fulminaba con la mirada. Trazando su labio con la punta de la lengua, casi sonrió de nuevo. Como si pensara que *podría* conquistarme.

—No. No quiero...

De nuevo, aplastó su boca sobre la mía. Silenciarme con un beso era una grosería, como si lo que tuviera que decir fuera inferior a lo que él quería. Pero cuando rozó sus labios sobre los míos otra vez, caí bajo ese hechizo adormecedor del deseo.

La sangre corría por mis venas, haciendo que mi sexo doliera y fuera tan sensible. Mis pezones se endurecieron bajo mi camisa mojada, torturados por la fricción contra su pecho. Ya estaba sin aliento, con el corazón acelerado y la cabeza mareada.

Cerrando los ojos, casi le devolví el beso.

Se retiró de nuevo, irguiéndose para mirarme mientras me abrazaba fuertemente. Así de pegados, sentía todo de él, cada malvado y duro relieve de su cuerpo musculoso. En lugar de desear que me escuchara y retrocediera, saboree la sensación de seguridad que me invadió.

—No quiero... —jadeé cuando se inclinó de nuevo, interrumpiéndome. En lugar de estampar su boca contra la mía otra vez, fue más lento, bajando gradualmente hacia mí al mismo tiempo que levantaba una mano. Acunó mi rostro, entrelazando sus dedos en mi pelo.

Algo en ese contacto —todavía brusco y firme— fue mi perdición. La caricia de sus dedos callosos sobre mi mejilla y la parte posterior de mi cuello parecía tan delicada que gemí cuando finalmente me besó.

Esta vez, no pude evitarlo. No era lo suficientemente fuerte para mantenerme rígida, obstinada y negarme a reaccionar. No quería privarme de sus besos prohibidos.

No tenía por qué desear a mi acosador.

Era incorrecto ceder a este deseo.

Pero lo hice.

Moviendo mis labios mientras levantaba la cabeza hacia él, le devolví el beso. Nunca había besado a un chico. Nunca me había atrevido a unir mis labios con los de un hombre. Esta era mi primera

vez sintiéndome en espiral de necesidad, pero no me preocupé por si lo estaba haciendo bien, si era torpe o ingenua.

Gruñó ante mi respuesta. Flexionando sus dedos en mi pelo, me atrajo hacia él con más fuerza mientras me besaba más profundamente.

Gemí, agarrando el frente de su camisa mojada. Incapaz de soportar cualquier distancia entre nosotros, le devolví el beso e intenté no ahogarme en esta lujuria que corría por mis venas y encendía cada uno de mis nervios.

Me sostuvo contra él mientras separaba sus labios de los míos, dejando los míos húmedos e hinchados. Una vez más, me miró fijamente, como desafiándome a contradecirlo.

—No quiero... —tragué saliva y fruncí el ceño mientras bajaba la mirada hacia sus labios. No era justo cómo podía usar esta atracción contra mí. Cómo podía llamarme mentirosa. Incluso ahora, era yo quien se inclinaba para besar de nuevo.

Me encontró a medio camino, besándome con tanta fuerza y necesidad que levanté los brazos para ponerlos sobre sus hombros. Y cuando separó sus labios y exigió entrada a mi boca, jadeé y me deleité en el placer travieso de ser tan mala con mi enemigo.

Llevándome más adentro de la habitación, prácticamente me cargó a través del espacio de la sala de estar. No había prestado atención a dónde me estaba guiando para alejarnos de la tormenta. Parecía ser un espacio de entretenimiento semi-exterior, con sofás y sillas. No me importaba dónde estábamos. Solo necesitaba este momento con él.

Me aferré a él, besándolo mientras mi excitación crecía y crecía. Sin preocuparme por dónde me movía, me hizo retroceder hasta que choqué contra una mesa. Sobresaltada por el impacto, miré hacia abajo y vi la luz de anillo para selfies tambaleándose en la superficie.

Me sujetó contra el mueble, y con mi mirada hacia abajo en lo que habíamos golpeado, agarró mi barbilla y me hizo mirarlo de nuevo.

Dios, la lujuria en su rostro. Era yo quien lo hacía parecer salvaje así. Era por mí que se transformaba en esta bestia desesperada.

No.

—No quiero... —No pude terminar.

Se echó hacia atrás para quitarse la camisa mojada, pero antes de que pudiera bajar mis manos para tocar su pecho cincelado, agarró mi blusa y tiró de ella hasta que la delgada y húmeda tela cedió.

—No... —Cerré los ojos cuando bajó su boca hacia mi pecho. Cerrando sus labios alrededor de mi pezón, incluso a través de la capa de mi fino sujetador, me volvió loca por más y más.

Mordisqueando y pellizcando, atormentó los duros capullos de mis pezones. Frotando y acariciando, me provocó bajo mi falda. Había deslizado su mano hacia abajo, y no estaba segura de cómo podría soportar el asalto a mis nervios.

Estaba tensa, ardiendo. En lo más profundo de mí, dolía y anhelaba que me empujara aún más lejos. Quería correrme. Un orgasmo esperaba tan cerca, tan peligrosamente cerca, y me desesperé por el dulce alivio del que solo había oído hablar, solo había leído.

Nunca me había corrido antes.

Nunca había intentado dar la bienvenida a algo así en mi vida de estudio y trabajo sin parar.

Pero ahora...

Tiró de mis bragas, empujándolas hacia abajo, y moví mis piernas para acomodarme a lo que estaba haciendo.

Los pensamientos dejaron de importar. Estaba demasiado perdida en quererlo, en necesitarlo, que solo podía mirarlo con impaciencia y confusión cuando se puso de pie de nuevo.

—¿No quieres esto? —se burló antes de besarme otra vez.

Desnuda bajo mi falda, me estremecí al sentir su mano en la parte inferior de mi muslo. Separó mis piernas y las empujó hacia arriba al mismo tiempo que frotaba su erección contra mí.

Embistiéndome, me dio una malvada anticipación de lo que necesitaba tan desesperadamente.

Entre besos mientras me provocaba, me miraba fijamente como esperando a que finalmente admitiera que él *había* ganado.

—No quiero...

Arrastró su mano hacia mi entrada húmeda y empujó su dedo dentro de mi cuerpo.

—Oh, joder —susurré mientras inclinaba la cabeza, completamente destruida por el deseo.

Metiéndome los dedos y besándome, demostró su punto.

—No quiero que pares —susurré, odiando poder rendirme.

No tenía tiempo para un chico en mi vida. Pero Nick era una necesidad que ya no podía ignorar. Solo el destino sería tan cruel como para hacerme desear a mi acosador de esta manera, pero renuncié a intentar entenderlo.

Él se rio, bajo y áspero, mientras me levantaba. Sosteniéndome, me llevó hacia la pared y me inmovilizó contra ella.

—No hay ni una posibilidad en el infierno de que vaya a parar —prometió mientras me besaba de nuevo. Bajó sus manos para desabrochar sus jeans. Siguieron más movimientos mientras bajaba su ropa. En una neblina de lujuria, solo podía devolverle el beso y aferrarme a él.

Sin embargo, fue el contacto de su polla desnuda lo que me sobresaltó. La frotó sobre mi hendidura, esparciendo la crema que había goteado para él. Sentir la cabeza lisa y ancha en forma de hongo en mi entrada debería haberme asustado, pero estaba tan desesperada porque me hiciera correr que no podía temer esto.

Lo quería.

Lo quería a él.

A pesar de mi buen juicio, necesitaba que me llenara y me diera ese alivio que me provocaba.

—¿Me oyes, Sabrina? —gruñó mientras posicionaba su polla en mi entrada—. No hay forma de detener esto.

En lugar de escucharlo vocalizarlo, sus palabras sonando como una conquista, lo besé y me preparé para la intrusión.

En una embestida larga y dura, me atravesó. Su gran polla se deslizó dentro de mí, estirándome y llenándome como nunca antes lo había estado.

Grité, contra su boca. Escocía. Dolía. Se sentía tan caliente, crudo y tenso. En realidad no podía encajar así. Pero mientras me besaba más profundamente, haciéndome gemir por su sabor, me aclimaté en un instante. Por supuesto, escocería la primera vez, pero bajo su agarre posesivo, lo invité a embestirme de nuevo.

Y otra vez.

Lo hizo, metiendo su miembro completamente dentro de mí una y otra vez. Hacia adelante y hacia atrás, movió sus caderas para poder atravesar mi coño mojado.

Mi orgasmo se acercaba cada vez más. No podía recuperar el aliento. No podía pensar. Todo lo que me quedaba eran las sensaciones de él llenándome y empujándome tan rápidamente al clímax. Con una intensidad cegadora de placer, el dolor de su polla estirándome de repente se transformó en euforia.

Un placer dichoso me sacudió. Y con un orgasmo intenso, el primero, sentí como si estuviera cayendo y elevándome, rota y completa, todo a la vez.

Grité, arqueando la espalda mientras la fuerte sensación de liberación se apoderaba de mí. Tan caliente. Tan feroz. Tan húmedo. Los sonidos de mis jugos y la succión de él hundiendo su polla en mí prolongaron la emoción de ser tan traviesa con él así.

Gruñó, embistiéndome más fuerte y más rápido hasta que me siguió. Corriéndose rápido, gimió y me besó mientras su polla palpitaba dentro de mí.

No habíamos usado condón.

No habíamos usado protección.

Desnudos así, con solo nuestra lujuria envolviéndonos, se corrió profundamente dentro de mí y me inundó con su semen.

La piel de gallina se extendió por su espalda. Se tambaleó contra mí, apoyando su frente contra la mía. Y aún así, me aferré a él.

La enormidad de lo que acababa de suceder me golpearía más tarde.

Había tenido sexo con Nick Grant.

Había cedido, dejando que este chico malo me follara contra la pared.

Afuera, los truenos continuaban retumbando y sacudiendo el suelo. Torrentes de lluvia golpeaban las ventanas.

Mientras estábamos allí, recuperando el aliento y temblando por la oleada de endorfinas tras correrno, todavía parecía que el resto del mundo no podía alcanzarnos.

Que aquí, solo nosotros dos, no éramos enemigos. Él no era mi acosador aquí, sino mi amante. Yo no era el objetivo de sus crueles intenciones, sino su chica imprudentemente dispuesta.

Demasiado pronto, dio un paso atrás y me ayudó a ponerme de pie. No importa cuán lentamente se moviera, no pude evitar estremecerme cuando salió de mí.

—Vuelvo enseguida —dijo, con la voz áspera—. Hay algunas toallas...

Lo observé mientras bajaba la mirada hacia su polla. La sangre brillaba en el eje largo y grueso. Mezclada con nuestro semen, la evidencia de mi virginidad brillaba bajo la tenue luz de la casa de la piscina.

—¿Eras virgen? —preguntó en voz baja, con un tono casi acusatorio mientras levantaba la cara. Fulminándome con la mirada, esperó una respuesta.

—Yo... —tragué saliva, extrañando el calor de su cuerpo. Ahora la vergüenza me golpeó con fuerza, la humillación y el bochorno de haberle dado mi virginidad así—. Lo era —repliqué débilmente. Claramente, ya no podía reclamarla. Él me había follado. Había dejado que mi acosador me embistiera despiadadamente, y odiaba lo bien que se sentía.

Frunció el ceño mientras retrocedía. Sacudiendo la cabeza, no comentó mientras buscaba las toallas en el baño.

Le di mi virginidad.

Nick.

Nick Grant, el chico malo del campus.

Mi acosador.

Sin él aquí tentándome, la realidad se estrelló contra mí.

¿Qué demonios he hecho?

Entrando en pánico porque acababa de cometer el mayor error de mi vida, me bajé la falda y me apresuré hacia la puerta.

La lluvia caía a chorros. Los truenos aún retumbaban.

Y corrí. Directamente hacia la tormenta y por el camino más rápido para salir de la propiedad de Lorsen, corrí tan rápido como mis temblorosas piernas me lo permitieron.

Corriendo hacia el brutal clima, escapé como si mi vida dependiera de ello.

Porque en el fondo de mi mente, ardiendo de arrepentimiento, un pensamiento se cristalizó tan claramente que quería gritar.

No podía huir de lo que había hecho.

Había cedido. Él había ganado.

Y yo había perdido.

Me había dejado llevar, perdiendo todo sentido de mi valía y orgullo.

No importa cuán rápido me alejara corriendo, no podía escapar del hecho de que había dejado que mi acosador me follara.

Ni podía disipar el persistente recordatorio de que también lo había disfrutado.

NICK

Cuando regresé a la sala de estar de la casa de la piscina, no me sorprendió que Sabrina se hubiera marchado. Estaba decidida a mantenerse firme en lo que ella consideraba correcto. Toda la lógica y la resistencia no importaron cuando le demostré que, de hecho, estaba equivocada sobre mí.

Yo seguía siendo un imbécil.

Y ella no sería inteligente si confiara en mí.

Esos hechos seguían siendo los mismos. Pero le había demostrado que estaba equivocada sobre cuánto me deseaba. Resultó que la línea entre la lujuria y el desprecio podía ser realmente delgada. Y la habíamos cruzado.

Lo que también permanecía igual era que tenía que hacerla mi objetivo. No podía echarme atrás en este trato con Tiffany.

Mientras limpiaba después de haberle quitado su virginidad, me quedé frente a los amplios ventanales de la casa de la piscina y la vi marcharse.

Por supuesto que se había ido. Tenía que estar molesta por haber cedido.

Apuesto a que estaba furiosa porque yo había "ganado" en este juego mutuo de odio que teníamos.

No había contado con que fuera *tan* buena chica, sin embargo. Me sorprendió que no hubiera tenido relaciones aún, pero eso no cambiaba nada de lo que tendría que suceder después. En lugar de

consolarla o intentar ser gentil después de lo ocurrido, tendría que volver a intimidarla de alguna manera.

Tiffany quería que la arruinara.

Ahora que había tenido el placer de tener a Sabrina envuelta a mi alrededor, abrazándome tan bien, me mataba pensar en aprovecharme de ella como acababa de hacer, otra vez.

Había ganado. Me había acercado. Finalmente la hice ceder.

Entonces, ¿por qué sentía que estaba perdiendo?

Regresé a la casa principal, agradecido de que la mansión estuviera más o menos vacía después de la cena y la reunión que George había tenido antes. Necesitaba la soledad. No quería hablar con nadie hasta poder darle sentido al desastre en mi cabeza.

Ni siquiera intentaría engañarme pensando que solo fue sexo.

Se sintió como algo mucho más intenso y, desde su perspectiva, era más que un simple polvo rápido. Sabrina debía ser prohibida. Fuera de límites. Y me había entregado su virginidad.

Horas más tarde, mientras yacía en la cama mirando al techo, luchaba con lo drásticamente que tendrían que cambiar las cosas entre Sabrina y yo ahora.

¿Cómo la enfrentaría?

¿Cómo podría manejar ambos lados de lo que debía suceder?

Tendría que montar un buen espectáculo para Tiffany para hacerle creer que estaba tratando de arruinar la reputación de Sabrina. Pero no podía superar la nueva revelación de que no quería hacerlo. Todo lo que quería era... a ella. Una vez no era suficiente.

Al día siguiente, me desperté muy contento de que fuera fin de semana. No me molestaría en ir al campus. No tenía nada que hacer excepto esperar a que los últimos restos de esta tormenta pasaran para poder entrar en la piscina.

Nadar era lo único que podía anhelar en términos de desahogar esta frustración que se había instalado en mí. Quizás mover mi cuerpo y quemar mis músculos me cansaría lo suficiente para descansar, porque el tumulto que permanecía dentro de mí me había hecho sufrir una noche de sueño horrible e inquieta.

Tenía que moverme. Tenía que liberar parte de esta ira y estos sentimientos de nerviosismo por estar más estancado que antes.

De camino a la piscina, sin embargo, vi a mi madre sentada en la isla de la cocina.

Con la cabeza agachada, la cara hacia su teléfono, seguía mirando hacia arriba y moviéndose bruscamente como si estuviera preocupada de que alguien pudiera verla usando el dispositivo.

Como si le preocupara que alguien la atrapara mirando algo que no estaba destinado a los ojos de nadie más.

O hablando con alguien con quien no debería.

Maldita sea.

Por sí solo, su comportamiento no era necesariamente raro o extraño. Ahora que sabía que estaba engañando a George, sin embargo, inmediatamente sospeché de ella. Automáticamente asumí que estaba actuando a escondidas.

Después de haber tenido sexo con Sabrina, anhelaba soledad y paz para recuperar el equilibrio. Esa chica buena, descarada y terca me había trastornado, haciéndome desearla aún más ahora e inseguro de cómo podría hacer que sucediera.

Pero no podía ignorar esta oportunidad para hablar con mi madre. Éramos solo nosotros dos en la casa. No había nadie alrededor. Ella no iría al gimnasio o a la biblioteca ahora. Y yo no tenía clases. No se podían usar excusas como razón para no confrontarla.

Entré silenciosamente en la cocina.

—Hola, mamá.

Tal como pensé que podría hacer, dio un salto y chilló sorprendida.

—Nick —cerró los ojos mientras se presionaba la mano contra el pecho—. Me asustaste.

¿Porque estabas preocupada de que alguien te viera en tu teléfono, eh?

—¿En qué estabas tan absorta? —pregunté en lugar de responder a lo que había dicho.

Ella frunció el ceño.

—No estoy... —negó con la cabeza mientras arrugaba la frente—. Solo estoy desplazándome por mi feed.

—¿En serio? —me burlé.

—Sí, en serio —frunció el ceño—. ¿Por qué andas a escondidas asustándome así? Dios.

—Tú eres la indicada para hablar de andar a escondidas. —No pude evitar mi tono cortante. Estaba harto de este tira y afloja a su alrededor, queriendo ser franco y confrontarla, pero también nervioso de que eso empeorara su salud mental. La depresión era un monstruo complicado con el que lidiar. Su tendencia a caer en la negación era peor.

—¿Qué? —se puso de pie, sin querer quedarse ya para esta conversación.

—Has estado actuando a escondidas. ¿Verdad?

—Nick, ¿qué te pasa? —frunció el ceño mientras retrocedía.

—Has estado actuando raro últimamente. Como si estuvieras ocultando algo. Como si estuvieras...

—Nick —repitió con más firmeza—. Te estás pasando de la raya.

—¿Ah, sí? —incliné la cabeza hacia un lado, odiando que fuera tan evasiva conmigo—. ¿O estás ocultando algo?

—No estoy... —apretó los dientes y negó con la cabeza otra vez, claramente enojada—. Nick, necesitas ocuparte de tus propios asuntos.

No va a admitir si está ocultando algo. La forma en que no lo negaba directamente era reveladora.

—No sé qué te ha pasado, pero estoy... estoy haciendo mi mejor esfuerzo. Estoy intentando con todas mis fuerzas ser feliz para que todos los demás puedan ser felices.

Sus palabras me golpearon en el corazón. Esa confesión fue una puñalada directa, haciéndome estremecer.

Pero no lo estás. No *eres feliz.*

Y yo ya no sabía cómo hacerla feliz. La desesperanza que me consumía renovó mis temores de que era un cobarde para ella, que

no era lo suficientemente fuerte para apoyarla durante la depresión cuando carecía de la comprensión de *cómo* ayudarla.

—Desearía que pudieras apreciar eso, Nick —levantó el brazo, señalando la cocina—. Desearía que pudieras apreciar que encontré un hogar seguro para nosotros. Con dinero. Después de todos esos años en que gastamos cada centavo en los tratamientos de tu padre, nunca te faltará nada.

Odiaba las lágrimas que ardían tras mis párpados.

Estaba equivocada. Estaba tan equivocada.

Quería a mi padre otra vez. Quería la sensación de familia unida que teníamos juntos. Quería la paz de verla feliz y saber que mi padre podía reconocer cuándo necesitaba intervenir y conseguirle la ayuda que necesitaba pero negaba.

Con toda seguridad quería, no, necesitaba que ella dejara de engañar a George y amenazar este futuro por el que quería regañarme.

Mi oportunidad de preguntarle por qué arriesgaría esta ligera estabilidad aquí se había esfumado. Sin otra palabra acalorada o ceño fruncido de enojo, mi madre se dio la vuelta y dejó la cocina. Me dejó allí con esta frustración hirviente.

¿Que nunca me faltaría nada?

Esa era una mentira cruel que no quería aceptar.

Quería seguir adelante después de la muerte de papá, y deseaba poder encontrar mi camino y conocer mi maldito propósito y valor otra vez. La vida era una existencia sombría de oscuridad.

Excepto con ella.

Sabrina era la única excepción a esta oscuridad retorcida. Cuando estaba cerca de ella y ella me desafiaba a seguir presionándola y provocándola hasta que pudiera hacerla reaccionar. Cuando estaba con ella y tomaba su virginidad, sintiendo sus estrechas paredes apretar y exprimir para que me corriera tan fuerte dentro de ella.

Cuando ella me miraba, atrapándome con esa suave mirada marrón, tan expresiva pero cautelosa, la oscuridad se desvanecía.

Sabrina me sacaba de la oscuridad turbia. Me sacudía y me mantenía en el presente, en el momento, con ella. Así de fuerte era la atracción que me magnetizaba hacia ella.

Atrapado en estos pensamientos sobre mi padre, recordé cómo Sabrina se había visto tan feliz con sus padres en el banco de alimentos. Cómo reían y sonreían. Sus abrazos y actitud relajada.

Los celos no tenían cabida en esta situación, pero no podía evitarlo. Envidiaba que ella todavía tuviera a su familia. No parecía que tuviera mucho más, solo su determinación y su familia, pero comparar esas bendiciones con lo que yo tenía era una broma cruel.

¿Qué tengo yo aquí?

Sin dirección ni propósito.

Apenas amor.

Me sentía más comprometido y veía más valor en pasar tiempo con la chica a la que supuestamente debía intimidar que con lo que quedaba de mi familia.

—Basta —murmuré la orden para mí mismo mientras cerraba los ojos y me frotaba la frente.

Tenía que sacar a Sabrina de mi cabeza. Nunca me perdonaría por ceder a desearla tanto, porque ahora que entendía lo adictiva que era, lo bien que se sentía estar con ella incluso cuando chocábamos, no veía manera de que eso sucediera. No había forma de asegurar algo duradero con Sabrina cuando Tiffany esperaba que la arruinara.

¿Cuánto tiempo podré soportar esto?

La tensión de ser jalado en dos direcciones diferentes acabaría conmigo.

Como si fuera una señal, Tiffany entró en la cocina, sonriéndome con suficiencia. El universo me estaba jugando unas bromas de mierda para que viniera a molestarme ahora. Y eso era todo lo que tenía en mente. Esa mirada de ojos entrecerrados significaba que estaba en pie de guerra para ser calculadora y manipuladora.

Como siempre.

—No estoy de humor —le advertí, agarrando una botella de agua para salir de allí y escapar a la piscina.

—¿Oh? ¿No lo estás? —se cruzó de brazos y levantó la barbilla, desafiante.

—No. Realmente no lo estoy.

—Creo que deberías estar de humor para escucharme, Nick —puso su mano en el mostrador de la isla y se inclinó para mirarme fijamente—. Me estoy impacientando. No creo que tengas ninguna intención real de arruinarla.

Tenía razón. Ahora que había tenido a Sabrina, arruinarla era lo último que quería hacer. Claro, no podía esperar otra oportunidad para arruinarla en la cama. Quería provocarla y torturarla para buscar otro orgasmo para mí, pero esa destrucción no era lo que Tiffany tenía en mente.

—Yo...

Levantó la mano.

—No más excusas. Le diré a papi que Leslie lo está engañando antes del viernes.

Mi boca quedó abierta. Estaba llevando esto demasiado lejos, poniendo un plazo. ¿Cinco días?

—Necesito más tiempo.

Más tiempo para averiguar qué demonios hacer al respecto.

—No —negó con la cabeza y se dio la vuelta para salir de la habitación—. Tienes hasta el viernes. Y eso es definitivo.

Lo que era definitivo era lo jodido que estaba. Ella tenía ventaja aquí. Tenía toda la influencia para dar las órdenes, y yo despreciaba lo impotente que me sentía en estas circunstancias. No tenía nada con qué luchar contra ella.

Golpeé la encimera de granito con el puño, tan enfadado que no podía pensar con claridad.

SABRINA

No estaba segura de cómo compartimentar el hecho de que había tenido sexo con Nick. Ese evento ocupaba tanto espacio en mi cabeza que no podía concentrarme en nada. Pasaba mis fines de semana estudiando, leyendo o ayudando a mis padres en casa. A veces, podía disfrutar de un "descanso" siendo voluntaria en la Sociedad Protectora de Animales.

Este fin de semana, sin embargo, fui incapaz de hacer otra cosa que pensar en lo bien que Nick me hacía sentir. No podía hacer nada productivo, e incluso estar cerca de mis padres se sentía extraño.

Mantener todo esto en mi cabeza no era saludable. Así que le pedí a Elise que se reuniera conmigo en la Protectora. Dediqué un par de horas a pasear perros que necesitaban hogar, luego me dirigí a la cafetería de al lado para soltarlo todo. Quizás hablar de ello me aclararía la mente. Ese era mi objetivo.

No funcionó.

Después de divagar y soltar la confesión de lo que había hecho aquel día con Nick —todo, desde que el coche se averió y él apareció hasta que salí corriendo a casa— ella me miró con las cejas arqueadas en señal de incredulidad.

—Tuviste sexo —lo dijo como una afirmación de confirmación, no una pregunta.

Sabía que era virgen y nunca me juzgó.

Asentí, haciendo una mueca mientras sostenía el vaso de agua entre mis manos. La cafeína solo me habría puesto más nerviosa e inquieta.

—Con Nick. Nick Grant —de nuevo, lo afirmó en lugar de preguntar.

Asentí más lentamente.

—El idiota que te ha estado acosando. Publicando rumores y mentiras sobre ti. Que pintó un dibujo indecente de ti y lo hizo viral. Que... —resopló, incrédula.

—Que me acosa —añadí.

Parpadeó y sacudió la cabeza lentamente. —¿Qué demonios es esta tontería de enemigos-a-amantes? —Una sonrisa cautelosa se apoderó de su rostro—. Quiero decir, Sabrina. ¿Qué diablos se apoderó de ti?

Bajé la cabeza para apoyar la frente contra mis manos sobre la mesa.

Ella se rió ligeramente. —Vale. Lo siento. Es que... bueno, me has sorprendido, ¿de acuerdo?

Me incorporé, avergonzada. —Me sorprendí a mí misma.

—¿Por lo bueno que fue? —Movió las cejas y sonrió con picardía.

Solté un profundo suspiro. —No es como si tuviera con quién compararlo... —*Y tampoco quiero a nadie más.*

Esa era la parte más inquietante. Dudaba que cualquier otro chico pudiera conectar conmigo como lo hacía Nick, tan perfectamente antagónico que de alguna manera nos hacía tener más sentido.

—Está bien, pero —Se puso seria, frunciendo el ceño—. ¿Te das cuenta de lo que está pasando aquí, verdad?

—¿Um, tuve un gran lapso de juicio? —*Del que no puedo arrepentirme.*

—Eso. Pero también quién es Nick. —Se inclinó, apoyando el codo en la mesa bistró entre nosotras mientras apoyaba la barbilla en su mano.

—El chico malo del campus. El artista rebelde.

—Sí, pero también es el hermanastro de Tiffany Lorsen.

La sangre desapareció de mi rostro. Esa noticia me robó el aliento mientras la miraba fijamente. —¿Qué?

—La madre de Nick se casó con George Lorsen, como hace un par de años o algo así.

¡Sabía que había algo sospechoso en que él estuviera en la mansión de los Lorsen! Había estado tan distraída y confundida que no había pensado mucho en cómo Nick me había llevado a esa casa de la piscina, como si conociera el terreno.

Gemí, dejando caer la cabeza otra vez. —Con razón está interesado en mí —Me incorporé de golpe—. Solo está tratando de...

—¿Acosarte? —Lo adivinó por mí.

—Meterse conmigo por ella.

Se encogió de hombros. —No sé. Parece que simplemente está interesado en ti, después de todo.

—No puedo confiar en eso. No puedo confiar en *él* —Se lo había dicho varias veces. Dudaba que pudiera confiar en él más ahora que me había rendido y le había entregado mi virginidad—. No podía confiar en él antes de que tuviéramos sexo, ¡pero saber que está emparentado con Tiffany lo convierte en un enemigo aún mayor!

—Entonces, tal vez... —Se encogió de hombros nuevamente, como si lamentara decir esto—. Tal vez márquelo como un error, una lección aprendida, y mantente alejada de él otra vez.

El problema era que dudaba que pudiera hacerlo. No quería mantenerme alejada de Nick. Quería descubrir cómo aceptar que había tenido sexo con él, y una vez que lo hiciera, una vez que pudiera pensar con claridad de nuevo, quería más con él.

Esa única vez no fue suficiente. Había desatado este deseo salvaje en mí. Acaparaba todos mis pensamientos.

En el meollo del asunto, sin embargo, dejé que un poco de tristeza se colara.

No había estado guardando mi virginidad por ningún sentido de pureza. No era un objetivo. Simplemente había estado demasiado

ocupada, demasiado centrada en mi carrera y educación, asumiendo que podría centrarme en el sexo o el amor más tarde.

Pero ¿darle mi virginidad a mi acosador? Eso sí lo lamentaba. No era algo que pudiera recuperar, y deseaba haberla podido dar a alguien que realmente se preocupara por mí y me respetara.

Y Nick Grant —el hermanastro de la princesa que me trataba como su némesis— *no* me respetaba.

¿Desearme? Sí.

No me engañaría pensando que Nick realmente se preocupaba por mí más allá de algo físico.

Hablar con Elise me ayudó. Con ella, tuve la oportunidad de desahogarme. Antes de terminar nuestra conversación, se disculpó por no poder ofrecerme un mejor consejo.

Cuando llegué al campus el lunes por la mañana, sin embargo, mis preocupaciones e inquietudes sobre enfrentarme a Nick no importaron. Él no estaba allí acosándome o siguiéndome de clase en clase. Estaba extrañamente ausente, y aunque sentía su ausencia, me distraje con las buenas noticias de las altas calificaciones en exámenes y trabajos que habían llegado. Esas eran pequeñas alegrías que podía apreciar. Papá también me envió un mensaje diciendo que el coche —que había sido confiscado de la propiedad de los Lorsen, probablemente obra de Tiffany— estaba de vuelta en casa y, dado que había un problema con el papeleo, no tendríamos que pagar una multa.

Aunque estaba nerviosa por enfrentarme a Nick, estaba teniendo una buena mañana de pequeñas "victorias".

Al menos, hasta que llegó mi clase de la tarde y me pidieron hablar con el jefe del departamento sobre nuevas acusaciones de que me había acostado con un par de miembros del personal.

Esto no otra vez.

Si tuviera el dinero y los medios, demandaría por difamación y calumnia.

Porque cuando me levanté para ir a hablar con el jefe del departamento, pasé junto a Tiffany y Rachel en el auditorio.

—Qué zorra —se burló Rachel.

Negué con la cabeza y fui a enfrentar las consecuencias. Como la última vez que estas acusaciones infundadas fueron presentadas contra mí, tenía el video con marca de tiempo de dónde estaba realmente durante las horas en que supuestamente me acostaba con un par de profesores adjuntos. Había estado en la Protectora de Animales, luego hablando con Elise, durante el tiempo en que supuestamente me había reunido con estos hombres. También ayudó que ellos lo negaran, y terminé disculpándome con ellos por esto.

—De verdad, lo siento —le dije al más joven, un nuevo adjunto que impartía un curso de contratos.

—Ni siquiera la *conozco* —exclamó al jefe del departamento—. No es estudiante mía.

—Sí. Yo tampoco —dijo el otro instructor adjunto—. Nunca la he conocido —Entrecerró los ojos—. ¿Quién presentó esta queja? Me condeno si mi nombre es arrastrado por el lodo así.

Su reacción acalorada me entristeció más. —No es un ataque a su carácter —les dije—. Es una acusación para hacerme daño a *mí*.

El primer instructor me miró con el ceño fruncido. —¿No es la primera vez que te sucede esto?

Le dirigí una mirada apagada al jefe del departamento. —No.

El jefe del departamento, un hombre mayor cerca de la jubilación, hizo una mueca.

—¿Quién presentó estas quejas? —preguntó el segundo instructor—. Demandaré por difamación. Esto es una mierda.

El jefe del departamento se estremeció. —Eso no es necesario.

Me levanté, harta de esto. —Lo que quiere decir es que la misma estudiante que ha denunciado múltiples acusaciones sin fundamento como esta es alguien a quien no vencerías en los tribunales. Podrías demandar y perder, porque Tiffany Lor...

—Es suficiente, señorita Rosario —dijo el jefe del departamento, revolviendo papeles mientras bajaba la mirada—. Podemos simplemente pasar esto por alto como un malentendido.

¿Como la última vez?

Puse los ojos en blanco y me fui, impaciente por no perder más tiempo de clase por esta tontería. Nadie aquí se atrevería a enfrentarse a los Lorsen. Este jefe de departamento no le diría nada a George Lorsen. Este cobarde estaba a punto de jubilarse de todos modos, y estaba claro que tenía las manos atadas. Así era cuánto poder e influencia tenían los Lorsen aquí.

Regresé a clase y deseé poder sentirme triunfante ante el ceño fruncido de Tiffany. Resopló cuando recuperé mi asiento junto a Maxim, probablemente tan decepcionada de que no me expulsaran por esa acusación absurda.

Después de clase, demostró lo molesta que estaba por ello.

—No puedo creer que te permitan ser estudiante aquí —me espetó en el pasillo.

—Supéralo —solté.

Parecía que mi enfoque predeterminado hacia su acoso se había desvanecido desde que me acosté con su hermanastro. No estaba de humor para poner la otra mejilla o ignorarla.

—No. Tú necesitas superarlo —Me cortó el paso, mirándome con desprecio mientras me encaraba y me impedía seguir caminando—. Necesitas superar esta estúpida idea de que puedes destacar aquí.

Me encogí de hombros. —Ya lo estoy haciendo.

Apretó los dientes, furiosa. —Entonces supera tu esperanza de conseguir ese puesto de becaria.

La miré fijamente, deseando no haber entablado esta conversación con ella. Porque la idea de abandonar la competencia *había* estado en mi mente. Solo odiaba que ella pudiera reclamar la gloria de hacerme renunciar.

—Retira tu solicitud —ordenó.

—No —Lo dije con voz monótona, pero con firmeza.

—Bien —gruñó—. Entonces nunca dejaré de hacer tu vida miserable.

Giró sobre sus talones, alejándose a zancadas y encontrándose con Rachel en las puertas dobles que conducían al sol en la plaza del

campus.

Apreté los dedos sobre la correa de mi bolso con más fuerza. Mamá había encontrado este viejo bolso en el armario, y agarrar la tela era una débil reacción física de desahogo.

Quería hacer un puño y golpear a Tiffany por todo el odio que derramaba sobre mí.

En lugar de eso, hervía con esta rabia, viéndola marcharse.

Había estado debatiendo si retirarme. Ver cómo operaba Lorsen & Spengler había empañado mi interés en ser becaria para ellos este verano. No quería ayudar a directores generales inmorales a salir de problemas que merecían. Quería ayudar a la gente —vecinos corrientes y ordinarios— que realmente necesitaban asistencia.

Pero no quería abandonar la competencia por ese puesto de becaria solo porque Tiffany temía la competencia conmigo. Si lo hiciera, eso sería rendirme.

Y siempre me definiría como alguien que nunca se rinde, ni siquiera cuando las cosas se ponen difíciles.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo, sacándome de mis pensamientos. Con un suspiro, lo saqué y respondí a la llamada de mi madre mientras reanudaba mi salida del edificio.

—Sabrina, ¿vas a venir a casa para acompañarme? —preguntó.

Asentí, aunque no podía verme. —Sí, mamá. Mi última clase acaba de terminar, y me dirigiré a la parada de autobús ahora — Nunca me acosaba. Era demasiado autosuficiente para eso. Pero después de la última vez que prometí estar disponible para ayudarla con un servicio de catering con poco personal, tenía derecho a estar nerviosa de que no fuera a presentarme.

—Bien. Bien. Esta cena es más grande de lo que Joann pensaba.

—¿Ah? ¿Para qué era de nuevo? —Realmente no me importaba. Todas las fiestas y eventos elegantes eran iguales. Llenos de élite y horas de estar de pie mientras fingía una sonrisa educada, lista para el servicio al cliente. Sin embargo, había estado deseando pasar tiempo con o cerca de mi madre esta noche. Ella siempre era un buen oyente, y me escucharía hablar sobre mis problemas con Nick.

Incluso si no podía ofrecerme consejos, me escucharía. Además, el trabajo automático de ser parte del personal de catering sería una distracción.

—Algún tipo de recaudación de fondos —respondió—. Para una asociación de abogados.

Hice una mueca. *Mierda.* —Oh.

Sería justo mi suerte tener que enfrentarme a Tiffany nuevamente después de su exigencia de que dejara de aspirar al puesto de becaria que ella quería.

Mi madre tenía que estar haciendo referencia al grupo de profesionales legales de la zona, y la familia Lorsen sin duda estaba incluida.

Quise que esta creciente tensión dejara de empeorar. —Estaré en casa pronto, mamá.

Tanto para contar con una distracción.

NICK

No tenía por costumbre asistir a galas, fiestas o recaudaciones de fondos con George o mi madre. Antes de que papá muriera, de todos modos, mi madre y yo no estábamos de humor para fiestas. Los interminables tratamientos contra la leucemia de papá nos impedían celebrar nada. Incluso cuando finalmente tuvimos algo por lo que ser optimistas —la última vez que declararon a papá en remisión— habíamos sido demasiado cautelosos para dejar que se excediera.

Mamá y yo nunca estuvimos cerca de la pobreza cuando papá estaba vivo. Mantenerlo en el hospital para tratamiento y rehabilitación había consumido una gran parte de nuestras finanzas, pero su póliza de seguro de vida nos había ayudado a mantenernos a flote hasta que mamá decidió casarse con George.

Nunca nos faltó nada. Si mamá no se hubiera vuelto a casar, no habríamos estado bien económicamente, pero eso nunca sucedió. Ella se aseguró de que no quedáramos en la indigencia, perdiendo tanto a papá como todo nuestro dinero.

Sin embargo, no había nada que me hiciera sentir que pertenecía al mundo de riqueza e influencia del que los Lorsen formaban parte.

Ir a cualquiera de estas fiestas elegantes era el recordatorio más claro que podía pedir. Rodeado de los ricos, abrumado por poderosos políticos, empresarios y directores ejecutivos, no lograba adaptarme. Vivir en la mansión ya era un desafío suficiente y, a

pesar de todo el tiempo que mamá llevaba siendo la segunda esposa de George, me seguía sintiendo como un invitado allí.

No era solo porque mantuve el apellido de papá, mi apellido. Era porque esto no era lo que conocía. No era lo que quería. La riqueza no me impresionaba, no cuando podía ver de primera mano cuán corrupta y miserable podía ser la élite de la sociedad.

Esta noche era una excepción, sin embargo. George me dijo que mi nombre ya estaba en la lista de invitados, así que "tenía" que presentarme. Y la razón por la que estaba en la lista era porque esta recaudación de fondos de la asociación presentaría una nueva beca creada en nombre de mi padre.

Como sea.

Suspiré mientras miraba por la ventanilla lateral durante el trayecto hacia el lugar, algún tipo de invernadero o conservatorio. El traje que llevaba me picaba y era demasiado pesado, y ni siquiera este atuendo a medida ocultaría quién era yo. Tan pronto como llegáramos, arrojaría la chaqueta sobre una silla y me arremangaría, sin importarme quién viera mis tatuajes. El índice de calor superaba los treinta y ocho grados. A la mierda verse elegante. No importaba cuánto me hubiera frotado las manos, la pintura seguía adherida bajo mis uñas y alrededor de los callos. Y no me molesté en peinarme, contando con quedarme solo el tiempo suficiente para complacer a mi madre y a George.

Aunque, de nuevo, ¿qué demonios más voy a hacer?

Pasé la mayor parte del día en el estudio, pintando sobre el retrato que había hecho de Sabrina. Ahora que la había tenido, el sentimiento de posesión que sentía por ella era aún más potente. No quería que nadie la viera, no en una pose tan íntima como esa.

Era mía.

Solo para mis ojos.

Pensar en una afirmación tan feroz era una broma. Todavía tenía que averiguar cómo hacer que Tiffany creyera que seguiría con nuestro trato, lo que me permitiría perseguir a Sabrina honestamente.

Quizás era mejor que me quedara en esta recaudación de fondos. Podría distraerme de pensar en ella por un tiempo.

Solo tenía que llegar allí. Mamá ya estaba allí, ya que había conducido por separado al salir del salón de belleza. Tiffany también venía en su coche porque estaba en otro salón arreglándose el pelo. No era como si mamá y Tiffany alguna vez intentaran llevarse bien o ser cercanas. Eran distantes como lo éramos George y yo. Sin embargo, ahora estaba atrapado con el hombre mayor.

Él conducía, sorprendiéndome que no quisiera un chofer para llevarnos a la fiesta. Y como yo era su único pasajero, vio esto como un momento ideal para preguntarme sobre mi futuro y sermonearme un poco sobre encontrar mi camino después de la muerte de papá.

—Incluso si es cambiar de carrera, es un paso en la dirección correcta —dijo.

Sí, si supiera en qué dirección quiero ir. Dejé que su sermón me atravesara sin calar. Tenía que preocuparme por la posibilidad muy real de que descubriera la infidelidad de mamá y nos echara. En ese caso, ya no estaría en la universidad.

Aun así, fingí escuchar y no actué como un imbécil, ignorándolo durante el viaje.

No muerdas la mano que te alimenta... mientras esté ahí.

Me caía bien George como persona. Era justo y ético, aunque a veces demasiado serio. No teníamos nada en común para que me cayera mejor. El hecho de que él y papá se conocieran en los días de la licenciatura era conexión suficiente. Y había estado presente durante la enfermedad de papá, luego su fatal accidente, un amigo de la familia sólido y constante. No podía determinar si realmente amaba a mamá, ya que no eran afectuosos, pareciendo más compañeros de piso que otra cosa, pero estaba agradecido de que hubiera visto su amistad con papá como algo que continuar después de su muerte al mantenernos a mamá y a mí.

Llegamos antes de que el sermón de George pudiera molestarme, y no perdí un segundo en caminar por ahí. Él me había traído, pero no nos quedaríamos juntos. Estaría cerca de mamá mientras se

mezclaban y decían tonterías con todas las personas importantes cuyos egos necesitaban ser acariciados. Para bien o para mal, estaba solo, y esperaba que nadie molestara a un don nadie como yo. Tiffany también mantendría las distancias, más aún para adular y lamer el trasero de quienes consideraba dignos de su tiempo.

Encontré el bar con bastante facilidad y me serví una copa para ayudarme a tolerar esta velada. A simple vista, era lo mismo de siempre. Todos estos eventos eran idénticos. Decoración exagerada, un cuarteto en vivo tocando música, trajes a medida y vestidos elegantes. Tampoco se escatimarían gastos en alcohol y comida. Cada año, la recaudación de fondos específica contrataba a un catering diferente como "demostración" de cómo la élite y los ricos querían retribuir a la comunidad que en realidad no les importaba una mierda.

Mamá me vio al otro lado de la sala. Cada vez que nuestras miradas se encontraban, casi sonreía, y me dolía que estuviera tan distante de mí, su hijo. Deseaba que se apoyara en mí para pedir ayuda. Deseaba aún más que no hiciera algo imprudente y drástico como engañar a George. Pero sabía que era mejor no acercarme a ella aquí. Su posición estaba al lado de George. A menos que me acercara a hablar con ella, no diría ni un hola mientras yo intentaba pasar desapercibido hasta poder largarme.

Y hablando de eso...

Revisé mi teléfono para ver si Pierce había respondido. Dijo que vendría a recogerme más tarde, si quería.

Cuando levanté la cabeza y miré al frente, me di cuenta de que lo que —o quién— quería estaba justo aquí.

Sabrina.

Bajó la mirada, pillada con las manos en la masa mientras me observaba. De todos los lugares donde podría haberme encontrado con ella, esta recaudación de fondos no estaba en lo alto de la lista. Me costó superar la sorpresa de verla. La felicidad floreció con solo verla en mi presencia. Curioso sobre cómo se sentiría acerca de mí después de haberme dado su virginidad, deseaba poder acercarme a

ella. Solo para estar cerca de ella. Para hablar. Para abrazarla. Para... de alguna manera hacerle saber que me alegraba de ser el primero y que la quería de nuevo. Y otra vez.

No le diría que me estaba volviendo posesivo y obsesionado. Admitir lo enganchado que estaba con ella debería ser algo que haría en privado. Mientras se movía entre la multitud con un uniforme de catering, estaba claro que este no era el momento ni el lugar.

Además...

Busqué por todo el lugar a los miembros de mi familia, y eso usando el término libremente. Tiffany no se sentía como una hermana en absoluto, pero estaba aquí, cerca de la fuente tallada en hielo. Si me veía hablar con Sabrina, sabría que todo había terminado. Se daría cuenta de que no guardaba animosidad hacia su enemiga y competencia.

Y ser un imbécil con la sexy y curvilínea morena también estaba fuera de cuestión. No quería ser un idiota con ella con el fin de hacerla miserable. Había descubierto la distinción crítica entre ser argumentativo y combativo con Sabrina y la crueldad de acosarla. Disfrutaba enfrentándome a esa mujer obstinada, pero solo por el gusto de alterarla y sentirme tan vivo hasta que ambos explotábamos y chocábamos el uno con el otro.

Lo que Tiffany quería no importaba... aunque aún tenía que importar. Si podía evitar que George descubriera que mi madre lo había engañado, haría lo que fuera necesario. Ahora, tenía que equilibrar mi atracción y crecientes sentimientos por Sabrina.

Fácil, ¿verdad?

Bebí un sorbo y pensé que mi único curso de acción sensato sería la distancia. Observar a Sabrina durante toda esta fiesta daba un nuevo ángulo al concepto de perseguirla y seguirla. Pero no me acerqué. No podía. Tiffany estaría observando. Mi madre también.

Esta conexión que Sabrina y yo habíamos forjado tenía que permanecer en secreto por ahora.

Desafortunadamente, eso significaba ver sufrir a Sabrina toda la noche. Tiffany estaba eufórica de alegría al ver a Sabrina trabajando aquí como una plebeya de clase baja. Cambiaba la balanza. Aquí, Sabrina era "inferior" como empleada de catering, sin duda ayudando a su madre, Melody. En la escuela, Sabrina era la estudiante más inteligente y mejor, probablemente la principal candidata de George para esa pasantía en su firma.

Y mi hermanastra era horrible con ella. Haciéndola tropezar. Haciendo que derramara cosas. Cada vez que Tiffany pasaba a su lado, veía sus labios moverse mientras probablemente la menospreciaba y se burlaba de ella. Noté que Sabrina evitaba acercarse a los profesores que habían estado en la cena en la mansión. Aun así, la vieron. Sabrina mantuvo la cabeza alta y los saludó, sin dar ninguna indicación de que se avergonzara por tener un trabajo ordinario aparte de sus estudios.

Me mordí el labio o rechine los molares durante todo ese tiempo. Cada vez que Tiffany —o Rachel, ya que también había venido— se metía con Sabrina, luchaba contra el impulso de correr allí e interceptarlas. Hacerlo, sin embargo, revelaría cómo me sentía realmente por esta inteligente mujer de espíritu ardiente, así que tenía que abstenerme.

La gota que colmó el vaso llegó demasiado pronto.

A cámara lenta, vi desde el otro lado de la habitación cómo Tiffany ponía su pie delante de Sabrina. Justo cuando se movía hacia adelante, Sabrina tropezó mientras sostenía una bandeja de copas de vino desechadas.

Y se cayó.

¡Maldita sea!

Ya no podía soportarlo más. Esta deliberada distancia estaba desgastando mis nervios. No podía quedarme de brazos cruzados y ver cómo recibía esta mierda de mi hermanastra. Era una estupidez. Totalmente injustificado. Incluso si no estuviera empezando a enamorarme de la chica que se suponía que no debía considerar en absoluto, no me gustaría lo bajo que Tiffany estaba dispuesta a caer.

Mientras me apresuraba en su dirección, otros invitados retrocedieron y le dieron espacio a Sabrina para levantarse. Nadie la ayudó a levantarse, pero incluso si alguno de los hombres cerca de ella se atreviera a tocarla, yo quería ser quien la ayudara. Quería ser la única persona a quien ella agradeciera. Quería que fuera mía, hasta el punto de que nadie más podría importar como un espectador servicial.

Los jadeos por el vino derramado resonaron entre los más cercanos a ellas. George y mi madre no estaban cerca. Tampoco los profesores que Sabrina y Tiffany tenían en las clases.

Tiffany se marchó con desdén, sacudiendo la cabeza y diciéndole a otros invitados que Sabrina era demasiado torpe para tener este trabajo. Estaba lo suficientemente cerca para escuchar sus quejas esnobs después de haber causado esa caída.

Pero para cuando llegué a Sabrina, ya estaba de pie, apresurándose lejos.

Decidido a alcanzarla, la seguí sin pausa. Serpenteando entre mesas y esquivando a los invitados, ella corrió hacia la cocina del antiguo conservatorio.

E incluso entonces, no me detuve.

—Sabrina.

—No —su larga coleta castaña se agitó mientras abría otra puerta hacia una habitación más pequeña junto a la cocina—. Déjame en paz.

No puedo.

Estaba obsesionado con la idea de tenerla. Era adicto a este anhelo incesante de explorar con ella.

—Sabrina, espera.

Golpeé mi mano contra la segunda puerta antes de que pudiera cerrarla. Al entrar en la habitación, fruncí el ceño al ver sangre donde había tocado la superficie de madera. Los cristales esmerilados ofrecían algo de luz en este lugar, que parecía ser una antigua sala de preparación de cocina que ahora era más una despensa o unidad de almacenamiento.

—¿Estás herida?

Ella sorbió una vez, frunciendo el ceño antes de darme la espalda.

—Déjame en paz, Nick. Por favor.

—No puedo —no tenía la intención de ser tan honesto con ella... todavía. Simplemente se me escapó. Mi preocupación por ella no era algo que pudiera apagar.

Caminando a su alrededor, agarré su antebrazo y lo levanté para ver el daño.

—Joder. Joder, maldita perra.

—Nick, para —intentó débilmente liberar su brazo de mi agarre, pero no lo iba a permitir.

—No —la ira me llenó, hirviendo caliente y demasiado intensa para contener. Pero mientras la empujaba hacia los fregaderos metálicos para enjuagar donde estaba cortada, me propuse ser gentil.

—Nick, por última vez —siseó cuando metí su mano bajo el agua corriente—. Déjame en paz.

Fruncí el ceño, concentrándome en sacar el fragmento de vidrio roto que había cortado su suave piel.

—Y también por última vez, *no*.

—Lo entiendo, ¿de acuerdo?

La miré mientras me observaba atender su herida sangrante.

—¿Entiendes qué?

—Eres su hermano.

Gemí, negando ligeramente con la cabeza.

—No. *Hermanastro*, Sabrina. E incluso eso no cuenta. Mamá y yo somos más como compañeros de piso que miembros de una familia.

—Aun así —se encogió de hombros, moviendo solo el hombro del brazo que no estaba manteniendo en su lugar. Manteniendo la cabeza hacia abajo, casi ocultaba su rostro de mí con su coleta despeinada y suelta—. La única razón por la que entraste en mi vida fue para provocarme y acosarme, igual que ella.

—No...

—Sí —intentó, y falló, liberar su mano—. No mientas. No juegues conmigo. No soy tan estúpida. Lo fui, pero ya no.

—Eso no es...

—¡No me mientas! —esta vez logró liberar su mano, mirándome con demasiada vulnerabilidad en sus ojos como para que yo hablara de nuevo—. Estás emparentado con ella. Y desde el primer día de este programa, ella ha declarado que su misión personal es hacerme miserable. Por tu asociación con ella, no puedo confiar en una sola palabra que salga de tu boca.

La miré, dejándome hundir bajo la intensidad de tener su atención sobre mí tan directamente. Era magia, y una maldición, cómo podía hacer que pareciera que solo estábamos ella y yo. Como si la realidad pudiera retroceder y todo lo que importara fuera que estuviéramos juntos.

—No estoy mintiendo —dije cuidadosamente mientras tomaba su mano otra vez. Me dejó, observándome con tanta cautela, y lo tomé como una buena señal que no hubiera huido—. Estoy emparentado con ella. Y ella no es más que una maldita perra contigo.

Ella resopló, bajando la mirada.

—Eso es quedarse corto.

Después de sacar el trozo de vidrio, pasé la yema del dedo sobre su piel para asegurarme de que no quedara nada más. Si ayudarla con este corte era todo lo que me permitiría hacer, bien. Que me pusiera en mi lugar no era un momento de humildad. Era un punto en el tiempo en el que no podía discutir y ganar.

Tenía razón.

No tenía razón para confiar en mí porque estaba emparentado con Tiffany. No había intentado ganarme su confianza en primer lugar, tratándola con tanta crueldad.

Pero eso fue entonces.

Ahora, tenía que hacer todo lo posible para convencerla de que no tenía por qué seguir así, con nosotros como enemigos.

—Desearía que las cosas pudieran ser diferentes —admití mientras cerraba el agua y usaba una toalla de papel para comprimir

el corte y mantenerla sobre la herida.

—No lo son. Nada puede cambiar el hecho de que estás asociado con ella —dijo sin rodeos.

—Pero deseo...

—¿Cuál es el punto de desear, Nick? —me interrumpió mientras abría un botiquín de primeros auxilios con contenidos cuestionablemente viejos. La fina tira de gasa en el contenedor aguantaría, sin embargo, y la envolví alrededor de su mano mientras trataba de encontrar una respuesta para ella. Desear *era* inútil. Lo aprendí cuando mi padre estaba enfermo, luego cuando murió. Lo estaba aprendiendo de nuevo mientras entraba en razón y me daba cuenta de que podría estar cayendo demasiado rápido y fuerte por esta valiente estudiante de derecho, esta terca chica buena.

—Si quieres cambio, haces que suceda —escapando de mi agarre, liberó su mano y dio un paso atrás—. Y sé que no debo esperar que tú o tu hermanastra cambien. Han mostrado su verdadera cara. A ninguno de ustedes les importa nadie más que ustedes mismos.

—No sabes de qué estás hablando —me enderecé, listo para perseguirla mientras continuaba retrocediendo por la habitación—. Sabrina. No sabes...

Negó con la cabeza, sus ojos brillantes con lágrimas no derramadas. Girándose para correr, dejó escapar un gemido y comenzó a huir.

SABRINA

Nick cruzó la habitación, persiguiéndome. —No sabes de lo que estás hablando, Sabrina.

Cerré los ojos cuando él extendió la mano y me agarró del brazo.

Me gusta pensar que soy una persona bastante abierta de mente, pero cada vez que alguien intenta manipularme o convencerme de que no tengo conocimiento sobre algo que he dicho, no puedo evitar sentirme molesta.

Me jaló hacia él al mismo tiempo que cerraba el pestillo de la puerta, atrapándome aquí con él.

Y eso era solo otro acto de crueldad que no necesitaba de su parte.

Él estaba emparentado con Tiffany. Ella era mi enemiga. Y eso era todo lo que necesitaba saber.

—No lo hagas, Nick. Por favor, no intentes engañarme haciéndome creer que te importo. Que te preocupas por mí. —Al girarme hacia él, bajé la barbilla. Nunca admitiría que soy una mujer débil, pero en este momento, me sentía demasiado frágil de corazón y mente para mirar sus ojos oscuros. Me ablandaría. Él ganaría de nuevo.

Después de la noche infernal en que Tiffany se burló de mí y me recordó que siempre sería inferior, quería estar sola y lejos de aquí.

Nick lo vio todo.

Vio lo horrible que fue conmigo. Y ni una sola vez intervino para ayudarme. Se quedó a distancia, como simple testigo. Claramente, no le importaba, no lo suficiente para defenderme frente a su malvada hermanastra. En este asunto, las acciones hablaban más que cualquier palabra que pudiera lanzarme en esta habitación privada.

—Me importas. —Usando las puntas de sus dedos, me instó a levantar la cabeza y mirarlo.

Mirando sus intensos ojos, traté de mantenerme fuerte y resistirme.

—Me importas de verdad.

Negué con la cabeza. Si así fuera, le habría pedido a Tiffany que parara. No me habría intimidado. Y no habría jugado conmigo durante tanto tiempo.

Eso es todo lo que era para él. Otro juego, un intento más retorcido de meterse conmigo.

No podía soportarlo, no cuando había pasado todo el fin de semana extrañándolo. Deseándolo. Odiándolo pero gustándome aún más. Algo debía estar mal en mi cabeza para admitir que él estaba llegando a mí. Pero era la naturaleza derrotista de mi secreto lo que más despreciaba.

Había fracasado.

Le había permitido acercarse. Le había dado a mi acosador la oportunidad de colarse y ser importante.

—Esto no es justo. —Parpadeé, odiando las lágrimas que me ardían en los párpados—. No es justo que me hagas esto.

Él se acercó a mi espacio, abrazándome. Ser envuelta en su abrazo me hizo atreverme a querer aún más con él.

Con sus grandes manos sosteniendo mi espalda, me hundí contra él, demasiado adicta al castigo como para no querer su consuelo, para no querer deleitarme en su calor y la ilusión de seguridad que extrañamente sentía con él.

—Nunca pedí que interrumpieras mi vida de esta manera.

Me besó la sien, acercándome más en un abrazo apretado.

—No te quiero cerca haciéndome sentir así —susurré.

—¿Sentir cómo? —respondió con voz ronca, frotando su mejilla contra la mía mientras parecía buscar mis labios.

—Desequilibrada.

Suspiró, apretando sus brazos alrededor de mí. —Yo también.

—Confundida —añadí.

—Sí. Yo también.

—E impotente para dejar de desearte —admití mientras giraba mi rostro hacia el suyo. Su aliento cálido se mezcló con el mío. Nuestras bocas estaban a solo un centímetro de distancia. Impulsada por la oleada de deseo líquido y ardiente que me atravesaba, me alcé para besarlo.

Él gruñó contra mis labios, y justo cuando se inclinó para profundizar el beso, agarró el dorso de mi camisa.

—Tan jodidamente impotente —gruñó después de tomar aire.

Tragué saliva, escrutando su rostro en busca de un recordatorio de por qué esto tenía que ser una idea realmente estúpida. Ya no se parecía al hombre que detestaba. No se asemejaba a mi enemigo. De alguna manera, se había convertido en algo así como un ancla. Una roca. Una fuente de seguridad y protección.

Cuando me besó de nuevo, no me resistí. Acostumbrada a su impaciencia y a cuánto me dominaría, me ablandé bajo su tacto y dejé que me mostrara lo que quería. Explorando y saboreando. Mordisqueando y lamiendo. Besándome, me llevó de vuelta al placer y la emoción de ir por lo que quería—como lo habíamos hecho en la casa de la piscina hace apenas unos días.

Parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que había probado sus labios y sentido el agarre codicioso de sus manos sobre mí. Pero cuando él bajó para mover mis manos hacia arriba, para que pudiera enlazar mis brazos alrededor de su cuello, volví bruscamente a la realidad.

La neblina de deseo se evaporó un poco cuando tocó el dolor punzante del corte en mi palma.

Siseé, rompiendo el beso mientras fruncía el ceño.

¿Qué estoy haciendo?

¿Cómo puede afectarme así?

Fruncí el ceño, retrocediendo, pero él no me dejó evadir su agarre.

—Soy impotente ante ti, Sabrina —me recordó—. Impotente para detener cuánto te deseo.

Esto era travieso. Tan imprudente que tenía que ser una locura. Se suponía que estaba trabajando aquí. Habíamos señalado mutuamente que se suponía que él era mi enemigo. Pero estaba demasiado tentada por él para luchar más para alejarme. Mi conciencia tendría que callarse por un momento. Porque mientras él me besaba de nuevo, retrocediendo hacia una mesa, todo en lo que podía concentrarme era en lo bien que se sentía. Cuán correcto era compartir este momento privado e íntimo con él.

—No es justo —coincidió mientras me levantaba y me colocaba sobre la mesa de preparación—. No es justo que te desee así. No cuando se supone que debo odiarte, tal como tú me odias a mí.

¿Odiar? No podía entender cómo podíamos ser una contradicción tan andante. Me besó una y otra vez mientras movía su mano debajo de mi falda. No era nada elegante, pero le daba acceso a donde yo palpitaba de excitación por él.

Mi coño estaba ansioso, ya secretando jugos para él mientras frotaba sobre mis bragas.

—No es nada justo —gruñó en voz baja mientras tiraba de la delgada tela a un lado, arrancándola.

Me mordí el labio para no gemir, pero él me besó con más fuerza, obligándome a abrir la boca mientras me penetraba con sus dedos.

Echándose hacia atrás, rompiendo el beso, me miró a los ojos y retiró su mano. Con un brillo malvado en su mirada, mantuvo contacto visual mientras se lamía el dedo para limpiarlo. —Acuéstate.

Temblando ante la traviesa orden, obedecí.

—Buena chica —bromeó con una sonrisa siniestra, su mirada ardiente haciéndome arder por él. Me recosté sobre mis codos

mientras él levantaba mi falda y bajaba.

—Ahora mira —ordenó—. Mira y dime si hay algo justo en esto.

Grité con el primer toque de sus labios sobre mi coño. Besó mi monte de Venus, pero luego inmediatamente se deslizó hacia abajo para dar a mi entrada un beso con la boca abierta que me hizo retorcerme sobre la superficie metálica.

—Sé una buena chica y mírame. —Se zambulló, lamiendo y chupando alrededor de mi sexo.

Asentí débilmente, tan abrumada por la necesidad de tener un orgasmo que no estaba segura de poder respirar por la expectación. Cada toque de su lengua cálida y aterciopelada me empujaba un poco más lejos. Cada mordisco y succión en mi clítoris me urgía a dejarme llevar. La tensión se enroscaba dentro de mí, haciéndome sentir tan apretada y lista para estallar.

Añadiendo su dedo mientras alternaba entre succionar y provocar mi clítoris, luego lamiendo mi entrada húmeda, mantuvo contacto visual y me observó jadear y temblar para él. —No es justo que sepas tan jodidamente bien. No es justo que seas tan condenadamente perfecta para mí.

Cuando bajó para atormentar mi clítoris una vez más, grité y me derramé en su boca. Ola tras ola de éxtasis me sacudió. Mis oídos rugieron con el pulso atronador que no podía ralentizar. En mi pecho, mi corazón latía tan fuerte y salvajemente por él y el placer dichoso que acababa de darme.

Temblé y me estremecí mientras él continuaba lamiéndome, más lento y perezosamente, como si no fuera a rendirse hasta haber lamido hasta la última gota.

Oh. Dios. Mío.

Era todo lo que podía funcionar en mi mente.

Ese mantra se repetía una y otra vez mientras me incorporaba, tan aturdida y satisfecha de que me hubiera dado placer oral de esa manera. Necesitaba unos momentos más para volver a la tierra. Me tomaría un tiempo recuperarme, pero no había tiempo.

El débil sonido de alguien al otro lado de la puerta me sobró instantáneamente. ¡Alguien estaba caminando ahí fuera!

¡Alguien podría encontrarnos aquí!

Se suponía que no debíamos estar juntos porque éramos enemigos, pero estaba más prohibido que eso. Se suponía que yo estaba en horario laboral y trabajando mientras él era un invitado.

Él se puso de pie, entrecerrando los ojos mientras me hacía callar silenciosamente. Ver su dedo sobre sus labios me recordó cómo se lo había lamido para limpiarlo, pero estaba demasiado asustada de ser descubierta como para excitarme de nuevo por él.

—No lo sé, Joann —dijo mi madre al otro lado de la puerta.

¡Oh, mierda! Tenía que ser mi madre la que estuviera ahí fuera.

—Tiene que estar por aquí en alguna parte —dijo.

Me cubrí la boca, mirando a Nick con ojos muy abiertos de alarma. Me estaban buscando. Mi ausencia había sido notada. No quería pensar que alguien podría haber visto a Nick persiguiéndome hasta aquí.

—Vamos a revisar cerca de las furgonetas de catering —dijo Joann.

Sin esperar, me deslicé de la mesa y pasé junto a Nick, apresurándome a escapar sin otra palabra para él. Ni siquiera otro pensamiento.

Porque lo único que podía hilvanar en mi mente ahora mismo era cómo la vida solo parecía maravillosamente justa cuando cedíamos a la imprudente tentación que representábamos el uno para el otro.

NICK

Me quedé en la sala de preparación tras la huida de Sabrina. La erección que se marcaba bajo mis pantalones no me haría ningún favor. Si alguien me viera correr tras Sabrina, conectarían los puntos y sabrían que ella era la causa de esta furiosa erección lejos de la fiesta.

Suspirando profundamente, me apoyé contra el borde de la mesa de preparación y miré fijamente el suelo.

Todavía podía saborearla en mi lengua.

Todavía podía escuchar el sensual gemido que emitió cuando la toqué.

Y todavía podía ver en mi mente lo cerca que había estado de llorar. No porque Tiffany la hiciera caer y cortarse la mano, sino porque estaba tan abrumada por la desesperación de odiarme y desearme a la vez.

Aunque los pensamientos sobre ella cuando alcanzó el orgasmo me acompañarían durante mucho tiempo, mi erección se desvaneció cuanto más me concentraba en lo que había dicho. Además de su confesión de desearme tanto, había deducido que probablemente la había buscado en primer lugar por Tiffany. Y esa era la verdad. Lo había hecho.

Pero no podría vivir conmigo mismo si seguía intentando arruinar a Sabrina. No quería hacerlo. La única forma en que quería arruinarla era sexualmente. Íntimamente. En la cama. Quería

hacerla romperse para mí de la manera más dulce, caliente y sexy posible. Quería destruirla y devorarla al mismo tiempo.

Joder.

Me froté la cara con la mano.

¿Qué me está haciendo?

Nunca había perdido la cabeza por una mujer antes. Ninguna chica se había *jamás* metido bajo mi piel de esta manera.

Después de un largo rato abstraído y esperando que mi erección se calmara, salí de la pequeña habitación para volver y comprobar cómo estaba Sabrina. No podía irme. Todavía no. No sería tan estúpido como para ir tras ella otra vez esta noche, no cuando habíamos estado tan cerca de ser descubiertos juntos. Pero mi hermanastra seguía ahí fuera, y todavía la molestaría. Tal vez esta vez, podría distraerla para que no se acercara a Sabrina.

Volví a entrar en el gran espacio con cúpula de cristal donde la fiesta aún continuaba. A un lado, divisé a Sabrina con Melody y Joann. Parecía que su madre la instaba a marcharse. La jefa también asentía con la cabeza, animando a Sabrina a irse.

Pasando junto a ellas, escuché a escondidas sin acercarme tanto como para que ella me viera.

—Sabrina, eres la trabajadora más dedicada que conozco —dijo Joann—. Pero estás herida.

—No es mi mano dominante —protestó Sabrina.

—No, y eso es aún peor —dijo Melody—. Llevamos las bandejas con nuestra mano no dominante. Por favor, cariño, vete a casa y asegúrate de que ese corte se mantenga limpio y vendado, ¿de acuerdo?

Bien. Quería que se fuera. No solo para que descansara y se tomara las cosas con calma con su mano, sino también para que se librara de las tácticas de acoso de Tiffany.

Suspiré aliviado cuando Sabrina se marchó momentos después. Quizás odiaba estar inactiva. O tal vez se alegraba de no tener que estar aquí cerca de Tiffany por más tiempo. De cualquier manera, era mejor que se perdiera el resto de la fiesta.

Una vez que se fue, tomé asiento en una mesa en la parte trasera de la sala. No quería quedarme, pero no estaba seguro de adónde más ir o qué más hacer ahora. Estaba inquieto y confundido por las cosas que se desarrollaron antes de darle placer oral en esa pequeña habitación. Ahora, después de lo sucedido, estaba más al límite y perdido.

—Vaya, vaya, vaya.

Tiffany se me acercó, sonriendo con una calma escalofriante.

Apreté los dientes, mirando al frente sin reconocerla mientras tomaba asiento junto a mí.

—No pensé que tuvieras agallas para hacerlo —comentó antes de suspirar con aire despreocupado, como si fuéramos dos amigos teniendo una charla casual.

—Te seguí después de que corrieras tras ella. Ya sabes, después de que tropezara como una torpe sosteniendo esa bandeja de vino.

Maldita desalmada. Sonaba orgullosa de haber hecho caer a Sabrina. Y no le importaría que se hubiera lastimado en el proceso.

No habló por un momento, dejándome en suspenso y esperando. Si me había seguido por toda la cocina hasta esa habitación donde me había encerrado con Sabrina...

Mierda.

—No fue precisamente silenciosa ahí dentro. —Tiffany se echó su rubia melena por encima del hombro y resopló—. Tengo que reconocértelo, sacrificar tu tiempo para realmente enredarte con ella. Quiero decir, tiene que ser tan difícil no sentir repulsión por alguien como ella, y aun así lo lograste.

Nos había escuchado. Había escuchado a Sabrina cuando llegó al orgasmo. No habíamos encontrado privacidad después de todo, y detestaba a mi hermanastra por arruinar esa experiencia. Sabrina era mía para disfrutar y dar placer, y tener a una persona tan maliciosa como Tiffany invadiendo eso se sentía como un crimen.

—Pero no es como si alguien fuera a saber que te la estás follando o jugando con ella. —Se giró más hacia mí, pero me

contuve de mirarla. Registrarla en mi visión periférica era todo lo que merecía.

—Lo que necesitamos es un plan. Tienes que follártela otra vez, Nick, pero esta vez, grábalo en video.

Giré la cabeza para fulminarla con la mirada.

—Un video sexual. —Asintió, sonriendo ahora que tenía mi atención.

Ni de coña.

Ya me estaba reprochando lo de la pintura. Había hecho que Daniela borrara los videos. Una gruesa capa de pintura negra cubría el lienzo, ocultando la obra de arte que había creado.

Por encima de mi cadáver engañaría a Sabrina para hacer un video sexual conmigo para poder compartirlo y avergonzarla.

Me levanté y me alejé.

No me salían las palabras, y estaba demasiado enfurecido para responder, de todos modos. Si abría la boca, rugiría y vocearía cuánto la odiaba y deseaba que no existiera en mi vida. Gritaría lo enojado que estaba porque me hubiera puesto en esta situación.

En lugar de eso, me alejé. Con suerte, mi brusca partida serviría como respuesta a su horrible sugerencia. No tomaría su consejo ni seguiría su plan.

Pierce vino a recogerme en la carretera mientras me alejaba caminando del lugar.

—¿Estás bien, tío? —preguntó.

Negué con la cabeza, mirando con furia por el parabrisas.

Se rió, alejándose en el coche. —Parece que necesitas emborracharte.

Ya estaba jodido. Estaba atrapado. Así que asentí. Beber con mi amigo no solucionaría nada, pero tal vez por esta noche, podría adormecer el shock y la furia que no podían disiparse dentro de mí.

—Por favor —respondí a sus continuas risitas.

Al día siguiente, me desperté tarde en la tarde, con resaca y sin estar más cerca de cualquier estrategia o idea sobre cómo manejar esta situación que me estaba destrozando. No quería lastimar a

Sabrina, pero tenía que asegurarme de que Tiffany no le contara a George que mi madre estaba siendo infiel.

Era demasiado tarde para ir a clase, y tampoco me apetecía pasar tiempo en el estudio y empezar una nueva pintura.

Al revisar mi teléfono, vi mensajes con los que no quería lidiar.

Daniela preguntaba sobre qué más podía publicar pronto.

Tiffany me había enviado mensajes sugiriendo lugares donde engañar a Sabrina para tener sexo y grabarlo.

Un par de compañeros de clase de arte me habían contactado sobre un grupo de estudio, lo cual era irónico de todos modos. Era para una clase de arte. ¿Qué había que estudiar? Nuestras calificaciones venían de nuestros proyectos, no de exámenes.

Sin energía y extrañando a Sabrina terriblemente, entré en las redes sociales para espiarla a través de sus publicaciones. La más reciente era de hace una hora. En ella, sonreía en una playa donde estaba haciendo voluntariado para una limpieza.

Por supuesto.

Por supuesto que estaba ahí fuera haciendo el bien.

Esa era la dulce y buena chica que era.

Lo que me hacía doler el pecho era saber que ella podía ser tan perfectamente traviesa y mala, también, para *mí*.

Necesitando verla, me duché y me subí a mi moto para ver esta cosa de la limpieza. Todo parecía diferente, más inestable ahora, desde que casi habíamos acordado que no podíamos resistirnos el uno al otro. No tenía ni idea de cómo actuaría cerca de ella en el campus, y era inevitable que la vería. Lo deseaba. Estaba en el punto en que la deseaba en mi vida más allá del poco tiempo que podía disfrutar de su compañía allí.

No fue difícil encontrar el área de limpieza de la playa. Múltiples señales indicaban el camino a seguir. Aunque no estaba excesivamente concurrido ni abarrotado de voluntarios ayudando a retirar plásticos y basura, parecía una impresionante participación. No eran solo uno o dos empollones ecologistas. Niños. Adolescentes. Ancianos. Familias enteras. Después de aparcar mi moto y observar

desde la zona de aparcamiento de la carretera, juré que una pareja cerca del agua estaba en una cita, incapaz de evitar besarse de esa manera cursi de amor joven que la gente tiene cuando comienzan a salir.

Encontré a Sabrina rápidamente, y como solía suceder entre nosotros, ella levantó la cabeza e hizo contacto visual conmigo. Sabiendo que mi mirada sobre ella era algo tangible que no podía ignorar, contuve una amplia sonrisa. Sonreír parecía incorrecto ahora mismo. No estábamos en la misma situación que esa empalagosa pareja de jóvenes enamorados. Tenía que aceptar no lastimarla, pero también no perder la estabilidad en casa para que mi madre pudiera un día obtener la ayuda que necesitaba. Terapia. Medicación. Más terapia. George podría pagarlo. Yo no.

Solo ver a Sabrina calmaba mi alma. Había querido escapar de la oscuridad que debía llamar mi vida, y ella era la roca que necesitaba para mantenerme firme.

No parecía que ella sintiera lo mismo ahora. Esperaba que estuviera nerviosa después de lo cerca que habíamos estado de ser descubiertos en esa fiesta donde trabajaba. Tal vez necesitaba más tiempo para recalibrar. Aunque no me bajé de la moto ni me acerqué a ella, solo espiándola desde esta distancia, vi cómo trataba de ignorarme. Incluso si no estaba intentando evitarme, estaba ocupada. Por lo que podía ver, era más o menos la coordinadora de este evento. Dirigía a la gente hacia dónde llevar las bolsas de basura plástica. Caminaba junto a otros en la arena, recogiendo escombros y poniéndolos en su propio contenedor. Más tarde, sacó un portapapeles para que los voluntarios interesados probablemente se comprometieran con algo.

Si alguna vez dudé que tenía un buen corazón, tenía todas las pruebas aquí y ahora. Le importaba: el medio ambiente, los ciudadanos y vecinos normales y corrientes, y la justicia. Y no era para aparentar. Estaba aquí en primera línea, dispuesta a ensuciarse con todos los demás y hacer su parte.

No pasó mucho tiempo para que surgiera en mí esa envidia familiar. A ella le importaba. Era un alma generosa y dadivosa.

Pero no le importaré yo.

No como quería que le importara. Hasta ahora, yo era el objeto de su afecto reluctante. Sabía que me deseaba, pero viendo lo capaz que era de abrir su corazón a los demás, yo también quería formar parte de ese amor.

Joder. ¿Amor?

Debería haberme asustado lo rápido que mis pensamientos podían ir en esa dirección.

Cuanto más tiempo pasé de pie observándola como el acosador en que me había convertido por ella, me di cuenta de que esta área era un lugar al que solía ir cuando era niño. Antes del primer diagnóstico de leucemia, cuando era un niño ingenuo y despreocupado, papá nos traía a mamá y a mí a esta zona. Recogíamos conchas. Perseguíamos las olas. Hacíamos picnics. Construíamos castillos de arena. Todo eso.

En lugar de transformarse en el habitual pozo de tristeza y dolor que venía con los pensamientos y recuerdos de mi padre, algo más me golpeó.

Estaría tan avergonzado de mí.

Si mi padre estuviera vivo para conocer a Sabrina, la recibiría en la familia. Le caería bien, una persona de buen corazón y generosa como él. Y si supiera lo que le había hecho a una buena chica como ella, si supiera lo que estaba tratando de hacer, estaría muy decepcionado de mí. Incluso después de su muerte, tenía ese impacto en mí.

Bajé la cabeza y me odié un poco más por estar atrapado entre enamorarme de la chica equivocada y esperar poder salvar a mi madre y ayudarla lo mejor que pudiera.

SABRINA

La limpieza de la playa terminó antes de que pudiera sentirme frita bajo el sol. Todo salió sin problemas, como de costumbre. No era mi evento. No lo había coordinado yo. Un grupo local de jardineros organizaba esta limpieza cada trimestre, y yo era una voluntaria habitual. Estaban tan familiarizados conmigo que me habían nombrado supervisora.

Cuando vi a Nick en su bicicleta cerca de allí, me pregunté si causaría problemas estando aquí. Después de huir de él en aquella fiesta, volví a caer en el territorio de la gran incógnita de no saber cómo manejarlo. O cómo manejar esta atracción prohibida que no desaparecía por él.

Sin embargo, mantuvo su distancia, simplemente quedándose allí y observando. Me gustó que hubiera venido, casi como si necesitara verme para mantener la cordura. Yo también me sentía así, pero cuando me di cuenta de que mi acosador se había convertido en una de las personas más importantes en mi vida, sacudí la cabeza ante lo extraño que resultaba todo.

Era mi acosador, pero ahora disfrutaba la idea de que me cuidara y velara por mí.

Han pasado cosas más locas.

Experimentando la euforia de hacer el bien y ayudar al medio ambiente, sonreí mientras ayudaba pacientemente a los jardineros a recoger lo último de sus cosas.

—Gracias, Sabrina —dijo la coordinadora una vez que colocamos la última bolsa de plásticos reciclables cerca de la carretera donde serían recogidas—. De nuevo —se rio—. Eres nuestra voluntaria favorita.

Sonreí, no por su elogio sino por la felicidad que me daba hacer algo bueno.

—¡Gracias por dejarme ayudar!

No hacía daño haber estado rodeada de almas altruistas y afines toda la mañana. Y fue un gran beneficio conseguir algunas firmas más para mi recaudación de fondos para la piscina. Parecía que nunca dejaría de encontrar apoyo genuino si me arriesgaba a salir y buscarlo o pedirlo.

Antes de volver al coche, que ahora tenía el neumático reparado, miré de nuevo a una mujer que había aparecido cerca del final.

Algo en ella me resultaba vagamente familiar, como si la hubiera visto antes. No podía ponerle un nombre a su cara. Pero era la tristeza que mostraba tan claramente lo que me hacía seguir mirándola.

¿Quizás está sola?

Mamá y papá siempre me advirtieron que no dejara que mi gran corazón me gobernara *todo* el tiempo, pero no podía apagar mi naturaleza empática.

Decidiendo que podría ser alguien que necesitaba una amiga, me acerqué con una pequeña sonrisa.

—Hola.

Me miró, casi sobresaltada, como si la hubiera sacado de un profundo trance.

—No pude evitar notar que lleva bastante tiempo de pie aquí —dije suavemente—. ¿Está bien?

No era un crimen estar de pie en una playa pública. Probablemente solo estaba disfrutando del sol y de algo de paz y tranquilidad en la naturaleza. Pero si no era así, y necesitaba una amiga... Yo siempre tendería la mano cuando un extraño necesitara ayuda.

—Quiero estar bien.

Oh, no.

Cuando me acerqué más, su cabello se echó hacia atrás con la brisa. Eso fue todo lo que necesité para reconocerla. Estuvo en la fiesta cuando estaba sirviendo.

La señora Lorsen. Su largo cabello negro había volado hacia atrás cuando pasó junto a un ventilador en el conservatorio, y recordé cómo los mechones color cuervo se apartaron de su cara entonces.

Estuvo con George Lorsen toda la noche, y era obvio que tenía que ser su esposa.

Es la madre de Nick.

Pero no mostró ningún reconocimiento mutuo. No esperaba que se diera cuenta de que yo había estado en esa recaudación de fondos. Solo estaba allí como miembro del personal de catering, y ningún invitado nos prestaba atención nunca. Como empleados allí para servir a los ricos, nos mezclábamos con el fondo. Cuando Tiffany me hizo tropezar y me corté la mano, estaba tan nerviosa de que los invitados me prestaran atención, pero el único que lo había hecho fue Nick.

Como si se diera cuenta de la seriedad de sus palabras, sonrió con ironía al reconocer que yo estaba a su lado.

—No te preocupes. No soy suicida ni nada por el estilo. No esta vez.

Oh, no. No pude evitar mirar el alto muelle cercano, el que tenía múltiples letreros para instar a la gente a no considerar el suicidio debido a su altura sobre el agua.

—Pero, eh. ¿Lo ha sido antes?

Ella asintió, aparentemente sin miedo de hablar con una extraña sobre algo así.

—Hace años.

—Lo siento.

Suspiró profundamente.

—Yo también. Por tantas, tantas cosas —Con una mirada, pareció considerarme, quizás evaluando si me explicaría más—. ¿Has estado

alguna vez enamorada?

Parpadeé, desconcertada por su pregunta directa de la nada. Supuse que mi pregunta sobre si alguna vez había sido suicida era una cuestión igual de indiscreta que la suya.

—Yo... —aclaré mi garganta, encontrando un emocionante sentido de libertad para decir la verdad que estaba aprendiendo con esta extraña. Ella no era una extraña para mí. Yo sabía quién era. Era la madre del hombre del que me estaba enamorando—. Creo que lo estoy.

—¿Crees? —Una sonrisa casi cambió su rostro.

Asentí.

—Por primera vez —Me encogí de hombros—. Quiero decir, ¿cómo se supone que realmente debo saber cómo definirlo?

—Lo sabrás. Lo sabrás porque pensarás en esa persona y estarás segura de que no puedes imaginar tu vida sin ella.

Bueno, entonces... confirmado. Asentí.

—Eso suena bastante acertado.

—¿Ves ese banco de allí? —señaló uno cerca del muelle. Estar sentada allí daría una maravillosa vista de la puesta de sol.

—Sí.

—Ahí es donde mi primer amor me propuso matrimonio. Hace muchos, muchos años —Exhaló un largo suspiro de nuevo, hundiendo los hombros. Abrazándose a sí misma, miró fijamente el banco—. Mi primer y último amor.

—Lo siento mucho.

—Yo también —admitió—. Siento mucho que David tuviera que sufrir. Siento mucho que el destino tuviera que joderlo al final —Me dio otra mirada, como comprobando que todavía estaba allí y que no estaba hablando sola, tan deprimida y triste como estaba—. Luchó contra el cáncer durante años. Años y años. Dos meses después de que lo declararan en remisión y libre de cáncer, para siempre, dijeron, algún adolescente tuvo que enviar mensajes mientras conducía y chocó contra él.

—Oh, lamento mucho su pérdida... señora —Luché contra el impulso de abrazarla.

—Fue tan cruel perderlo después de luchar contra la muerte durante tanto tiempo. Y en todo ese tiempo, seguía pensando que tenía que lograrlo. Tenía que sobrevivir porque no podía imaginar mi vida sin él.

—Debe ser difícil.

Ella asintió.

—Lo es. Realmente lo es. He estado tratando de afrontarlo y seguir adelante. He estado tratando de dejar que el amor o la felicidad vuelvan a entrar en mi vida, pero eso se siente como rendirse y tirar por la borda el amor que tenía por David.

—Siempre lo amará —dije, sin saber cómo y dónde encontré el valor para actuar como si supiera algo sobre esto—. Y eso no es un crimen.

—Sí. Pero me está frenando. Me volví a casar para que mi hijo y yo no termináramos en la calle. Todos esos tratamientos, y los padres de ese adolescente que chocó contra él tuvieron la desfachatez de demandarnos *a nosotros*. Afortunadamente, el viejo amigo universitario de David nos apoyó. Si no hubiera sido por la asistencia legal de George, nunca habría podido ganar ese caso.

Me sentí aliviada de que Lorsen & Spengler pudiera asumir casos "buenos" y luchar por causas justas también.

—George sabía lo desesperadas que eran nuestras finanzas, sin embargo, y aunque mi hijo y yo nunca tuvimos que pasar sin lo necesario, lo habríamos hecho. Dejé mi trabajo hace diez años para ayudar a David con sus tratamientos, y con lo mucho que ha cambiado todo con la tecnología y la fuerza laboral, nunca habría podido volver a mi antigua carrera —Una vez más, me miró, como si necesitara ver que alguien la escuchaba y, quizás, que yo no la estaba juzgando—. Así que, cuando me ofreció casarse conmigo, acepté. Quería seguir adelante. Nunca *amé* a George, pero quería creer que incluso los amigos podían tener una forma de vínculo amoroso.

—Eso tiene sentido.

Arqueó las cejas.

—¿Tú crees?

—El amor no es blanco y negro. El amor que tienes por un padre será diferente del amor que tienes por un amigo. El amor que tienes por tu pareja será diferente del amor que tienes por tu vecino. Pero todas las formas de amor pueden importar.

—Eso es lo que pensaba.

Fruncí el ceño.

—¿Pero ya no?

—No. No puedo —bajó la mirada, como si no pudiera soportar seguir viendo ese banco—. Me casé con George sabiendo que seríamos amigos. Pero empecé a preguntarme si algo más podría crecer entre nosotros. Nos conocíamos desde siempre. Ambos nos preocupábamos por David. Pero justo cuando empezaba a pensar que tal vez quería abrirme más a él, o abrirme a algo más allá del dolor, me di cuenta de que él no correspondería. ¿Cómo podría hacerlo cuando ya me está engañando?

Vaya. No contaba con esa bomba. ¿El profesor Lorsen estaba engañando a su esposa?

—Quizás esté mal de mi parte esperar que me sea fiel cuando nunca tuvimos intimidad.

—No, eso no es justo —protesté—. Yo... yo me sentiría igual —No tenía experiencia para hablar, pero esta conexión con Nick me estaba abriendo los ojos. Hace falta valor para amar a alguien, y se requiere un riesgo para permitir que alguien se acerque lo suficiente como para romperte el corazón. Sonaba como si esta viuda hubiera calculado mal en su acto de fe, y eso me enfureció por ella.

—Al principio, quería pensar eso. Y seguía preguntándome si solo estaba siendo paciente conmigo. Pero luego empecé a ver señales de que me estaba engañando... Tiene todas esas cámaras de niñera por toda la casa, y resultó que vi... —suspiró—. No voy... no puedo entrar en detalles. Eso es inapropiado. Ni quiero abrumar a una extraña como tú... —Me miró más de cerca, estudiándome tan

intensamente que me pregunté si me recordaba, después de todo. No había estado presente en la reunión en su casa, pero tal vez me había visto de paso.

—No. No me estás abrumando ni nada parecido.

Otro suspiro pesado escapó de sus labios.

—Yo misma me siento abrumada. Siempre he tratado de mantener bajo control a la bestia de la depresión. Es una preocupación constante. Y luego también me preocupo por mi hijo —Levantó la mano para frotarse la frente—. Está tan enfadado, furioso por haber perdido a su padre, amargado y triste por la pérdida.

Escucharla contarme algo tan personal sobre Nick se sentía mal, como si estuviera yendo a sus espaldas. Pero no era así. Y no era tan difícil saber que esto tenía que ser verdad. Nick era así de oscuro. Llevaba mucho resentimiento. Lo sabría bien. Lo había proyectado en mí.

—Está tan enfadado con el mundo por perder a su padre. Todo lo que he querido hacer desde que perdimos a David fue hacer lo correcto por Nick. Estoy tan rota por dentro que me siento desesperanzada, pero especialmente con él, siento que estoy fallando.

—No, eso no puede ser cierto —dije.

—Solo quiero que tenga un hogar y otras personas además de mí en quien apoyarse —Negó con la cabeza, sollozando—. Lo siento. No sé por qué pensé que era buena idea descargar todo esto en ti —Se rio una vez, incrédula, como si no pudiera creer que lo hubiera hecho—. Una extraña. Y aquí estoy actuando como si fueras una psicóloga o algo así. Dios mío. Lo siento mucho.

—No —extendí mi mano y la mantuve en alto—. No. Está bien...

—Siento cargarte con todo esto y... —Retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza mientras la vergüenza cubría su rostro.

—Está bien —insistí.

Sacudiendo la cabeza más rápido, se dio la vuelta y huyó de la playa. Claro, era un poco extraño que descargara todo eso como lo

había hecho, pero tal vez desahogarse con una extraña era lo que necesitaba sin saberlo. Mamá y papá, Elise también, todos decían que yo era buena escuchando y que simplemente provocaba que la gente se abriera. Quizás eso fue lo que pasó con ella.

Mientras ella se alejaba corriendo, me sentí terrible porque estuviera tan afligida y destrozada por todo esto. No tenía experiencia con una pérdida como la que habían sufrido: ella perdiendo a su esposo y Nick perdiendo a su padre. Pero me dolía por ellos. Y ahora que tenía más información de fondo, entendía mejor por qué Nick podría estar comportándose como lo hacía.

Elise me dijo que había cambiado de ingeniería a arte, y sus calificaciones habían bajado bastante. Eso sugería un cambio dramático en sus objetivos. Y más recientemente, había sido un idiota conmigo, acosándome antes de ceder a la intimidad conmigo.

Solo está actuando con ira porque está sufriendo por dentro.

No quería hacer excusas por él, pero sonaba cierto. Yo creía que los acosadores, o cualquiera que estuviera siendo malo, actuaban así porque estaban heridos e inseguros por dentro.

Y ya se había acercado lo suficiente como para importarme. Me dolía pensar que estaba sufriendo así. No me gustaba la idea de que reaccionara con ira porque estaba atrapado en el dolor y la tristeza.

En lugar de ir a casa, conduje hacia el campus. No podía buscarlo en su casa, la mansión Lorsen. Si iba allí para encontrarlo, podría encontrarme con su madre de nuevo y ella se daría cuenta de que no era tan extraña para su familia, después de todo. O podría encontrarme con Tiffany, y no estaba de humor para su mezquindad. O podría ver al mismo profesor Lorsen, y no estaba segura de qué pensar sobre él ahora sabiendo que era un infiel.

Me dirigí hacia el estacionamiento más cercano a los edificios de arte y encontré un lugar allí. Había enviado esa compresa de hielo al estudio de arte que figuraba como suyo en la página web del departamento de arte. Tal vez estaría allí. O tal vez podría esperarlo allí. Parecía un esfuerzo, pero no podía contener esta necesidad de...

bueno, de verlo. Era como cuando él me buscaba y me observaba durante la limpieza de la playa.

En la puerta de su estudio, llamé y esperé una respuesta. La música se filtraba desde dentro, pero nadie respondió a mis golpes.

¿Está aquí siquiera?

Estaba tensa y nerviosa, ansiosa por tomar la iniciativa así para perseguirlo, por una vez.

Golpeé más fuerte.

Nadie respondió, pero cuando toqué el pomo de la puerta, me sorprendí y me alivié al ver que estaba abierta y sin llave.

Ve ya. No te acobardes ahora.

Dudé, sin embargo, porque este era un gran paso en una dirección diferente. Iba tras él. Y tenía que hacerlo. Porque más de mi corazón se agrietaba y se desmoronaba cuando pensaba en su sufrimiento y en su enfado con el mundo.

Mi corazón sangrante no podía soportarlo. Y mis crecientes sentimientos por él me hacían desear poder ser una fuente de seguridad y consuelo como él lo había sido para mí.

Con la mente decidida, giré el pomo y empujé la puerta hacia dentro. Con esta ligera entrada al estudio de arte, inmediatamente me asaltó el fuerte olor a pintura y los bajos acordes del rock alternativo que sonaban en algún lugar dentro.

Entrando completamente, mantuve la mano en la puerta para cerrarla por completo.

Él estaba aquí, claramente sin oír el golpe con la música sonando. Le quedaba bien, además, una canción lenta y baja sobre la pérdida.

Con ese extraño magnetismo que se manifestaba cada vez que estábamos cerca, él levantó la mirada. Sintió mi atención en él, igual que yo podía saber cuándo él me observaba. Espiando y acechando. Incluso acosando.

Su ceño se frunció mientras hacía una pausa al levantar un pincel hacia un lienzo. Sus jeans estaban salpicados. La camiseta blanca estaba manchada con grises y azules. Pero era el tormento en sus ojos lo que más captó y mantuvo mi atención.

El dolor todavía estaba allí debajo de la sorpresa.

Estaría sorprendido de que yo estuviera aquí.

Era la primera vez que hacía un movimiento para estar cerca de él.

Sin darle la oportunidad de preguntarse por qué había aparecido, corrí a través del espacio del estudio, tan contenta de haberlo encontrado solo aquí. Antes de alcanzarlo, él dejó caer el pincel, liberando sus manos para atraparme cuando me lancé hacia él. Abrazándolo ferozmente, deseé poder infundirle algo bueno. Cualquier cosa que pudiera darle consuelo para contrarrestar la tristeza y el dolor.

—¿Sabrina? —No retrocedió, devolviendo el abrazo con sus brazos musculosos apretándose firmemente a mi alrededor.

No pude responder. No sabía qué decir. No había ensayado nada, y no estaba segura de cómo podría planear explicarle que su madre estaba descargando su dolor en mí, suponiendo que yo era una extraña.

En cambio, me estiré y lo besé, derramando todo el afecto que no podía poner en palabras.

NICK

La última vez que Sabrina y yo estuvimos a solas, tuve que esforzarme mucho para que se rindiera a lo que realmente quería. A mí.

Con su aparición inesperada en el estudio, me sentí más desequilibrado de lo habitual.

Pero mientras me abrazaba, cerré los ojos y saboreé su cuerpo suave envuelto alrededor del mío. Quien dijo que los abrazos sanaban a las personas tenía razón. Simplemente tenerla en mis brazos era un bálsamo para mi alma.

Aun así, las preguntas me atormentaban. Estaba confundido. Y con lo seriamente intensa que se veía mientras corría hacia mí, estaba preocupado.

¿Había ocurrido algo que la empujó a venir a mí?

¿Cómo podía haber adivinado que estaría aquí?

Pero lo más importante, ¿por qué?

—¿Sabrina?

Ella se apartó ligeramente, manteniéndose a mi alcance. Luego, sin responder, se inclinó y presionó sus labios contra los míos.

Cada vez que me besaba, estaba jodidamente perdido. Esos labios suaves y carnosos siempre serían mi perdición. Sin embargo, esta vez, al tomar ella la iniciativa, le faltaba ese hambre obstinada. No estaba exigiendo que le devolviera el beso como la pareja

cachonda y obsesionada con el sexo en que nos estábamos convirtiendo el uno para el otro.

Ella me besaba a *mí*. Con ternura y suavidad, rozó sus labios sobre los míos como si quisiera entregar algo dulce a mi vida. Como si quisiera borrar cualquier cosa mala.

Como si le importara.

Como si quisiera hacerme feliz.

Cuando se apartó, fruncí el ceño y me preocupé aún más. —¿Qué pasa?

Algo tenía que ir mal para que estuviera cambiando tan rápidamente y acercándose a mí. Por mucho tiempo que hubiera insistido en que no podíamos funcionar y que no se enamoraría de mí de ninguna manera, ahora se estaba zambullendo de cabeza en hacer que esta conexión entre nosotros se sintiera aún más fuerte y más real.

Negando con la cabeza, ella evadió de nuevo la pregunta. Esta vez, cuando me besó nuevamente, con más calor y deslizando su lengua entre mis labios para explorar mi sabor, gemí y cedí.

¿Quién era yo para cuestionarla?

Esto era exactamente lo que había estado deseando. Su rendición y necesidad de mí eran precisamente lo que había estado fantaseando.

Puedo preguntar más tarde. Después.

Ahora, con ella en mis brazos y sin que nadie fuera a entrar al estudio por el resto de la noche, disfrutaría de todo lo que pudiera.

Besándola con más fuerza, me incliné hasta poder agarrar la parte inferior de sus muslos. Ella siguió mi iniciativa, arqueando la espalda y saltando para que pudiera sostenerla. Así, su sexo se presionó contra mi erección que crecía rápidamente tensando mis vaqueros. Un beso profundo de ella era todo lo que necesitaba para estar listo y dispuesto a follarla. Y esta no era la excepción.

Que ella estuviera aquí no tenía sentido después de haber jurado durante tanto tiempo no querer saber nada de mí.

Pero llevarla hacia el sofá en la esquina del estudio tenía un sentido completamente perverso y perfecto.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado mientras se aferraba a mí, colocando sus brazos sobre mis hombros y asegurándolos en un lazo alrededor de mi cuello. Gimiendo y duelando con nuestras lenguas, luchamos por el dominio, pero aun así, esto era suave. Tierno y lento. Dulce y sensual. A diferencia de las otras veces que me había acostado con ella, parecía que estábamos en la misma página de alargarlo.

La bajé al sofá, siguiéndola hasta quedar suspendido sobre ella. Apoyando mis antebrazos a ambos lados de su cabeza, presioné mi cuerpo sobre el suyo y disfruté de los gemidos condenadamente sexys que escapaban de sus labios.

Besándonos sin pausa, trabajamos en quitarnos la ropa. A ella no le importaba que aún tuviera pintura en los brazos y las manos. Y yo no estaba de humor para ir más despacio porque ella todavía tenía arena pegada a sus pantorrillas. Nos besamos hasta que el aire dejó de importar. La única prioridad que podíamos compartir era desnudarnos, y el camino para lograrlo era todo el juego previo que podía manejar.

Verla desnuda y abierta para mí era un regalo que nunca daría por sentado. No solo porque se suponía que debía tratarla como la enemiga por Tiffany, sino porque nunca se suponía que fuera mía.

Devoré con la mirada su piel dorada y suave. Arrastrando la vista por sus generosos pechos y pezones oscuros y erguidos, gruñí de deseo.

—Por favor —dijo, extendiendo sus brazos hacia mí mientras yo la contemplaba y me llenaba de ella. Grabar este momento en mi memoria se sentía demasiado importante, como si no estuviera seguro de cuándo podría contar con su rendición de esta manera nuevamente.

Asentí, acariciando sus caderas mientras bajaba mi mano hacia su coño. Primero deslizando un dedo, luego otro, jugué con ella y me deleité en cómo se retorcía y se removía en el sofá. Tan lista e

impaciente, completamente abierta y sin mantener defensas ni capas entre nosotros.

En el fondo de mi mente, consideré preguntarle si quería que usara un condón, pero no lo hice. No podía manejar tanto distanciamiento de ella en este estado. Yo estaba limpio, y como le había quitado la virginidad, sabía que ella también lo estaba. Además, por buscar información sobre ella, vi su publicación en línea sobre la lucha por los derechos de las mujeres y sabía que tomaba la píldora.

No podía soportarlo más. No podía esperar. Y con lo entrecortada que era su respiración, estaba tan cerca de correrse por primera vez esta noche. Anticipaba hacer el amor con ella toda la maldita noche. Tenía que hacerlo. Porque estar con ella se sentía demasiado correcto para renunciar.

Sus paredes internas resbaladizas apretaron mis dedos, y sentir el comienzo de su orgasmo me impulsó a sonreír y observar cómo se deshacía para mí. Temblando y gritando, arqueó la espalda y levantó las manos sobre su pecho. Como si estuviera tan abrumada por el alivio de correrse que casi se abrazaba a sí misma.

—No. Ni se te ocurra esconderte de mí. Eres mía, Sabrina. —Me acerqué más, abriéndome paso entre sus piernas.

—Nick —gimió, mirándome con una mirada atónita y satisfecha.

—Eres mía, Sabrina. —Empujé la cabeza de mi polla más cerca, luego la froté sobre sus jugos y la embadurné.

—Tuya —aceptó en un susurro entrecortado. Elevando sus caderas, me instó a deslizarme dentro de ella—. Tómame, por favor, Nick. Hazme tuya.

Joder, era algo más. Quería su sumisión, pero nunca había soñado que alguna vez sería tan seductora y ávida de mí a cambio.

Empujé dentro de ella hasta quedar completamente enterrado. Mi corazón se aceleró y mis abdominales se tensaron. Así de impactante fue cuando estuve completamente dentro de su cálido canal.

Adelante y atrás, la llené. Salí lentamente y me obligué a mantener firmes mis embestidas hacia ella. Era un desafío mantener este ritmo perezoso y tierno, pero mientras miraba sus ojos y creía ver el amor que sentía por ella reflejado hacia mí, supe que esta sería solo la primera de muchas veces en que podríamos perfeccionar el arte de hacer el amor.

No follar.

No un simple revolcón.

Quería hacer el amor a esta mujer por el resto de mi vida.

Esa realización amaneció en mí con tal potencia que no pude contenerme más.

En mi siguiente embestida lenta pero fuerte dentro de su estrecho coño, ella gritó y se apretó alrededor de mí. Sentir cómo me envolvía tan estrechamente fue el último hilo. Gruñí, tensando los músculos de mi espalda superior mientras me corría con ella. Mis testículos se tensaron, y empujé una vez más para inundar su vientre con mi semen.

En unida dicha, caímos sobre el pináculo hacia el que habíamos estado corriendo. Correrme con ella fue tan bueno, tan perfecto, que no podía pensar con claridad. Apenas podía respirar lo suficientemente rápido por el esfuerzo extenuante de no dejar que la tensión me controlara.

Mientras cerraba los ojos en alivio, me hundí contra ella. Sus brazos me rodearon, animándome a cubrirla. Y mientras yacía sobre ella, sintiendo las réplicas y las olas persistentes de su sexo ordeñándome, me concentré en el rápido latido de su corazón bajo el mío.

Latiendo juntos tan rápido.

Como si realmente estuviéramos unidos como uno solo.

SABRINA

Intenté que mi corazón se calmara. Latía con fuerza en mi pecho mientras bajaba del éxtasis de hacer el amor con Nick... otra vez.

Mi plan al venir aquí era abrazarlo. Hacerle saber que no tenía por qué estar solo, enfadado y herido de esta manera todo el tiempo.

Pero ahora que habíamos caído juntos, tendría que lidiar con las consecuencias, esa confusa necesidad y anhelo que comenzaría en cuanto me fuera. Tendría que enfrentarme a eso nuevamente y averiguar cómo evitar perder completamente de vista lo que también importaba, como su conexión con mi némesis.

El atractivo de ser becaria en Lorsen & Spengler ya se estaba desvaneciendo, pero cuanto más aprendía sobre la familia Lorsen, cuanto más descubría sobre el drama personal y las dificultades de Nick, menos quería estar afiliada con esa poderosa familia de abogados.

Se incorporó y me miró intensamente. Tenía el ceño fruncido de nuevo, y sabía que estaría esperando una explicación de por qué había aparecido después de insistir en que ni siquiera podíamos estar juntos.

—¿Por qué...?

Negué con la cabeza, empujando un poco para que me dejara levantarme. Por supuesto, ahora había dado marcha atrás y me presionaba contra el sofá. Ahora que habíamos cedido tan

rápidamente al sexo, lo único que debería quedar es una conversación sobre el porqué.

—Sabrina, ¿por qué actúas así?

Resoplé, empujando un poco más hasta que se movió lo suficiente como para que pudiera deslizarme por el sofá y luego bajarme completamente. Estar desnuda frente a él se sentía extraño, o al menos así, lo era. No había nadie más alrededor, pero este no era exactamente un lugar privado. Cualquiera podría entrar.

—Respóndeme —se levantó mientras yo empezaba a ponerme la ropa. No encontraba mi sujetador, pero eso apenas importaba. Me puse la camiseta por la cabeza mientras buscaba mis shorts.

—Sabrina —me advirtió mientras se ponía los vaqueros—. ¿Por qué apareciste así y actuaste como si tú...? —frunció el ceño mientras dejaba de hablar—. ¿Qué está pasando?

—Necesito irme —fue lo único que pude decir. Después de un encuentro amoroso tan tierno, no podía decirle lo que su madre había dicho. Se sentía como una violación demasiado personal de la confianza.

No era mi lugar entrometerme, ¿verdad?

—¿Por qué estás...? —gruñó, levantándose y poniéndose la camiseta—. ¿Por qué finges que te importa?

—¿Fingir...? —me ahogué con un sollozo repentino. Las lágrimas se escaparon de mis ojos, y odiaba que me hubiera reducido a las lágrimas. No porque me estuviera lastimando o burlándose de mí como lo había hecho cuando nos "conocimos" por primera vez, sino lágrimas por él y porque *sí* me importaba. Porque la razón por la que vine aquí era porque no podía soportar su dolor.

Con la visión borrosa, me giré para salir corriendo del estudio. Tenía que salir de aquí. Tenía que correr. No podía enfrentarlo y averiguar cómo mantenerme firme en querer consolarlo cuando no era correcto que yo tuviera esa información.

No me detuve a buscar mi sujetador o mis bragas. Aliviada de que mis llaves del coche aún estuvieran en los bolsillos de mis shorts, salí corriendo. Agitando los brazos, corrí tan fuerte como

pude, descalza, porque no me había detenido lo suficiente para buscar mis sandalias, e hice una mueca al oír que él venía tras de mí.

—¡Sabrina! —sus pasos más pesados retumbaron detrás de mí.

—¡Para! —él no disminuyó la velocidad, corriendo hasta afuera.

Gimoteando con la necesidad de escapar, doblé una esquina demasiado rápido y no tuve tiempo de corregirme antes de tropezar con un bordillo del estacionamiento.

Antes de que pudiera caer y dar con la cara en el pavimento, Nick estaba ahí. Me había perseguido tan rápidamente y se había mantenido tan cerca de mis talones que estaba más cerca de lo que me había dado cuenta. Sus fuertes brazos se extendieron para detener mi caída, pero aún sentí una punzada de dolor subiendo por mi pierna. Mi tobillo gritaba de agonía por haberlo torcido en la caída.

Grité, jadeando y tensándome ante el inevitable impacto contra el suelo.

Pero no ocurrió.

Él me había atrapado. Sosteniéndome mientras respiraba fuerte y rápido para recuperar el aliento, me mantuvo segura y fuera del suelo. Me miró, con el ceño fruncido por la preocupación y la molestia.

—Sabrina —logró decir entre respiraciones agitadas.

Negué con la cabeza y me retorcí para liberarme.

Él no cedió. —Solo detente. Para. Antes de que te lastimes de nuevo.

—Solo tropecé porque me perseguiste —acusé, tan nerviosa y perdida sobre cómo manejar esto. Aun así, me aferré a la creencia de que no podía confiar en él. No con mi corazón, al que estaba demasiado cerca de poseer. Tampoco con la verdad. Bien podría no querer tener nada más que ver conmigo ya que su madre compartió tanto conmigo.

—Y yo solo te perseguí porque saliste corriendo.

—Corrí porque...

Él gruñó, levantándome más alto en sus brazos. —*Para*. Tienes algunas explicaciones que dar.

Llevándome desde el borde del estacionamiento, observó mi rostro, buscando en él las respuestas que yo tenía demasiado miedo de darle.

—¿Tengo que explicar por qué quería que me follaras?

Entrecerró los ojos. —No mientas e intentes decirme que solo fue un polvo rápido. Eso fue más. Eso fue algo más.

Maldita sea. Estaba jugando duro.

—Quiero una respuesta de por qué apareciste de la nada y actuaste como si te importara.

Aparté la mirada, apretando los labios firmemente. No estaba actuando, ¿pero podía decírselo y confiar en que no lo usaría en mi contra?

—Vas a venir a casa conmigo y...

—¡No! —luché por liberarme otra vez—. No quiero ir allí y ver...

—Tranquilízate —me llevó hacia mi coche. Por supuesto, sabía cuál era, el acosador que había sido últimamente—. No hay nadie. Fueron a una reunión familiar de la que me escapé.

No hablé mientras me dejaba junto a mi coche. Después de ayudarme a mantener mi peso fuera de mi tobillo lesionado, que ya se sentía mejor, tomó mis llaves de mis bolsillos y me sentó en el lado del pasajero. Luego se subió al asiento del conductor y arrancó.

El viaje a la mansión Lorsen fue silencioso. No me atreví a hablar, y él parecía estar hirviendo y esperando para exigir más respuestas.

Estacionó en frente. —No te muevas.

Fruncí el ceño, nerviosa, mientras él rodeaba el coche y abría mi puerta. —¿Ah, *ahora* eres un caballero?

Extendió los brazos y me levantó fácilmente, frunciendo el ceño.

—Puedo caminar —protesté.

No reaccionó, llevándome hasta adentro, por el frente, subiendo las escaleras y hacia un dormitorio.

Cuando me di cuenta de que me estaba llevando a su baño, suspiré y me resigné al hecho de que quería salirse con la suya. Me

dejó en el suelo, asegurándose de que me apoyara contra el lavabo mientras empezaba la ducha.

Mientras el vapor llenaba la habitación, se desvistió, y luego a mí.

Aun así, no se pronunció otra palabra.

Solo cuando me llevó a la ducha y comenzó a lavarnos a ambos suspiró y suavizó su mirada. —Por favor, Sabrina. Estoy confundido.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Sobre por qué finges que te importa...

Tiré de su cabeza hacia la mía hasta que pude besarlo. Una vez que se relajó, devolviéndome el beso, me retiré y lo miré a los ojos. —No estoy fingiendo, Nick. Me importa. Sí me importa. Más de lo que debería.

—¿Qué pasó con no dejarme acercarme? —preguntó.

Solté una débil risa. —Ese plan se desmoronó.

—¿Te importo yo? ¿Por mí mismo? ¿A pesar de cómo te traté? —sonaba tan dudoso.

—Sí. Ese siempre ha sido mi problema. Siempre me preocupo demasiado.

Resopló. —Por muy honrado que me sienta, sigo confundido. Eres tan terca e insistes en que no quieres tener nada que ver conmigo, pero ahora das un giro de ciento ochenta grados...

Bajé la cabeza, apoyando mi barbilla en mi pecho. —Porque me di cuenta de por qué podrías haber estado motivado a ser tan horrible conmigo.

Se puso tenso. Manteniendo sus manos en mis brazos, se quedó tan quieto que fruncí el ceño sin levantar la cabeza.

—¿Lo sabes?

—Sí. Yo... —solté un profundo suspiro y luego lo enfrenté. Si quería enojarse por lo que aprendí, o por cómo había llegado a esta información, tenía todo el derecho de hacerlo—. Vi a una mujer en la playa al final del evento de limpieza.

Me miró intensamente, con el agua corriendo sobre nosotros y fluyendo sobre su rostro áspero y guapo. Y no cambió esa expresión sombría y seria en ningún momento mientras le contaba todo.

Comencé con cómo vi a su madre pero no sabía quién era al principio. Luego cómo me descargó todas sus penas. Terminé con cómo se calló, avergonzada y arrepentida de compartir tantos detalles conmigo.

Después de explicarlo todo, suspiré y deseé que dijera algo.

—Me sentí muy mal, y odiaba la idea de que estuvieras sufriendo. Pareces enojado con el mundo, y triste, y no puedo pretender saber lo que es perder a un padre, pero quería hacerte saber que me importas. Mucho. Y me rompe el corazón saber que estás sufriendo. Vine al estudio solo para verte, solo para abrazarte, y entonces... una cosa llevó a la otra.

Manteniendo su oscura mirada fija en mí, dejó escapar un suspiro largo y profundo y me atrajo hacia él para un fuerte abrazo. Con mi mejilla contra su pecho, cerré los ojos y escuché el constante latido de su corazón. Y deseé poder ayudarlo a juntar todas las piezas rotas de nuevo.

NICK

Debería haberlo sabido.

Realmente debería haberlo sabido.

Una conmoción reverberó dentro de mí ante lo que Sabrina reveló.

No dudaba de ella. No tenía motivos para hacerlo. Ella nunca había intentado lastimarme. No tenía ningún incentivo para jugar conmigo como yo lo había hecho con ella. Y la ironía de todo esto me mataba.

Mi motivación para intentar "arruinarla" e intimidarla fue porque Tiffany amenazaba la estabilidad que mi madre y yo teníamos aquí.

Pero ella había mentido.

—Debería haberlo sabido, joder —salió de mis labios como un susurro amargo.

Tan impactado por la noticia que Sabrina compartió, no pude hacer otra cosa más que quedarme allí con ella en la ducha. Su tobillo estaba mejor, así que podía mantenerse en pie. Debió haber sido un ligero esguince en aquella caída. Me alegraba por ello, que pudiera apoyarme en *ella*.

No dijo nada, solo me abrazó, manteniéndome cerca y dejándome asimilar la situación. Sin presiones, sin exigencias. Y sin preguntas tampoco.

Simplemente podíamos estar juntos, y eso era todo lo que necesitaba para dejar que esto se asentara en mi cabeza.

Mi madre no había sido infiel. George sí lo era. Tiffany era una mentirosa, y debería haberlo jodidamente sabido.

Esa zorra solo hacía algo cuando le beneficiaba, sin importar el costo para los demás. Así de baja y egoísta era.

—¿Deberías haber sabido que él la engañaría? —preguntó ella suavemente por fin.

Negué con la cabeza, saliendo del aturdido ensimismamiento del shock. —No. Que ella mintió jodidamente. —Después de cerrar el agua, la guié fuera de la ducha conmigo. La sequé primero a ella, luego agarré una toalla para mí—. Ven conmigo —agradecía que no estuviera histérica o a la defensiva. Al admitir que se preocupaba por mí, demostró que también se encontraría conmigo a medio camino, sin ser tan terca y combativa.

Con las toallas atadas alrededor de nosotros, la llevé fuera de mi habitación hasta el estudio donde estaban situadas todas las cámaras de vigilancia. —Tiffany —expliqué mientras acercaba a Sabrina hasta que pudo sentarse en mi regazo mientras miraba el monitor principal—, me mintió.

—Eso no me sorprendería —dijo mientras abría todas las cámaras que habrían mostrado a mi madre con los asistentes de George.

—Vino a mí cuando comencé a notar que mi madre actuaba raro otra vez. Ha luchado contra la depresión la mayor parte de su vida. Papá... —hice una pausa, emocionado al hablar de él, pero seguí adelante—. Mi padre podía apoyarla y ayudarla. No se intimidaba ni se asustaba cuando ella se ponía tan melancólica y deprimida, desconectándose como lo hacía cuando no tomaba medicamentos. No era un cobarde para ayudarla. Como yo.

—Oye —puso su mano sobre la mía, deteniéndome de mover el ratón—. No eres un cobarde, Nick. Por la forma en que lo dijo, ella ha lidiado con esto toda su vida. Si tú solo eras un niño... Nick, no era tu responsabilidad actuar como un adulto en ese entonces.

Asentí, sabiendo eso pero luchando por creerlo. —Mi padre siempre fue quien la cuidaba. Y con él ausente, ha sido extraño asumir su papel.

—¿George no ayuda?

Me encogí de hombros. —Él conoce sus luchas pasadas, pero ellos son, o eran, más como amigos y compañeros de piso que una pareja casada —negué con la cabeza y reanudé la búsqueda de los archivos de grabación—. Noté que mi madre se estaba aislando y actuando raro, y me preocupaba que estuviera empeorando o que necesitara un ajuste en su medicación. Quería confrontarla, y de cierta manera lo hice, pero ella actuaba tan sospechosamente. Tiffany también lo notó.

—¿Pero George no?

—No lo sé. Tal vez sí. No dijo nada delante de mí al respecto. Una noche, Tiffany se me acercó afirmando que mi madre engañaba a George.

—¿Qué? —Arrugó la cara mientras miraba también el monitor.

—Sí. Dijo que por eso actuaba tan raro. Y me mostró un video de ella con el asistente de George. Era granulado, pero lo creí. La tomé en su palabra porque mamá *estaba* actuando extraño como si ocultara algo. Asumí que era depresión, pero luego con lo que dijo Tiffany, supuse que ella tenía que estar en lo cierto —al encontrar los videos que me había mostrado, mi rabia ardió más alta y más caliente—. Pero mintió.

—Esa no es tu madre —señaló Sabrina en los videos—. ¡Es Tiffany!

Apreté los dientes mientras lo veía y me daba cuenta de que había manipulado los videos. Y eso era algo dentro de sus capacidades. Siempre estaba haciendo sus podcasts y creando contenido para su estúpida serie sobre ser estudiante de derecho. Tenía habilidades de edición de video.

—¿Pero qué hay de lo que dijo mi madre sobre George? —me pregunté en voz alta.

Desplazándome por otras grabaciones, noté a George abrazando y sonriendo con una mujer joven en su oficina y estudio, incluso afuera cerca de la piscina y el patio.

—¿Quién es esa? —preguntó ella.

—¿No la reconoces? Parece lo suficientemente joven como para ser una de tus compañeras de clase.

Sabrina negó con la cabeza. —No. Nunca la he visto antes.

—Esa debe ser su amante —me di cuenta—. Por eso mamá ha estado actuando preocupada —me froté la cara con la mano mientras dejaba que esta noticia encajara en mi cerebro.

—Espera. Cuando estábamos en esa casa de la piscina...

La miré, odiando lo preocupada que parecía. Levanté la mano para apartar su cabello y acunar su rostro. —No hay cámaras de vigilancia allí fuera.

Ella suspiró aliviada.

—Y borraré las grabaciones de tu presencia aquí hoy —añadí. Haciéndole un gesto para que se levantara, cerré sesión en el ordenador y luego me puse de pie. No quería sentarme aquí mientras trataba de descubrir mis próximos pasos. Todo lo que importaba ahora era que Sabrina caminaba junto a mí de regreso a mi habitación. Mantuvo mi mano en la suya, y agradecí el consuelo que no merecía.

Todo era tan retorcido, tan complicado.

Tenía que ser sincero. Tenía que decirle la verdad.

Una vez que estuvimos en la privacidad de mi habitación de nuevo, le indiqué que se sentara en mi cama. Estaba demasiado inquieto para quedarme quieto, así que caminé de un lado a otro frente a ella.

—Cuando Tiffany vino a mí y me dijo que mi madre estaba engañando a George, amenazó con contárselo a él —miré a Sabrina para comprobar que estuviera escuchando. Lo estaba, con una amable expresión de paciencia en su hermoso rostro.

—Me amenazó con contárselo a George a menos que hiciera algo por ella.

—Ajá —aunque el comentario era sarcástico, no le puso mucha intensidad—. Ya veo.

—No, no ves que...

Asintió, todavía más calmada de lo que esperaba. —Te amenazó con decirle a George que tu madre le era infiel a menos que hicieras de mi vida un infierno.

Me estremecí, poniendo las manos en mis caderas. Era perspicaz. Por supuesto que conectaría los puntos.

—Seguía preguntándome por qué me atacabas. Ni siquiera me conocías. Yo no te conocía. Pero habías dejado muy claro que me estabas atacando. Una vez que supe que estabas relacionado con ella, comencé a sospechar.

Asentí. —Me dijo que te arruinara. Que arruinara tu reputación.

—¿Para que me expulsaran? —lo preguntó y luego levantó la mano de nuevo—. No. La plaza de prácticas.

—Sí. Está decidida a conseguirla y sabe que tú tienes más probabilidades.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo siento, Sabrina. Nunca dejaré de sentirlo por lo horrible que fui contigo y...

Se levantó y tomó mis manos. Lentamente, me acercó para un abrazo. —Lo entiendo.

Me eché hacia atrás. —No. ¿Cómo? Sabrina, fui un imbécil y...

—Es perdonable —me instó a sentarme en la cama con ella, pero di un paso más allá, animándola a acostarse conmigo. De lado, uno frente al otro, la miré e intenté comprender.

—¿Cómo puedes ser tan buena? ¿Cómo puedes ser tan indulgente y...?

Se inclinó para besarme. —Porque me importa. Me importas tú, y cuando estoy contigo, puedo sentir que me ves de la misma manera —se lamió los labios, moviéndose para ponerse cómoda y más cerca de mí—. Si ella no te hubiera incitado a hacerlo, ¿alguna vez habrías tenido la motivación para atacarme e intimidarme?

Negué con la cabeza. —No. Soy un imbécil y tengo mucha ira, pero no me sirve de nada arrastrar a nadie más hacia abajo.

—¿Ves?

Suspiré, acurrucándome más cerca. —Pero odio haberte hecho daño en absoluto. Haberte molestado y...

—Pero lo hiciste por un bien mayor, ¿verdad? —hizo una mueca, pero se encogió de hombros—. Ya sabes a qué me refiero.

—Todo lo que diré es que el fin *no* justifica los medios. Odio haber hecho algo cruel contigo. Era "más fácil" cuando no te conocía, pero en cuanto empecé a acercarme y quería conocerte más y más... estaba atrapado. Acepté su exigencia porque no podía perder esta estabilidad. Mamá necesitaría dinero y medios para obtener ayuda mental. Antidepresivos. Terapia. Un hogar. Después de todo lo que papá pasó, no teníamos nada. La demanda de la familia de esa chica nos quitó aún más. Yo solo no podría mantener a mamá, y tenía miedo de perder eso aquí. Si ella hubiera sido infiel y George se enterara, estaríamos fuera.

Sabrina pasó su mano por mi rostro mientras hablaba, y disfruté del consuelo.

—Claramente, todo se acabó ahora. No podría vivir conmigo mismo si te lastimara de nuevo de alguna manera.

—¿Qué pasa con Tiffany diciéndole a George que ella le es infiel? Le mostrará los videos manipulados.

Fruncí el ceño. —Entonces... no lo sé. Si él ya le está siendo infiel, es un lío aún mayor. Mamá puede atestiguar que ella no es la que está equivocada. Entonces... no lo sé.

—¿Entonces podría divorciarse y obtener un acuerdo? —adivinó Sabrina—. ¿Y tú tendrías fondos para ayudarla a conseguir lo que necesita?

Me recosté y cerré los ojos, sintiéndome más cálido y tranquilo cuando ella se acurrucó más cerca y se acostó con su cabeza en mi hombro, su mano en mi pecho. Aunque el contacto con ella me calmaba, tenía que dar sentido al caos en mi cabeza.

¿Qué *podría* hacer ahora?

¿Qué había que hacer?

—O... —dijo en voz baja mientras me frotaba ligeramente el pecho—, yo podría abandonar.

Abrí los ojos y la miré con el ceño fruncido. —¿Qué? No.

Asintió, rozando su cabello contra mi piel. —Sí.

—Sabrina. No. No puedes...

—Puedo hacer lo que quiera —me respondió con descaro.

—No. No te dejaré —discutí—. Tiffany no puede ganar. No así. De ninguna manera.

—Pero no sería ella ganando si yo realmente ya no lo quisiera.

Me burlé. —Lo quieres.

—Lo *quería* —respondió—. Nunca me propuse vencer a nadie. La facultad de derecho es una competencia, pero no es una contienda entre nosotros. Solo quiero hacerlo lo mejor que pueda para convertirme en la mejor abogada posible y ayudar a tantas personas como pueda.

La besé, enamorándome un poco más de ella.

—Y después de ver cómo operan en Lorsen & Spengler... —se encogió de hombros antes de acostarse de nuevo—. No es lo que quiero. No es quien soy. Como mi amiga Elise me advirtió, no quiero menospreciarme ni comprometer mi integridad. No estoy hecha para ser una abogada corporativa despiadada así.

—No, no lo estás —estuve de acuerdo—. Eres demasiado dulce y buena.

Sentí que su mejilla se levantaba en una sonrisa contra mi pecho.

Acariciando su espalda con mi mano, me relajé con ella a mi lado. Todo lo que habíamos hablado y aprendido hoy requeriría más tiempo para asimilarlo. Ninguno de los dos habló durante tanto tiempo que supe que estaría cerca de dormirse mientras estábamos acostados juntos.

Por ahora, podía descansar tranquilo con el conocimiento de que la tendría conmigo. La tendría para ayudarme a navegar por esta situación.

Pero no en este momento.

—Hablaremos de ello por la mañana —dije en voz baja antes de besarle la sien.

No respondió, ya profundamente dormida.

SABRINA

Me sentía tonta al escabullirme de la cama de Nick en medio de la noche, pero necesitaba algo de espacio para pensar lejos de él.

Teníamos que encontrar una solución a este predicamento. Aunque Nick y yo no habíamos dicho abiertamente que planeábamos una relación a largo plazo, me sentía noventa y nueve por ciento segura de que estábamos en la misma página. Que él querría tener algo duradero conmigo después de todos los problemas que habíamos soportado para llegar a este momento.

Conduje a casa y encontré a mis padres en la cocina, desayunando temprano.

Aunque nunca había pasado toda la noche fuera sin indicarles dónde estaría, no parecían muy preocupados. Solo curiosos.

Papá levantó una ceja. Mamá frunció los labios como si estuviera conteniendo muchas preguntas.

Ninguno juzgó. No lo harían. Pero sabía que escucharían y me ofrecerían el mejor consejo que pudieran. Heredé ese rasgo de ellos.

Así que me senté y les conté la mayoría de los detalles. No entré en las partes íntimas. Dudaba que algún padre quisiera escuchar sobre la vida sexual de sus hijos con demasiado detalle, pero expuse la situación que me estaba agobiando. Durante toda la conversación y el desayuno, escucharon sin juzgar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó mamá una vez que expliqué todo lo que pude sobre los Lorsen y Nick.

—Tengo un par de opciones. —Se las expuse también. Ambas incluían mi renuncia. Así es como Tiffany lo vería, pero yo lo consideraba más como un reajuste de mis planes. Si ella quería tomar mi acción como una victoria, lo que sea. No controlaba su felicidad. No controlaba nada más que lo que me haría a *mí* más feliz. Eso incluiría mantener la posibilidad de que Nick estuviera en mi vida y también continuar con la facultad de derecho.

Era justo como la madre de Nick lo había expresado. El amor era la realización de que no podías imaginar tu vida sin la persona que te importaba, y así era exactamente con Nick.

—Y miren, sé que Nick y yo nos conocimos y empezamos a conocernos en términos difíciles —les dije—, pero nuestros verdaderos sentimientos se revelaron de todos modos. Somos demasiado fuertes juntos como para quedarnos con cualquier problema como el que Tiffany quería que ocurriera.

Mamá sonrió y puso su mano sobre la mía en la mesa. Apretó mis dedos y luego los palmeó mientras se levantaba. —¿Cuándo se lo dirás?

—¿Al panel de la pasantía? —pregunté mientras me levantaba también. Me había duchado en casa de Nick anoche, pero quería asearme aquí con mis productos preferidos—. Hoy. Estaré en la mansión Lorsen para el primero de los días de entrevistas.

—Bien. Cuanto antes hables y defiendas lo que crees y realmente quieres, mejor te sentirás —dijo mamá.

—Y oye, tal vez esta es una de esas ocasiones en las que el cierre de una puerta significa que otra se está abriendo. —Papá me sonrió —. Siempre y cuando estés haciendo esto porque *tú* lo quieres, no porque creas que es algo que este joven querría.

Me reí ligeramente. —Nick no quiere que sacrifique nada por su drama.

Mamá resopló. —Bah. No estás renunciando a nada.

—Solo reajustando —terminé por ella. La confianza creció dentro de mí al tenerlos escuchándome. No era una cobarde por considerar esta acción, y no me estaba dando por vencida. A lo único que

realmente renunciaba en esta decisión de estar con él era a la vida solitaria y solitaria de nada más que trabajo y estudio que vivía antes.

Sabía lo mucho mejor que podía ser la vida con alguien con quien compartirla.

Y contra viento y marea, quería compartir mi vida con Nick. No solo porque no quería que él se quedara atrapado en su enojo y tristeza por perder a su padre, sino porque me desafiaba a mantenerme fiel a quien era en el fondo y aun así me admiraba.

Un par de horas después, estaba limpia y luciendo lo más profesional posible. Papá me llevó a la mansión Lorsen, ya que él usaría el coche para ir al trabajo. Después de sus despedidas y deseos de buena suerte, le aseguré que encontraría la manera de volver a casa.

Diablos, esperaba que después de hablar con el panel de la pasantía pudiera encontrarme con Nick aquí y que él me llevara a casa. No estaba enojado cuando me envió un mensaje esta mañana, preguntándome adónde me había ido. Y demostró que estaba al tanto de que las entrevistas para la pasantía comenzaban aquí hoy. Dijo que estaría aquí pero que se mantendría al margen hasta que *nosotros* pudiéramos averiguar qué hacer.

Yo ya había tomado mi decisión.

Revisé también cuán firmemente creía en mi decisión. Mientras tomábamos asiento en el comedor de los Lorsen cuando todos los profesores hablaron sobre lo que buscaban en su proceso de entrevistas, presté poca atención a sus consejos y opiniones. En cambio, ensayé mentalmente la elección que estaba a punto de compartir con ellos.

Tiffany podía quedarse con ese estúpido puesto. Podía intentar encontrar la alegría en ayudar a ricos sinvergüenzas a conseguir un pase para salir de la cárcel. Yo estaría mejor manteniéndome fiel a los valores y metas que tenía: ayudar a la comunidad, no a las corporaciones.

El puesto de pasantía en Lorsen Spengler no tenía que ser el único trampolín en el que podía confiar.

Eventualmente, llegó el momento de hablar con el panel. Así estaba organizado, para que todos tuviéramos la oportunidad de dirigirnos a los pocos profesores como una conversación preliminar. Una entrevista de práctica.

Y clavé la mía. Al exponer mis objetivos profesionales, fui directa y sin vergüenza al decir que priorizaba el servicio comunitario y la justicia para los pobres, no para la élite adinerada. Al presentar mi estrategia para los últimos dos años de la facultad de derecho, fui minuciosa y directa sobre cómo podía trabajar duro para lograrlo.

El protocolo para estas mini sesiones era que el panel de profesores tomara notas, se reuniera y luego discutiera qué tan bien lo habíamos hecho en otro espacio de tiempo para hablar con ellos. Pero honestamente, no estaba segura de quedarme tanto tiempo. Una vez que hubiera dicho lo que tenía que decir, eso sería todo. Si podían pensar que tenía interés en ser una abogada corporativa después de ser la pasante de Lorsen & Spengler, podían olvidarse de ello.

—Gracias, Sabrina —me dijo el profesor Gowen mientras me ponía de pie—. Muy informativo y claro, como siempre.

Sonreí y asentí en agradecimiento.

Aunque los otros siete solicitantes para la pasantía harían un descanso para almorzar antes de que comenzaran las sesiones de retroalimentación, yo no tenía interés en comer. Mi estómago estaba demasiado retorcido y anudado con ansiedad. No era todos los días que me proponía alterar drásticamente mis planes educativos y mi posible trayectoria profesional.

Al diablo con todo. Al diablo con el almuerzo. Y al diablo con esperar.

No podía quedarme quieta. Tenía que hablar con Lorsen & Spengler ahora, antes de que el estrés me controlara por más tiempo. Me gustaba pensar que era una persona paciente, pero estaba demasiado tensa para retrasar el darles mi decisión.

Sin planes de comer, salí a sentir el aire fresco y el sol en mi cara por unos minutos. Este patio estaba vacío, pero podría jurar que vi al profesor Lorsen salir por aquí.

En lugar de encontrar al abogado con el que quería hablar e informarle que me retiraba de la competencia por su pasantía —y tal vez abandonaba el programa por completo—, divisé a Tiffany.

Vete.

No estaba familiarizada con la casa o la disposición del patio, así que no estaba segura si volver a entrar por las puertas dobles por las que acababa de salir sería suficiente barrera entre nosotras.

—¿Buscas algo? —preguntó ella, con un tono demasiado dulce para ser sincero.

—Sí, de hecho. Esperaba hablar con el profesor Lorsen.

Ella puso los ojos en blanco. —Siempre intentando lamer culos, ¿eh?

—No. Solo necesito hablar con él. —Me acerqué a ella.

—Fue por ahí —dijo Tiffany. Se giró para señalar detrás de ella, indicando un camino que rodeaba la esquina de la casa—. Por atrás. —Caminando en esa dirección, me instó a seguirla.

No confiaba en ella, pero esta era su casa. Sabría qué había dónde. Y probablemente quién estaba dónde.

Mientras me guiaba por los cuadrados de pavimento estampados y teñidos que bordeaban el patio alrededor de la enorme piscina de tamaño olímpico, intenté mantener mis nervios bajo control. Esta piscina era demasiado profunda. Si me caía...

No. No sucederá. No hoy. Tengo demasiadas cosas importantes que hacer. Tenía que decirle a su padre que no quería ser su pasante.

Ella no me empujaría a esa agua. Para asegurarme de que no ocurrieran "accidentes", me mantuve un par de metros detrás de ella, en el lado más alejado del borde de la piscina.

—¿Fue por aquí? —pregunté, disminuyendo la velocidad para quedarme más atrás y conseguir más espacio entre nosotras.

A diferencia de la fuente en la plaza del campus, podría ahogarme en una piscina tan profunda.

—Sí. Eso creo... —Sus palabras cantarinas se apagaron mientras se detenía bruscamente y giraba.

—¡Tiffany, no! —Levanté las manos, intentando alejarme más de esta área.

Con un gruñido, se abalanzó hacia mí y me empujó tan fuerte que volé hacia atrás.

Y hacia un lado.

Directamente a la piscina.

Cayendo en el agua en la que no sabía nadar.

NICK

Intenté mantenerme alejado del estudio y del comedor de abajo. George había tomado posesión de casi toda la primera planta para otro largo día de reuniones para este proceso de prácticas. Observé desde el segundo piso cómo llegaban los profesores, charlando y sintiéndose cómodos entre ellos. Después de ellos, llegaron los estudiantes. Tiffany estaba en algún lugar de la mansión, preparándose, y los demás llegarían por su cuenta.

Al oír un ruido en el pasillo, abandoné mi puesto junto a la ventana para ver si mi madre andaba cerca. No la había visto en toda la mañana, pero no me sorprendía. Sabiendo que George le era infiel, se mantendría alejada de aquí.

No era depresión lo que la hacía actuar así, sino tristeza en otra forma.

Todo este tiempo desde que perdimos a papá, el consejo suelto y general de *seguir adelante* seguía omnipresente para que lo atendiéramos. Ella había seguido adelante, o lo había intentado, incluso de manera platónica que eventualmente podría haber llevado a algo más. Pero George arruinó ese progreso.

Yo también había seguido adelante. Por fin tenía algo más que considerar mi propósito en la vida. Seguía enfadado. Seguía triste. Pero Sabrina me estaba haciendo ver que no me haría daño dejar entrar algo de luz para romper mi oscuridad. Que estaba bien dejarla entrar y sentirme más liviano y mejor sobre mi futuro.

Por eso quería ver cuándo llegaba y encontrar la manera de llevarla aparte. Teníamos que hablar de esto. Teníamos que mantenernos unidos contra las mentiras de Tiffany. Si George era quien había arruinado su matrimonio con mi madre, entonces ella no quedaría en la miseria. Y cuando expusiera a Tiffany por su manipulación, Sabrina tendría el camino libre para conseguir ese puesto de prácticas.

Pero teníamos que presentarnos como pareja. Como dos juntos, no solo dos partes de un engaño.

No la vi entrar, pero cuando pasé por las habitaciones donde se estaban reuniendo, vi que debió haber entrado cuando buscaba a mi madre en el pasillo. Ya estaban hablando y no podía interrumpir ahora.

Me quedé en la pequeña sala de la mañana a un lado, esperando ansiosamente a que tuvieran que hacer un descanso para almorzar. El chef y su personal ya estaban preparando carritos con bandejas de comida, así que tenía que ser pronto.

Vamos, Sabrina. Necesitamos hablar.

Estaba consumido por la impaciencia de verla después de todo lo que había pasado anoche. Y estaba ansioso por hablar con ella y dar juntos el primer paso hacia el futuro en el que no podía dejar de pensar.

La gente salió del estudio y del comedor, pero Sabrina no estaba entre ellos.

¿Qué carajo?

Me levanté, fijándome en el tipo bajito junto al que Sabrina siempre parecía sentarse. —¿Sabes dónde está Sabrina?

—¿Qué? —Frunció el ceño y se inclinó hacia adelante—. ¿Sabrina?

Asentí. —¿Dónde está? —Mientras esperaba su respuesta, miré más allá de él, preguntándome si mi impaciencia por verla y el caso de haberla perdido de vista me hacían precipitarme y asumir que ya no estaba aquí.

—Salió por detrás, buscando al profesor Lorsen. Salió por las puertas de cristal.

Afuera, entonces.

Asentí en agradecimiento y me dirigí al amplio patio que rodeaba la parte trasera. Y llegué justo a tiempo para verlos más adelante. Tiffany caminaba delante de Sabrina, junto a la piscina. La visión de mi cruel y mentirosa hermanastra me llenó de rabia, pero me contuve, sabiendo que no tendría ningún poder sobre mí una vez que revelara su manipulación.

Lo que sucedió a continuación disparó la adrenalina para mezclarse con una furia al rojo vivo.

Mientras corría para alcanzarlas, con mi atención en la curvilínea y dulce mujer sin la que no podía imaginar mi vida, Tiffany giró rápidamente y arremetió contra ella. En el siguiente parpadeo, Sabrina estaba cayendo. No fue un simple empujón, sino un completo placaje.

—¡No! —Corrí a toda velocidad, decidido a evitar que Sabrina sufriera más. Ya se había enfrentado a bastante, demasiado, por culpa de los Lorsen. Solo era una piscina. Solo era agua. Pero sabía que ella no sabía nadar.

Tiffany se tambaleó hacia atrás, con la boca abierta por la sorpresa ante mi grito. No le presté atención cuando llegué a la piscina, zambulléndome para rescatar a Sabrina. No hubo vacilación. Ni un segundo que perder. Me lancé para alcanzarla mientras se hundía, con los brazos agitándose y el agua salpicando con sus movimientos frenéticos para mantenerse a flote.

Nadé hacia ella, apretando los dientes y odiando a esa vil mujer que me observaba salvarla. Tiffany no solo era cruel. Era sádica. Malvada.

Pero tan pronto como agarré a Sabrina y le pedí que se aferrara a mí, dejé que esa ira cruda retrocediera. Me concentré en el bien que podía hacer en su lugar. El amor y el consuelo que podía, y ofrecería, a Sabrina, no el odio que dirigiría a mi hermanastra.

—Te tengo. —Aparté el pelo de la cara de Sabrina mientras ella jadeaba y temblaba—. ¿De acuerdo? Te tengo, Sabrina. Te tengo.

Asintió temblorosamente, aferrándose a mí mientras hacía la plancha, manteniéndonos a flote. Luego, sin soltarla en absoluto, giré y nadé hacia los escalones, decidido a sacarla y secarla, a estar ahí para consolarla después de este susto innecesario.

—Patética —escupió Tiffany mientras sacaba a Sabrina—. ¿Puedes intentar ser el centro de atención más de lo que ya eres?

—Aléjate de mí, carajo —le advertí mientras nos seguía hacia la casa de la piscina, donde Sabrina podría tener privacidad para calmarse.

—No. No creo que lo haga —dijo Tiffany mientras continuaba tras nosotros. Con las puertas de cristal abiertas hacia la casa de la piscina, no estaba tan aislada como yo quería. Sabrina no necesitaba más ojos sobre ella cuando estaba vulnerable después de ese susto. Pero no había nadie más alrededor.

—Estás bien —le dije mientras temblaba en mis brazos.

—Por supuesto que está bien. Es solo una piscina. Está actuando como una maldita bebé, necesitando atención para salir adelante, y estoy harta de esto.

Me senté en un sofá de mimbre, manteniendo a Sabrina en mi regazo, un desastre empapado, mientras alcanzaba toallas de la pila en la mesa de café. —Te dije que te largaras de aquí. —Nada aplacaría esta necesidad posesiva de cuidar a Sabrina.

—No. —Tiffany puso las manos en sus caderas y sonrió—. No, no lo haré. *Yo* —se señaló a sí misma para enfatizar— te dije a *ti* —me señaló a mí— que la arruinaras. No que fingieras que te importa.

—Él... él... —Sabrina entrecerró los ojos mientras la enfrentaba—. Él no está fingiendo.

La esperanza floreció en mi pecho.

—Él se preocupa... por mí —insistió Sabrina.

—No, idiota. Te está usando. Le dije que consiguiera un video sexual contigo para poder arruinar tu reputación. Para poder

conseguir ese puesto de prácticas. —Su sonrisa se ensanchó aún más—. Y lo tengo.

—No, no tienes un carajo —argumenté—. No tienes nada. —Y nunca lo tendría. Nunca podría incriminar a Sabrina, otra vez. Pasaría el resto de mi vida arrepintiéndome de compartir aquella pintura de ella.

—Oh, pero lo tengo. —Tiffany inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te olvidaste de eso, hermanastro? —Levantó el dedo para señalar una cámara anclada a la pared.

Sacudí la cabeza. —No. No me olvidé. Está apagada. Se desconectó cuando se rehizo el tendido eléctrico.

—Nop. —Hizo un sonido explosivo con la *P*—. Está encendida.

—No lo está —grité—. Estuve revisando las cámaras ayer y no aparece.

—Porque está guardada en una carpeta diferente —dijo mientras un movimiento detrás de ella captaba mi atención.

Mi madre corrió, con preocupación grabada en su rostro mientras asimilaba la escena de Sabrina y yo empapados.

—Eres... eres tú —dijo, reconociendo a Sabrina. Luego frunció el ceño para estudiarme. Tenía que estar muy confundida sobre por qué la sostenía tan cerca y protectoramente, pero no se centró en eso. En cambio, miró con dureza a Tiffany—. ¡Y *tú*!

—Leslie. —Tiffany puso los ojos en blanco—. Ahora no es el momento...

—¡Te vi! —Mi madre la señaló con el dedo otra vez—. ¡Estaba en el tercer piso y te vi empujar a esta mujer a la piscina!

—¿Y qué carajo importa? —gruñó Tiffany.

—¿Cómo que "qué importa"? —exigió George, apareciendo detrás de ellas—. ¿Qué clase de comportamiento es éste, Tiffany? —La fulminó con la mirada, completamente enfadado—. Sabes, como el resto de los solicitantes, que Sabrina no sabe nadar.

—Papi —dijo Tiffany, adoptando ese tono dulce que usaba para ablandarlo—. No es lo que parece. Ella solo estaba perdida y tropezó...

—¡La *empujaste*! —acusó mamá—. Vi. Te *vi*, y me condenaría si sigo viviendo en un lugar así por más tiempo. —En una muestra de ira que me alegró ver, aliviado de verla alterada por algo y no distante o ausente, bajó los brazos con fuerza y cerró los puños—. Estoy harta de fingir que soy feliz aquí y actuar como una esposa dócil.

—¿Leslie? —George frunció el ceño, desviando su atención de su hija.

Sabrina temblaba en mis brazos, y la abracé con más fuerza.

—No me quedaré aquí con tu... tu hija malvada y asesina —gritó mamá.

—No soy una asesina —se burló Tiffany.

—No hables —le ordenó George con una mirada severa. Se volvió hacia mi madre de nuevo—. Leslie, yo me encargaré de esto. Me encargaré de ella.

—No. —Mamá cortó el aire con su brazo—. No es solo este incidente. Es todo. Es que te acuestas con alguna mujer más joven por ahí y no le das una oportunidad a nuestro matrimonio.

—¿Qué? —George lo exigió con partes iguales de shock y consternación porque ella dijera tal cosa. No parecía culpable, sino confundido.

—Yo también vi —dije—. Vi en las cámaras cómo te has estado poniendo cariñoso con alguna rubia joven.

La boca de George quedó abierta mientras me miraba. —No. Esa es mi sobrina que quiere solicitar un puesto fijo en otra universidad. —Negó con la cabeza mientras argumentaba—. Lo habéis entendido todo mal.

Tiffany dejó de mirarme con desprecio para hablar, dándose cuenta claramente de que no iba a arruinar a Sabrina por ella. —Sí. Lo estás entendiendo mal. —Señaló a Leslie—. ¡Ella te está engañando!

Mamá jadeó. —¡No es cierto!

—¿Cómo demonios puedes acusarla de eso? —exigió George a su hija.

Tiffany cruzó los brazos. —Vamos, papá, no seas tan ciego. Ella está distante y...

—¡Está distante porque su primer marido murió! —rugió él—. He estado luchando con el dolor de perder a uno de mis amigos más antiguos. Nadie está engañando a nadie. Solo lamento no poder darte lo que necesitas. —Bajó la voz mientras se enfrentaba a mi madre, con una expresión de dolor—. No puedo darte lo que quieres o necesitas. No puedo darte amor porque sigues enamorada de David. Le prometí que cuidaría de ti después de que él se fuera. Sabes que por eso nos casamos. Pero no contaba con empezar a desear que pudiéramos construir algo más. —Agachó la cabeza y la sacudió lentamente—. Te soy fiel, Leslie, y me duele que pienses lo contrario.

—Eso no es verdad. —Tiffany palideció cuando George se volvió para mirarla con dureza.

—¿Qué demonios está pasando, Tiffany? ¿Cómo te atreves a causar problemas así? ¿Y acusar a Leslie de algo tan horrible?

Mamá me miró, preocupada, pero luego también estudió a Sabrina.

Mi maravillosa chica asintió una vez a mi madre, y me quedé asombrado cuando mi madre empezó a levantar los labios.

No podía creer que todo tuviera que estallar así para que finalmente comprendiera que todo saldría bien al final.

Sabrina y yo no teníamos que confrontar a mi madre o a George. No tendría que decirle a Tiffany que se jodiera y que nunca arruinaría a Sabrina por ella.

Sus problemas les estaban alcanzando. Todo estaba implosionando mientras peleaban y discutían.

Pero eso no significaba que Sabrina y yo tuviéramos que quedarnos y ver la caída. Ayudando a Sabrina a ponerse de pie, miré fijamente sus ojos marrón claro y supe que nunca olvidaría este momento. El momento de ser libre, liberado de mi oscuridad y de ese estúpido acuerdo con Tiffany.

Era libre para comenzar el resto de mi vida con ella.

—Vámonos —dijo ella, pareciendo estar en la misma sintonía que yo.

Antes de que llegáramos lejos, George hizo una pausa en su dura conversación con Tiffany para levantar la mano y detenernos. —Esperad. Nick. Sabrina. Esperad.

Negué con la cabeza. —No. Ustedes pueden resolver este lío por su cuenta. Yo he terminado con esto.

—¿Pero adónde van? —preguntó mamá.

Tomé la mano de Sabrina y disfruté del reconfortante apretón de sus dedos alrededor de los míos.

—Voy a cuidar de la mujer que amo. —Y sin otra palabra, nos fuimos juntos.

SABRINA

Me aferré a la mano de Nick como si fuera un salvavidas. Estar unida a él se sentía bien. Fue correcto irme con él, sin dar otra mirada a la mansión de los Lorsen mientras me guiaba hacia su moto estacionada cerca del garaje.

Pero no era como pensé que sucedería. Era casi surrealista pensar que todo había terminado y apenas comenzaba al mismo tiempo.

Dijo que me ama.

La mujer que ama.

Yo.

—No pensé que las cosas saldrían así hoy —admití, necesitando decir algo.

Estaba desesperada por preguntarle si hablaba en serio o si lo había dicho en el calor del momento.

—Yo tampoco —me miró mientras caminábamos—. Pensé que despertaría contigo en mis brazos esta mañana y hablaríamos sobre cómo manejar esto.

Negué con la cabeza.

—Necesitaba espacio para pensar.

—Lo entiendo —nos detuvo junto a su moto y arqueó las cejas—. ¿Dónde podemos ir a pensar y hablar juntos?

—A mi casa. Llévame a casa.

Su sonrisa en respuesta fue lenta y dulce. Antes de darme un casco, me besó y esperó para asegurarse de que estaba bien para mi primer viaje.

—Estabas alterada —comentó.

—*Realmente* necesito superar mi fobia y aprender a nadar.

Me abrazó.

—Estaré ahí mismo para ayudarte.

Parecía un detalle menor del que preocuparse ahora, después de ver a George y Leslie exponer sus problemas frente a nosotros. Pero sabía que podía contar con Nick. No como mi acosador, sino como mi...

Dijo que me ama.

No podía asimilar eso, esta noticia de que para él tampoco era solo sexo.

Me subí a la moto y lo rodeé con mis brazos, contenta de que mis padres no estarían en casa. Mamá estaba sirviendo en un evento a una hora y media de distancia. Y papá estaba en casa de un compañero de trabajo, ayudándolo con su techo, más limpieza tras el huracán. Los fines de semana podían ser impredecibles así, pero me alegraba tener privacidad con Nick en casa.

Cuando llegamos, contuve los nervios sobre lo que pensaría de mi hogar. Él venía de la riqueza, más o menos, y yo era lo opuesto. Por supuesto, notó que estábamos en plena renovación. Pero cuando preguntó sobre todo, no fue malo ni entrometido.

Le mostré la casa vacía y el progreso que habíamos hecho hasta ahora. Luego lo llevé a mi estudio-apartamento sobre el garaje.

Todavía no habíamos hablado de *nosotros*, de lo que dijo o de lo que podría pasar después.

En el momento en que dije que quería ducharme, sonrió y me siguió hacia el baño.

—Yo también.

Sonreí, amando lo fácil que podíamos estar juntos ahora que él no tenía motivos ocultos conmigo y yo no tenía razones para juzgarlo.

En la ducha, donde quería calentarme del persistente escalofrío del miedo, nos lavamos el cloro y nos acurrucamos bajo el agua.

—¿Lo dijiste en serio? —pregunté mientras me frotaba con la esponja, lavándome con una ternura tan suave.

—¿Decir qué? —preguntó antes de besarme la frente.

—Que soy la mujer que amas —respondí nerviosa.

Sonrió, tan sexy y arrogante.

—Claro que lo dije en serio —dejando caer la esponja, tomó mi rostro y me besó—. Te amo, Sabrina.

Sonreí mientras me daba más besos ligeros por toda la cara. Mis mejillas. La punta de mi nariz. Mis párpados cerrados y mi frente.

—Te amo, y no creo que sea capaz de dejar de hacerlo nunca.

—Yo también te amo —respondí—. Es extraño. Y parece tan inverosímil —admití, necesitando ser lógica y no obedecer solo a mi corazón—. Me acosabas, pero de alguna manera... —lo besé con más fuerza—. De alguna manera, llegaste a mí. No puedo imaginar mi vida sin ti —admití, sabiendo que lo que su madre me había dicho era tan cierto y real.

Nick tenía mi corazón y, a pesar de cómo habíamos empezado a conectar, como enemigos, este hombre era *mío*.

—Nunca me perdonaré por cómo te traté —prometió con más besos suaves sobre mi rostro.

—Pero *yo* te perdono —argumenté, atrayéndolo para otro beso más profundo.

Parecía que quería mantener esto serio, no juguetón, pero con su erección rozando mi estómago, perdí la fe en que podría mantener mis manos, o mi boca, lejos de él.

Después de mostrarle lo que quería, darle placer oral bajo el agua caliente de la ducha, me detuvo antes de que pudiera terminar para llevarme a mi cama y hacer el amor conmigo allí.

Luego, después de una larga siesta, lo hicimos de nuevo.

Y otra vez más.

El resto del día fue justo lo que necesitaba. Hablamos, hablamos y hablamos más. Había mucho que cubrir, y no dejamos nada fuera.

Entre nosotros, acordamos que lidiaríamos con Tiffany. Que George y Leslie podrían manejar las mentiras y los rumores por su cuenta. Y que yo no seguiría en la competencia por el puesto de pasante.

Él se erizó y discutió cuando sugerí abandonar el programa por completo, preocupado de que el nombre Lorsen estuviera manchando mis objetivos para mi carrera.

—No se trata de querer distanciarme de los Lorsen —dije mientras yacíamos en la cama juntos, acurrucados—. Se trata de querer distanciarme de un enfoque inapropiado del derecho.

En cambio, le dije que preferiría transferirme a otra universidad más reconocida por la justicia comunitaria. O incluso cambiar a un camino más enfocado en el derecho penal para convertirme en fiscal.

Eso no era todo. A medida que pasaba la tarde, compartimos mucho sobre nosotros mismos. Él habló sobre su padre y por qué se dedicó a la ingeniería. Yo comenté sobre el acoso y por qué nunca dejé que me afectara. Él explicó lo perdido y derrotado que se sentía por su madre y la pérdida de su padre, sin saber qué hacer con su vida. Y yo expuse todas las razones por las que quería centrarme tanto en mis estudios, para poder ayudar a mi familia.

Nos quedamos dormidos juntos, pero cuando despertamos, supe que teníamos que actuar sobre algunas de las cosas que queríamos.

Estar juntos, sin importar qué, estaba en la cima de nuestra lista. Pero antes de que pudiéramos asumir que todo estaba bien con nosotros en el amor, teníamos que explicar que nuestra relación no sería desafiada por otros.

Quería contarles a mis padres.

Todavía tenía que anunciar al panel de entrevistas que abandonaría la competencia por ese puesto en el equipo de Lorsen & Spengler.

Y Nick tenía que enfrentarse a lo que quedaba de su familia.

Decidimos comenzar con mis padres ya que estábamos aquí.

—No sé qué esperar de mi madre o de George —admitió mientras salíamos de mi estudio.

Sostuve su mano y sonreí.

—Bueno, yo sé qué esperar de mi familia.

Resopló.

—¿Tu padre queriendo golpearme por quitarte la virginidad y tu madre odiándome por acosarte?

—No. Solo querrán alimentarte y conocerte —confían en mí y estarán de mi lado.

Reunirnos con ellos para el desayuno fue interesante. Mamá sonrió, sorprendida, pero papá parecía tímido y nervioso, buscando otra silla para la mesa.

Después de que todos nos sentamos, expliqué cómo Nick y yo terminamos juntos. Aun así, como en la otra conversación que tuve con ellos hace apenas un par de días, omití los detalles sórdidos y calientes. Ningún padre necesita un recuento detallado de eso.

Y tal como anticipé, estaban sonrientes y abrazaron a Nick con entusiasmo.

Los dejé hablar más mientras comía, disfrutando cómo lo trataban con respeto, no con antagonismo. Mi corazón explotaría con toda la alegría que sentía.

—Nick, ¿otra palabra? —dijo mi padre después de que terminamos de comer. Inclinó la cabeza para que Nick lo siguiera a la sala.

Nick me sonrió y luego besó la parte superior de mi cabeza antes de irse.

Mamá me sonrió mientras se quedaba conmigo en la cocina tomando café.

—¿Estás decidida a abandonar... por él?

Sonreí con picardía.

—No estoy abandonando nada. Bueno, la pasantía, sí. Pero estaré mejor y más orgullosa de mí misma si me enfoco en lo que realmente quiero hacer, donde realmente están mi pasión e intereses. Nick es solo... —sonreí y bajé la mirada.

—Oh, Sabrina —suspiró felizmente—. Estoy tan contenta de que lo hayas encontrado. De que te mantuvieras fuerte para aceptar a

un hombre que te hace sonreír *así*.

Y apuesto a que siempre lo hará.

—¿De qué crees que papá está hablando con él? —pregunté, no preocupada sino curiosa.

Mamá rió.

—Tal vez lo está poniendo en aprietos y preguntándole si se va a casar contigo.

Me reí.

—Mamá. Es demasiado pronto. ¡Solo nos conocemos desde hace un par de meses!

Guiñó un ojo.

—Tu padre me propuso matrimonio una semana después de conocernos.

Me reí, familiarizada con su historia de amor.

—No creo que seamos tan impacientes.

Levantó las cejas.

—Bah. Nunca digas nunca, cariño. Puede parecer imprudente ir tan rápido, pero cuando el corazón es tentado y sabes... simplemente sabes.

Y yo lo sabía.

Nick era el indicado para mí, y nada cambiaría eso jamás.

NICK

Me quedé en casa de Sabrina el resto del fin de semana. Lo hice no solo porque quería espacio para alejarme del infierno que era mi "hogar", sino también porque estar aquí con ella y sus padres se sentía más como un verdadero "hogar" que aquella mansión jamás lo hizo.

La preocupación por mi madre seguía presente en mi mente. Pero tenía fe en que ella lucharía sus propias batallas sin problemas, especialmente con la forma en que George parecía preocuparse por ella y la idea de que ella hubiera podido pensar que la engañaba.

En lugar de estar solo con Sabrina, pasé tiempo revisando las reparaciones que John Rosario estaba realizando. Después de un rato, resultó cada vez más fácil hablar con él sobre mi padre. Comenzó mencionando que mi padre había sido mi líder de exploradores y que habíamos hecho algunos proyectos de carpintería cuando era más joven. Con su genuino interés y su capacidad para escuchar, logró que me expandiera y hablara sobre cómo mi padre era ingeniero y yo debía seguir esa misma línea.

Podía ver de dónde había sacado Sabrina su bondad. John era un tipo estupendo y amable que me escuchaba. Él y Melody eran la razón por la que Sabrina probablemente estaba tan dispuesta a escuchar a los demás.

Y la oportunidad de hablar con él reconfortó mi alma. Era demasiado pronto para asumir que el padre de Sabrina podría actuar

como una figura paterna para mí, pero para empezar, estaba seguro de que sería un buen amigo.

Nos llevamos tan bien que pasé la mayor parte del domingo trabajando con él. Todo comenzó como una discusión sobre lo que podría estar mal con sus reparaciones de tuberías, y para el final de la noche, ambos estábamos sucios y sudados tras completar con éxito un par de instalaciones complicadas de ventanas. A Sabrina no le había importado. Estaba en su zona, estudiando y trabajando en un ensayo que debía entregar mañana. Así de tenaz era con sus estudios, imperturbable ante el drama para mantenerse comprometida y enfocada.

Sin embargo, el lunes por la mañana, nos levantamos temprano para desayunar con sus padres antes de salir.

Con lo cerca que estábamos del final del semestre, yo no tenía demasiado de qué preocuparme. Eso no era cierto para Sabrina, con los exámenes acercándose. Decidimos mutuamente que yo tendría un lugar aquí, con ella, y que ayudaría a John con las reparaciones de la casa. Él no protestó demasiado cuando ofrecí el acuerdo, y me alegré de poder contribuir a la fortuna de los Rosario. Era un propósito. Era un desafío, algo con lo que mantenerme ocupado.

Y cuando Melody pasó junto a mí en la cocina después de que John se fuera a trabajar y Sabrina subiera corriendo a su apartamento para buscar su bolso, me sonrió.

—Gracias, Nick.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por ofrecerte a ayudar a John. —Me sonrió radiante—. Él quería pedirte que te quedaras aquí para ayudarlo, pero no quería ser demasiado atrevido.

—Oh.

Me dio una palmadita en el hombro.

—Ha estado esperando tener un yerno algún día...

Solo pude devolverle la sonrisa, sin miedo y sin intimidación.

—¿Crees en serio que Sabrina consideraría cualquier conversación sobre matrimonio antes de terminar la facultad de

derecho?

Ella se echó a reír.

—¡No! La conoces bien.

Y yo también me conocía bien a mí mismo. El día que ella se graduara, yo estaría listo con un anillo.

Saliendo temprano para tener tiempo de hablar con mi madre antes de que comenzaran las clases, sonreí al sentir los brazos de Sabrina envueltos alrededor de mi cintura mientras la llevaba de regreso a la mansión.

No me molestaba ver esta mansión enorme. Ahora que había encontrado mi "hogar" con Sabrina, ya no tenía que estremecerme con el disgusto de intentar ver este lugar como mi hogar.

Pertenecía a algún lugar.

Pertenecía *con* alguien.

Y nunca podría haber imaginado cuán transformadora podría ser esa realización.

Sostuve la mano de Sabrina y subí los escalones de la entrada como un hombre completamente nuevo. La conduje al interior de la mansión sabiendo que había dado vuelta a la página. *Estaba* siguiendo adelante, por fin, y sabía en el fondo de mi corazón, con toda mi alma, y en el fondo de mi mente que si mi padre estuviera aquí, estaría condenadamente orgulloso de mí ahora.

—Oh, ahí está.

Sabrina se detuvo en seco cuando entramos al vestíbulo. No solté su mano al oír la voz de mi madre. Al girarme, vi a mi madre y a George sentados en la isla de la cocina.

Tomados de la mano.

Sonriendo.

Tranquilos.

Llevando a Sabrina a la habitación, me pregunté si Tiffany también aparecería.

—Y Sabrina —dijo George—. Bienvenida.

No me pasó desapercibido cómo su mirada cayó sobre nuestras manos unidas.

—Esto es una novedad.

Sabrina sonrió, tomándoselo con calma.

—Lo es, señor.

—Solo George —la corrigió.

Sabrina asintió, luego me miró.

—Lo nuestro es algo nuevo. Al igual que mi decisión de retirarme de la competencia por su pasantía.

—No. —George frunció el ceño, sacudiendo la cabeza, decepcionado.

—Sí. Es de lo que quería hablar con usted ayer —admitió.

—¿Por él? —preguntó mi madre, frunciendo el ceño hacia mí—. ¿O por Tiffany?

—Por mi pasión. No estoy hecha para ser abogada corporativa. Ver cómo representó a ese cliente me mostró que mis intereses no están alineados con Lorsen & Spengler.

George sonrió, asintiendo una vez.

—Es una elección valiente.

—Es la correcta. Una que tomaría independientemente de que Nick entrara en mi vida como lo hizo. Podría abandonar el programa actual y transferirme a otra escuela —añadió.

—Oh, cariño, no. —Mi madre hizo una mueca—. No te sacrifiques solo por el drama de nuestra familia.

—No, señora Lorsen —dijo Sabrina, toda sonrisas—. Nunca dejaría que un hombre me hiciera cambiar mis metas.

Fue mi turno de sonreír.

—Pero estoy creciendo y aprendiendo sobre mí misma mientras busco mi título en derecho, y creo que dedicarme al derecho penal para ser fiscal tendría más sentido para mí.

George habló un poco más con ella sobre su anuncio de retirarse como interna, pero no pude evitar notar cómo mi madre me observaba. Una vez que George y Sabrina concluyeron su parte de la conversación, levanté las cejas hacia ella.

—¿Dónde está Tiffany?

La expresión calmada y ligeramente agradable de George se volvió seria.

—Él la desheredó —dijo mamá, con una sonrisa de suficiencia.

—Ya no es bienvenida aquí —explicó George—. Ni en mi casa. Ni en mi aula. En ninguna parte. No voy a transigir con alguien tan cruel y manipuladora.

Mamá se aclaró la garganta.

—Confesó todo. —Con una mirada dolorida a Sabrina, suspiró—. Cómo quería eliminarte como competencia, y luego comenzó las mentiras sobre infidelidad...

—Ninguno de nosotros ha engañado al otro —se apresuró a añadir George—. Tu madre y yo somos fieles, y después de una larga y difícil conversación...

—Varias conversaciones largas y difíciles durante el fin de semana —añadió mi madre.

—Estamos en un lugar más fuerte con esperanza para el futuro. —Lo demostró levantando la mano de ella y besando sus nudillos, una rara muestra de afecto cuando rara vez mostraba alguno—. Seguir adelante después del duelo no es algo sencillo.

—Pero nos entendemos mutuamente. Vamos a comenzar terapia de pareja —dijo mamá—. Y yo voy a volver a la terapia personal.

Exhalé un suspiro tan largo y profundo que mis hombros se hundieron.

—Gracias a Dios.

Ella sonrió.

—Y sin importar qué, Nick, *nunca* has sido un cobarde al tratar de apoyarme.

Parpadeé para contener las lágrimas.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había esperado escuchar algo así. Temiendo ser un fracaso y demasiado débil para asumir el papel del hombre de la familia que ella necesitaba, además de George, recibí con alegría el alivio de un peso menos sobre mis hombros.

—Oh, señora Lorsen. —Sabrina soltó mi mano y se apresuró a abrazarla—. Me alegro tanto de que tenga ayuda y esperanza.

Ella le devolvió el abrazo.

—Solo Leslie, cariño. Y me alegra tanto que mi hijo te tenga a *ti* a pesar de todos los obstáculos que Tiffany puso entre ustedes.

Hablamos un poco más, todos conscientes de que pronto tres de nosotros tendríamos que ir al campus. Como ya habíamos desayunado en casa de Sabrina, declinamos cualquier cosa más que café con ellos.

Sin embargo, antes de separarnos, George frunció el ceño y se preocupó un poco más.

—¿Estás *segura* de que no puedo tentarte a seguir en la competencia por nuestra pasantía? Eres la mente más brillante que tenemos en el programa.

Sabrina negó con la cabeza.

—Estoy segura.

—¿Y estás *seguro* —me preguntó mamá— de que no quieres quedarte aquí?

—No. —Estaba entusiasmado por vivir con Sabrina y ayudar a John con las reparaciones de la casa—. Me mudaré con Sabrina. Volveré y terminaré mi carrera de ingeniería, y ahorraremos hasta que podamos tener nuestra propia casa.

Sabrina apoyó su cabeza contra mi hombro.

—Pero ahorrar para una casa y un futuro iría más rápido con el salario como abogada en mi firma... —dijo George.

Leslie le frunció el ceño.

—Ella dijo que no, George.

—Es la mejor estudiante que he conocido jamás —protestó.

—No —dije en nombre de Sabrina mientras ella se ponía de pie, lo que me incitó a levantarme también. Mi chica nunca toleraría llegar tarde a clase.

—Quiero seguir una carrera que ayude a las personas, profesor Lorsen. No complacer a criminales.

La estreché contra mí y la besé, amando lo brillante y bueno que era su corazón.

Eso era todo lo que ella realmente quería hacer. Ayudar a la gente.

Mientras salíamos juntos, tomados de la mano mientras retomábamos la persecución de nuestros sueños, supe sin lugar a dudas que ella me había ayudado. Me había salvado.

Y yo pasaría el resto de mi vida devolviéndole el favor con todo el amor de mi alma.